

Santa Teresita del Niño Jesús

NOVISSIMA VERBA

Apostolado Mariano
C/ Recaredo, 44
41003 Sevilla

NOVISSIMA

VERBA

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-152-0

D.Legal: Gr. 901-98

Impreso en Azahara SL

Impreso en España

Printed in Spain

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Esta NOVÍSSIMA VERBA que presentamos por vez primera en nuestras ediciones de HISTORIA DE UN ALMA¹, no forma un capítulo más añadido a esta hermosa biografía con el objeto de embellecerla y amenizarla; no es un libro más de los destinados a propagar la devoción a la Santita; es algo más que

(1) En 1929, dimos a conocer por primera vez, en España y naciones de habla española, esta preciosa recopilación de las últimas notas de un canto de amor. Traducida por un religioso de nuestra amada Provincia Carmelitana, P. Romualdo, apareció con gran aplauso de los devotos de la Santita. Formaba un hermoso volumen "vademecum" de más de doscientas páginas. El título definitivo fue, Novissima Verba, o últimas conversaciones de Santa Teresita del Niño Jesús. Su precio en aquellos tiempos era de dos pesetas. Por reveses permitidos por el Señor, en la pasada guerra, no volvieron a aparecer, muy a pesar nuestro y de las almas amigas de la Santita. Hoy hemos querido empezar una nueva etapa, poniendo en manos de los devotos teresiano-lexovienses este inmejorable tesoro, junto a nuestras ediciones de la "Historia de un alma". No dudamos que su lectura ha de producir grandes consuelos sobrenaturales en los amantes de la Santita de las Rosas.

La traducción es casi exacta a las anteriores ediciones de Novis. Verba, salvo algunas modificaciones y añadiduras conforme al verdadero texto francés de que nos servimos.

todo eso; un nuevo volumen de la autobiografía de la Santa, su broche de oro, la autobiografía apoteósica de la Florecilla de Jesús. Hasta aquí se presentaba envuelta en el fino záfiro de la sencillez, de la humildad; en el simpático y sencillo disfraz de la infancia, y oculta en la misteriosa oscuridad de la vida de toda religiosa Carmelita... y por añadidura, la brevedad de su vida nos dejó tan sólo percibir los primeros aromas de esa flor primaveral. Pero, ahora, en NOVÍSSIMA VERBA, se nos presenta iluminada por la clara luz de la evidencia. El alma de Santa Teresita se nos presenta tal cual es, sin clase alguna de disfraz, en un admirable síntesis de su vida que hallaremos recogida en esas páginas que la Divina Providencia quiso dejarnos como alimento de las almas Teresiano-Lexovienses.

NOVÍSSIMA VERBA da las últimas pinceladas, los últimos toques que han de dar por terminada la bellísima obra de "Historia de un Alma". "Este libro como narración espontánea e íntima, dirigida a hermanas que quieren conservar los recuerdos fraternales, no tiene aquella unidad y orden que es conveniente para que se pueda formar un concepto cabal y armónico de la Santa... faltan en él muchas páginas que según confiesa ella misma, jamás serán leídas en esta vida; de aquí resulta que para muchas inteligencias no tiene unidad suficiente ni relieve bastante, ni aquella ordenación perfecta y armonica que en realidad poseía, dice el Rdo. P. Casanovas, S. J., hablando de la autobiografía de nuestra santa.

Las religiosas de Lixieux se habían dado perfecta cuenta de que era preciso dar con esos tesoros que quedaban ocultos en los más secretos repliegues del

alma de Teresita. Pronto pusieron manos a la obra y apareció al poco tiempo un nuevo capítulo (XII) rico en detalles de los últimos días de la vida de Teresita. Pero sólo nos decía “algo” que las religiosas habían visto u oído.

La Reverenda Madre Inés de Jesús, que estuvo constantemente en la cabecera de su “hijita” y que “conocía todos los repliegues” de aquella alma privilegiada, sabía que a pesar del empeño de sus hermanas en religión, todavía el alma humilde de Teresita no había abierto el profundo arcano de su espíritu. Era preciso que aquel Caudillo del Nuevo Camino de la Santidad legase un testamento al numeroso ejército de almas pequeñuelas que la seguiría entusiasmado a través de las generaciones. Faltaba que Teresita, antes de remontarse al cielo, abrasada en el fuego del amor divino, sobre el Aguila Divina, nos arrojase su manto; nos dejase en herencia su “espíritu doblado” como Nuestro Padre San Elías a su amado discípulo Eliseo.

Este testamento de Teresita lo tenemos escrito en NOVÍSSIMA VERBA. En él se nos manifiesta claramente el secreto de la santidad; las aspiraciones más sublimes de Teresita. En NOVÍSSIMA VERBA la pequeña doctorcita desde su cátedra del sufrimiento va desengranando una a una las acertadas leyes, consejos y enseñanzas del hermoso y sabio Código de Infancia Espiritual, todos ellos perfumados por los sagrados aromas del Santo Evangelio.

NOVÍSSIMA VERBA ha de ser para los amantes discípulos de la Florecilla de Jesús, lo que fue el último período de la vida de Jesús sobre la tierra. Entonces Jesucristo nos dejó completo su Nuevo

Testamento, acabó dándonos sus últimas doctrinas y enseñanzas, en fin, mostró su gloriosa divinidad a sus queridos Apóstoles, la grandeza de su alma... su Apoteosis.

Teresita llegada va a la meta de su admirable Caminito, enseña, da sus últimas órdenes, prescribe sabias reglas para alcanzar la perfección y descubre al fin las secretas delicias de que goza su alma y que han sido fruto de su amor y abnegación.

La Reverenda Madre Inés de Jesús, Paulina, la inolvidable “madrecita” de Teresita, recogió las encendidas rosas que de aquellos moribundos, pero encendidos labios se desprendieron; la profunda doctrina de esta “doctora” evangélica, formando con ellas un hermoso ramillete de todas estas reflexiones y observaciones firmemente matizadas; de estas enseñanzas y ardientes efusiones de apóstol, de mártir, de profeta, en fin, de aquella que era el Corazón del Cuerpo Místico de la Iglesia.

En NOVÍSSIMA VERBA, Teresita nos declara su doctrina, nos abre su alma y nos asegura con tonos proféticos el triunfo de la Infancia Espiritual; nos deja ver, todavía en vida, el glorioso apoteosis de su alma: “Bajaré... (N. V., 25 de junio), todo el mundo amará... (N. V. de 1 agosto). Haré caer lluvia de rosas... (N. V., 9 de junio)” No podré tener reposo hasta el fin del mundo y mientras quede un alma que salvar; pero cuando el ángel haya dicho ¡Ya se acabó el tiempo!, entonces descansaré y mi alma rebosará de gozo, porque el número de los elegidos estará completo y todos estarán gozando ya de la bienaventuranza... (N. V., 17 de julio), cuando esté en el cielo el Buen Dios se verá obligado a hacer mi voluntad,

porque yo jamás hice la mía sobre la tierra” (N. V., 12 de julio). Esta exuberante doctrina de NOVÍSSIMA VERBA es una confirmación de todas aquellas aspiraciones expuestas en la HISTORIA DE UN ALMA. Es como un “Evangelio” de las almas llamadas a formar parte del Glorioso Ejército de Teresita, donde se nos descifra la clave para abrir el cielo.

No podemos olvidar que esta hermosa obra, esta delicada recopilación de las postreras palabras de la Santita se debe a la cuidadosa, constante y exacta mano de la Reverenda M. Inés de Jesús. A ella debemos alzar nuestro himno de gratitud por la gran obra que con ello hizo a la Santa Iglesia. A ella le corresponde el hermoso título de “evangelista” de las santas doctrinas de su santa hermanita.

¡Cuántas almas habrán visto la luz, después de un largo periodo de sequedad, gracias a la doctrina de Teresita y gracias también a la oculta labor de su “madrecita”, que día y noche permanecía junto al lecho de la moribunda, junto a los laureles de aquella heroína, hasta llegar a recoger las respuestas deseadas, a las profundas y acertadas preguntas que aquella “madrecita” supo hacer a su hijita querida, cuya alma conocía hasta en sus ocultos repliegues!

Para demostrar nuestra gratitud a la Reverenda Madre Priora de Lisieux, le dedicamos estas líneas juntando al mismo tiempo aquellas otras que el M. R. P. Teófilo Dubosq dedicó a la misma en prueba de agradecimiento por la obra de la Madre.

CARTA-PREFACIO¹

Gran Seminario de Bayeux

10 de noviembre de 1926.

Reverenda Madre:

La corta vida de nuestra santa hermanita Teresita del Niño Jesús fue una constante ascensión hacia la perfección del amor divino. Cuando más cerca estaban sus obras y palabras del éxtasis final que la arrojó en los brazos de su adorado Maestro, más al vivo expresaban la perfección de su alma y las lecciones de verdadera y humilde santidad que ella estuvo encargada de enseñarnos. Como Elías arrebatado al cielo dejó la plenitud de “su espíritu” a su discípulo amado, así, en esta NOVÍSSIMA VERBA nuestra santa Hermanita condensó con naturalidad y sin refinamientos lo más exquisito de sus doctrinas, de su manera de ser de Dios, espontáneamente y por amor.

(1) Esta carta está publicada en la edición francesa, como presentación.

Con qué minuciosos ciudadanos, en estos últimos meses de agonía, V. R. se llegó a su cabecera, recogiendo y anotando día por día, hora tras hora, hasta las más insignificantes sílabas y los mínimos gestos por los que se traslucían fielmente las disposiciones de su corazón.

Muchas de estas palabras y hechos las había escrito ya V. R. en el capítulo (XII) complementario de la HISTORIA DE UN ALMA o en las biografías escritas con vuestra participación. Pero no podía V. R. en estas obras injertar los íntimos detalles de este dietario que hubiesen alargado demasiado el texto y roto la proporción de la obra. Quizá V. R. titubeó de divulgar sin más aquello que vos considerabais por instinto como confidencias sagradas de un abandono del todo familiar.

Pero V. R. había comprendido que las numerosas almas que nuestra Hermanita había de conquistar y llevar por su “Caminito” estaban ávidas de conocerla mejor, y también comprendió que cuanto más espontáneos eran esos hechos y decires de la Santa, más a las veras demostraban lo profundo de su corazón y la sinceridad de su virtud.

(1) Este entusiasta de la Santa Moderna; celoso promotor del Proceso de Canonización de nuestra Santita y a quien debemos estar sumamente agradecidos por sus admirables trabajos en esto, fue el faro que debía iluminar las nuevas rutas que el Carmelo de Lisieux iba a emprender desde la Glorificación de la mejor de sus “florecillas”. Decidido en sus consejos fiel siempre a la misión de su celestial protectora, fue el alma de todo el movimiento teresiano-lexoviense. Peregrinaciones, Basilica, ampliaciones, escritos, palabras... todo lo que ha contribuido a la propagación de la devoción de Teresita, fue fruto de su admirable talento directivo y de su ardiente amor a la Florecilla de Jesús.

Sí, el librito que V. R. me ha ofrecido (NOVÍSSIMA VERBA) es un tesoro; es el testamento de la querida Santa, allí está de cuerpo entero y mejor que en cualquier otro libro. Gracias porque no os lo habéis querido reservar para V. R. solamente.

Dignaos aceptar, Reveranda Madre, el religioso homenaje de mis sentimientos,

P. Th. Dubosq, Superior¹

Vicario General, Promotor de la fe en el
proceso de Canonización de Santa Tere-
sita del Niño Jesús.

Fue sacerdote de la Congregación de San Sulpicio. Superior del Seminario Mayor de Bayeux. El último de sus actos públicos quedará grabado con letras de oro en el libro de la vida, inseparable de la Historia de la Basílica de Lisieux: la bendición de una campana, "Santa Teresa del Niño Jesús", cuyo padrinazgo, unánime y honoris causa, le ofrecieron. Desde esta memorable fecha (17 de mayo de 1931) al dulce sonido del bruído metal se unirá como eco melodioso el grito de amor de este santo varón, invitando a las almas "pequeñas" a formar parte del ejército de su amada Santita.

Después de este hecho memorable se retiró a prepararse para la muerte, que se realizó el 10 de mayo de 1932, a los setenta y dos años de edad. En 1938 sus restos mortales fueron depositados definitivamente junto al Vía-Crucis Monumental que rodea la Gran Basílica de Lisieux. Fue el 27 de noviembre, y sus restos, antes de la sepultura, estuvieron expuestos en la Cripta de la Basílica durante las exequias que se hicieron. (Conf. "Anales...". Mes de junio y julio de 1932; enero 1939. Vid. Edic. H. de un Alma. Burgos. P. Bruno, pág. 374. Prol. Nov. Ver. Edic. 1947, donde se citan también los mismos.)

NOVISSIMA VERBA¹

MAYO DE 1897

Día 1:

“Hoy he tenido el corazón lleno de celestial alegría. ¡Me encomendé tanto, ayer noche, a la Santísima Virgen, considerando que su hermoso mes (mayo) iba a empezar!”².

(1) Estas palabras de Santa Teresita fueron presentadas al Tribunal Eclesiástico en el Proceso de Beatificación y luego al de Canonización; y por ellos aprobadas.

Ciertas palabras muy conocidas como de la Santita, pero que realmente no fueron advertidas por la Madre Inés, no figuran en estos coloquios. Otras varias las encontramos en la Historia de un Alma, particularmente en el cap. XII, ligeramente modificadas, para mayor conformidad con el contexto, o bien por haber sido presentadas por otros testigos, en especial la M. María de Gonzaga y las novicias, que se encontraron algunas veces presentes en estas conversaciones. (Vid. *Noviss. Verba. Edic. Franc.*, 1926.)

Daba esta explicación, nos limitaremos a no citar las concordancias necesariamente dadas con la Historia de un Alma, para no interrumpir la piadosa lectura de estas páginas que los lectores devotos de la Santa van a saborear.

(2) De pequeña había ya aprendido a ejecitarse en esta piadosa costumbre del mes de mayo, consagrado a María Santísima.

Recuerde el lector aquellos días de mayo en que Teresita, con un simple cabo de vela o dos diminutas cerillas, dando tono de solemnidad a su “fiesta”, recitaba el Acordaos. Nunca dejó de practicar el mes de María.

Ya hemos citado en la *Historia de un Alma* (cap. VII, 34), el característico y señalado sentido mariano de la vida de Teresita, pero quiero aquí citar aquel párrafo, del R. P. Philipon en su nueva obra: “Une voie toute nouvelle” (chapitre VI, pág. 159. Edic. II), donde dice que el “reducido” número de textos marianos esparcidos en los escritos de Santa Teresita, aparentemente nos impiden ver claramente una vida de intimidad con la Virgen. Pero también el Santo Doctor Juan de la Cruz apenas nos habla de María en sus escritos incomparables (sí, empero, lo hace al tratar de la unión transformante, que constituye el más grande elogio que el místico Doctor dirige a su Santísima Madre). Y sin embargo, y en realidad, tanto en lo más íntimo de la Vida de Teresita como en la del Santo Doctor, Juan de la Cruz, la Santísima Virgen ocupa el lugar de preferencia.

En efecto, Teresita fue un alma mariana, en su más fuerte sentido. Pero en ella, como en todas las almas contemplativas, todo se realizaba en el interior. Las pocas confidencias que se le escapan nos dan razón de ello, profunda intimidad. No querer reconocer esto, sería olvidar lo más esencial y consolar en el camino de infancia espiritual; sería olvidar el papel que la Virgen desempeña en él, de Madre, imprescindible. En todos los santos encontramos este sentido mariano, poco más, intenso. Mirando a María, los siervos de Dios han reaccionado en profundos sentimientos de piedad filial hacia María, conforme a los distintos caracteres; y en ella han encontrado los elementos más profundos de su vida interior. De tal manera, que podríamos muy bien decir aquellas mismas palabras de San Pablo, un tanto modificadas: “Para mí, vivir, es María... Mi vida es María.”

Así sucedió en nuestra Santita... Fiel al espíritu del Carmen, vive en su atmósfera mariana, con el sello particular de la Santita: en santa libertad, sin formalismos ni programas, como una niña entregada del todo al amor de su madre, de quien todo lo espera y a quien todo se lo confía. “Este es poco más o menos brevemente resumiendo el sentido del citado párrafo. Lo mismo nos viene a decir el malogrado P. Crisógono, en sus bellísimos escritos, que tituló: “Enseñanzas de Santa Teresita”. No podía faltar en la vida de Teresita el detalle encantador de María. Porque... “vida espiritual que no esté iluminada por Ella, ha de resultar triste y fría, como un día sin sol o una noche sin luna y sin estrellas... y esto... por la realidad del oficio que desempeña en el orden sobrenatural santificador del alma... María es el principio causal inmediato, aunque extrínseco, de nuestra santificación”. Luego nos dice cómo María expresó su oficio de Madre en la vida espiritual, con aquella sonrisa dirigida a Teresita, que tenía que ser el rayo de luz que iluminaría su camino, cuando las tinieblas de las pruebas y tribulaciones viniesen a oscurecer el camino de la vida.

A esta misma sonrisa atribuye el autor citado la característica gracia de Santa Teresita, que la hizo conservar siempre inalterable en medio de las

Día 9:

A propósito de algunos sentimientos de los cuales no puede uno fácilmente librarse, algunas veces, como cuando después de haber prestado un servicio no se recibe señal alguna de agradecimiento:

“Yo también os aseguro que experimento el sentimiento de que me habláis; pero no me decepciono nunca, porque no espero retribución alguna aquí en la tierra: lo hago todo por Dios; por consiguiente, no pierdo nada y me tengo siempre por bien pagada de las molestias que me tomo en servir al prójimo”.¹

Día 15:

“No veo yo qué pueda tener más después de mi muerte que no la tenga ahora... ¡Veré a Dios, es verdad! Pero estar con El, lo estoy ya del todo en la tierra.”²

contrariedades y que la hizo tan atractiva a todo el mundo. (Vide, obra citada, edic. Julio Guerrero, Madrid.)

(1) Estas palabras concuerdan con aquel otro pensamiento de la santita, en los *Consejos y recuerdos* (pág. 344) donde nos dice que le repugnaba mucho decir aquel versículo del salmo 118, ver. 112, en Sexta del oficio de Dominica y fiestas: “Inclinavi cor meum ad faciem tuam Domine, quoniam in aeternum, propter retributionem”. Incliné mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón. La santa añade: “...Me apresuro a decir anteriormente: “Oh! ¡Jesús mío! Tú sabes muy bien que no es la recompensa lo que me induce a servirte, sino únicamente tu amor y la salvación de las almas.”

(2) Ciertamente que la Santita no pretende hacernos creer que gozaba ya de la bienaventuranza del mismo modo que nos enseña la Sagrada Teología que sería allá en el cielo... Nuestro Padre San Juan de la Cruz, hablando de la unión de amor nos dice que Cristo es la luz del cielo: “...la luz del cielo es el Hijo de Dios” (Can. Esp., cap. X, 6, pág. 948. Edic. B. A. C.,

“Estoy contenta de irme pronto al cielo, pero cuando pienso en aquellas palabras del buen Dios: “Pronto vendré y traeré las recompensas conmigo

1946) y más adelante nos dice que en la divina unión tal manera de semejanza se realiza entre los amantes que de veras puede decirse que el uno es el otro y que entreambos son uno. Esto es lo que quiso dar a entender S. Pablo, cuando dijo: “Vivo yo, más no yo, pero vive en mi Cristo”, aunque vivía él, no era vida suya porque estaba transformado en Cristo, que su vida era más divina que humana... De manera que según esta semejanza de transformación, podemos decir que su vida y la vida de Cristo todo era una vida por unión de amor, lo cual se hará perfectamente en el cielo... (Conf. Can. Esp., cap. XII, 7, pág. 957, edic. B. A. C., id.)

Así se explica mejor el sentimiento de las palabras de Teresita: “No sé qué tendré de más en el cielo..., etc.”.

Lo mismo viene a decirnos el P. Philippon: “...Avida de soledad y de olvido se esfuerza en vivir desapercibida en su comunidad, su ideal es pasar por la tierra “desconocida de todos”. Para ello pone en práctica la pobreza espiritual y negación absoluta, descritas por el Santo Doctor Juan de la Cruz. Pero, ¡qué libertad, sin embargo, resplandeció en medio de su anonamamiento!”. “Soy libre” (*H. de un Alma*, cap. IX) puede exclamar triunfalmente: libre de no amar sino a Dios, de no pensar más que en El sólo. El radical desasimiento de sí misma, donde la han llevado su conciencia de su pequeñez y nada, la volvió maravillosamente apta “a las operaciones del Amor Transformante”. Desde entonces no desea sino “vivir de amor” para “morir de amor”, pero en la cruz. Vivió continuamente con Dios, envuelta siempre en los sentimientos de amor, de ternura y fidelidad en su corazón de niña”. ¡Qué increíble fue su intimidad con su Padre, del cielo! No pasó tres minutos sin pensar en El” (Conf. Proc. Apost., 774, Sor Maria del Sagrado Corazón. Proc. Dioces., 1729, Sor Genoveva. Proc. Apost., 629, Madre Inés. Proc. Apost., 928. Sor Genoveva). Y cuando le preguntaron admiradas, cómo se las arreglaba, respondió sonriendo: “¡Cuando uno ama...”.

El P. Philippon, para dar más fuerza a su expresión, trae el testimonio de la Madre Inés en el Proceso Apost., 629: “...Su unión con Dios, nos dice la R. madre, fue tan grande, que ella misma decía: “No sé qué podré tener de más después de mi muerte que no lo tenga ahora... ¡Veré a Dios, es verdad!, pero estar con El, lo estoy ya del todo en la tierra”.

“En efecto, añade la Madre, su unión con Dios consistía en hacer únicamente las dos horas de oración prescritas por la regla, a la que fue fielísima, sino que podemos bien decir de ella, que su oración fue continua. Ya dije, dando respuesta a lo que anteriormente se me interrogó, que su recogimiento fue tal que pudo decir: “Creo que no he dejado transcurrir tres minutos sin pensar en Dios”. (Vid. “Une voie toute nouvelle”, par le R. P. Philippon, chap. I, pág. 39, II edition).

para premiar a cada uno según sus obras" (Apoc., XXII, 12), me figuro que Nuestro Señor se verá muy apurado conmigo, porque yo no tengo obra alguna. Por consiguiente, no podrá premiarme *según mis obras*... Pues bien, yo confío que me premiará según las *suyas*."¹

* * *

Si por un imposible, Dios no viese mis buenas obras, no me afligiría por ello. Le amo tanto, que quisiera poderle agradar con mi amor y pequeños sacrificios, sin que El mismo supiese que son míos. Viéndolos y conociéndolos se ve como obligado a recompensármelos... ¡y no quisiera darle este trabajo!²

* * *

Quisiera que me mandasen al Carmen de Hanoi

(1) "No tengo obra alguna." Todas las había dado a las almas. No quería aprovecharse de su méritos. Las almas del Purgatorio y las almas de los pecadores tenían necesidad de ellas. Este bellissimo pensamiento de la Santa Misionera por excelencia lo encontraremos a través de sus escritos hasta el mismo instante de su muerte. Su vida se asemejó a aquel grito de Francisco Javier: "Domine, da mihi animas!"

(2) Vea el lector nuestro comentario del capítulo IX, 22 de la Historia de un Alma, donde hablamos de las Misiones dependientes del Carmelo de Lisieux, en cuanto su origen y del espíritu misionero de Teresita.

Aquí la Santa parece hacerse eco de aquella frase de San Juan de la Cruz: "...un poquito de este puro amor es más precioso, y más provecho hace a la Iglesia que todas las obras exteriores juntas". (Anot. a la can. XXIX, 1, pág. 1030. Edic. B. A. C.)

Y como el amor, según el Santo doctor, "no consiste en sentir grandes cosas sino en tener gran desnudez y padecer por el Amado" (Escritos o dichos de amor y de la luz, núm. 36, pág. 1201. Edic. cit.). De aquí este deseo de Teresita de estar sola lejos en un Carmelo ignoto, y sin hacer grandes obras sino "sufrir y amar": en estos dos actos hizo consistir todo su apostolado que la ha hecho merecedora de su título de Patrona Universal de las Misiones. Tenía razón el Místico Doctor del Carmelo cuando escribió aquella sentencia, arriba citada; "¡Cuánto vale el puro amor!"

(Con chichina) para poder sufrir mucho por Dios; quisiera ir allá, si acaso me curo, para estar *sola*, para no sentir consuelo alguno sobre la tierra... Reconozco que Dios no necesita de nuestras obras, estoy segura que allá no prestaría servicio alguno; *pero sufriría y amaría*. Es esto lo que tiene valor a sus ojos.¹

* * *

Hablábale yo de diferentes prácticas de devoción o perfección, aconsejadas por ciertos autores espirituales, y que descorazonan a muchas almas:

—Yo nada encuentro en los libros, sino es en el Evangelio. El solo me es suficiente. Escucho complacida aquellas palabras de Jesús, que me dicen todo lo que debo hacer: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.”² Esto me llena de paz según su promesa: “... y halláreis el descanso de vuestras almas.”³

* * *

(1) Ya lo había predicho el Santo Padre Juan de la Cruz: “...el enamorado de Dios no pretende ganancia ni premio, sino perderlo todo y asimismo en su voluntad por Dios”...y, “el que con puro amor obra con Dios, no solamente no se le da nada de que lo sepan los hombres, pero ni lo hace para que lo sepa el mismo Dios.” (Vide., Can. Esp. canc. XXIX, 8, pág. 1033, y Dichos de luz y de amor. Avisos, 1, pág. 1204. Edic. cit., respectivamente.)

(2) Mateo, XIII, 29.

(3) Ya dijimos algo sobre los libros que Santa Teresita leyó. De ellos, los más importantes fueron para la Carmelita, entre todos, el profundo libro de la Imitación; las bellísimas obras del Santo Doctor Juan de la Cruz, que tantas luces le dieron y tanto tenían que influir en su vida y doctrina del Caminito, y sobre todo éstos; la Sagrada Escritura, con preferencia el Santo Evangelio. “En él, descubría siempre nuevos horizontes.” El sentido oculto de sus páginas se volvía fácilmente luminoso para Teresita. Los Santos Evangelios nunca presentaron dificultad para ella; aplicando con naturalidad los pasajes convenientes a las almas que venían a consultarla.

En sus conversaciones, en su dirección, siempre mezclaba algún pasaje de este libro divino. Ya era tan corriente esto, que se llegó a creer en el convento que se los sabía de memoria. Incluso se dedicó a recopilar todas las concordancias, cosa no corriente entonces, y menos en un convento tan pobre como los del Carmen. La interpretación que la Santa daba era de tendencia mística, pero siempre bajo un sentido natural y verdadero. (Vide apud., obr. cit. del P. Philipon, cap. I, semejantes afirmaciones que el erudito Padre extrae del Proceso Apost. en diferentes declaraciones de varias religiosas contemporáneas de la Santita, entre ellas Sor Genoveva. Al escribir estas líneas me vienen al pensamiento análogas declaraciones hechas por los contemporáneos de San Juan de la Cruz, diciéndonos como el Santo: "...expone las escrituras a los doctores y catedráticos (entre ellos los conocidos Ojeda, Becerra y Sepúlveda) de la Universidad de Baeza" (Vide: Vida de S. Juan de la Cruz, por el R. P. Crisógono, o. c. d. Edic. B. A. C., cap. XI, pág. 241), y que encuentran las explicaciones de Fr. Juan tan satisfactorias, tan nuevas y tan exactas, que les parecen dictadas por el Espíritu Santo (Id.). "Y que entretenía a sus enfermos leyéndoles párrafos de los Santos Evangelios" (Id., pág. 248). Los ajuares de su pobre celda: "la austera tarima, una gran cruz de palo, una estampa de Nuestra Señora y una Biblia y el breviario..." (Id., capítulo XIV, pág. 301 y cap. XVI, pág. 353). En las mismas recreaciones, en la que tanto brilló la gracia y caridad "del santico", "mezclaba con los cuentos la declaración del algún texto de la Escritura..." (Id., cap. XIV, pág. 308). Y finalmente, por no alargarme más citaré también aquel otro paso de su vida, la muerte: En su prolongada enfermedad y en los mismos instantes de su muerte, repite versículos y pasajes escriturísticos e incluso suplica que se le haga lectura de la Sagrada Escritura. (Id., cap. XXI, pág. 472).

Nos consta que Santa Teresita del Niño Jesús llevó constantemente los Santos Evangelios sobre su corazón e hizo seguir este ejemplo a las demás religiosas (Proces. Apost. Declara. de Sor Genoveva, 880). No existía esta costumbre en el Carmen de Lisieux antes de la entrada de Teresita. Ella fue la primera de pedir permiso para ello y ponerlo en práctica. Como en aquellos tiempos no había ediciones "Manuales" de los Evangelios, la santa arrancó cuidadosamente los cuatro Evangelios de su libro "Manual du chretien" (Manual del Cristiano, especie de devocionario) y luego suplicó a Celina, que todavía no había entrado en religión, que se los encuadernara. Esta "edición" resultó demasiado grande para llevarla constantemente encima; alguien le aconsejó que se arreglara otra de dimensiones más cómodas. Así lo hizo. En el mes de abril de 1896 (al iniciarse sus grandes pruebas espirituales) escribió en la primera página el "Credo", con su propia sangre, siguiendo los consejos de un director espiritual, para mejor luchar contra sus tentaciones contra la fe, desmintiéndolas con aquel acto de vívida fe.

En junio de 1897, escribió también en ella este versículo del salmo XCI: "¡Señor, me llenáis de gozo con todo cuanto hacéis!" (Vid., obr. cit. del P. Philipon, o. p. chap. I, pág. 33, note.)

Le dieron un hábito nuevo (el mismo que hoy se conserva). Se lo puso por vez primera el día de Navidad de 1896. Este hábito, que era el segundo que le hacían desde su toma de Hábito, le caía bastante mal. Le pregunté si esto la enojaba, y dijo:
¡Ni sombra! No más que si éste fuera de un chino alla a dos mil leguas de nosotras.

* * *

A propósito de las Novicias:

Arrojo a diestra y siniestra, a mis pajaritos, las deliciosas semillas que el buen Dios deposita en mi mano. Y luego, se hace lo que El quiere. Yo no vuelvo a ocuparme de ello. Algunas veces es como si yo nada hubiera echado; otras hacen mucho bien; pero el Señor me dice: “Siembra, siembra sin cesar ni preocuparte del resultado.”

Día 18:

Se me ha descargado de mis oficios: yo he pensado con esto que mi muerte no acarreará la menor molestia a la Comunidad.

Yo le dije:

—¿Está triste V. C. de aparecer ante la Comunidad como un miembro inútil?

—¡Oh, no! Este es el menor de mis sufrimientos.

* * *

Intenté, al verla tan enferma, alcanzarle la dispensa del rezo del oficio de Difuntos, prescrito por nuestras Constituciones en la muerte de cada religiosa de la Orden. Entonces contestó:

—Os suplico que no me hagáis dispensas de los

Oficios de Difuntos. Es todo lo que puedo hacer por las almas de nuestras Hermanas que quizás se encuentren en el Purgatorio.

* * *

Le había demostrado mi sorpresa al ver que a pesar de su estado de salud jamás estaba ociosa:

—Yo necesito tener siempre algo que hacer en mis manos; así no estoy preocupada ni pierdo el tiempo.

* * *

¡Ah! ¡Tanto como pedí a Dios poder seguir los actos de Comunidad hasta mi muerte! ¡No ha querido escucharme! Me parece, empero, que podría asistir a todos, no moriría un minuto antes por ello.

Algunas veces pienso que si no hubiera dicho nada, nadie me hubiera creído enferma.

Día 19:

—¿Por qué está tan contenta?

—Por que tuve esta mañana dos *penitas*, oh, muy sensibles... Nada me causa tanta alegría como estos sinsabores.

Día 20:

Me dijeron que yo tendría miedo a la muerte; puede que sí. ¡Si supiesen cuán poco confío en mí misma! Jamás me apoyo en mis propios juicios; sé muy bien cuán débil soy, pero quiero gozar del sentimiento que Dios me concede ahora. Ya queda tiempo para sufrir lo contrario.

—Le mostré una de sus fotografías:

—Sí, pero es el “sobre”. ¿Cuándo se verá la “carta”? ¡Oh!, cuánto deseo ver la “carta.”¹

Días 21 al 26:

Sé que pronto moriré. Pero ¿cuando? ¡Oh, nunca llega! Soy como un niño a quien siempre le prometen un dulce; pero se lo enseñan de lejos... ¡Mas cuando se acerca para tomarlo se retira la mano!... Pero yo me he abandonado completamente a todo, lo mismo para vivir que para morir. Más bien quisiera curarme del todo ir a Conchinchina si Dios así me lo pidiera.

* * *

No será preciso que después de mi muerte aceptéis coronas para colocarlas en mi féretro, como se hizo con la Madre Genoveva¹; antes bien, con el dinero que se gastaría en ellas rescatad de la esclavitud algunos pobres negritos. Pueden decir que es lo único que me agradará. Quisiera que uno (de esos negritos) se llamase Teófanés² y otro María Teresa.

* * *

(1) El texto francés dice así: “Oui, mais... c'est l'enveloppe; quand est-ce qu'on verra la lettre. Oh! que je voudrais bien voir la lettre!”. Aquí la santa usa un retruécano francés, dado el sentido variado de la palabra “enveloppe”, que significa: sobre (de una carta), envoltura (cuerpo). Hubiéramos podido traducirlo directamente en su sentido verdadero (en la acepción de la Santa), que sería: “Sí, pero esto es la envoltura (el cuerpo), ¿cuándo verá el interior (el alma)?...”. Pero hemos preferido ser fieles al texto original de la santita, dejando su graciosa e ingenua frase.

(1) La Rvda. Madre Genoveva de Santa Teresa, fundadora del Carmen de Lisieux.

(2) En obsequio a su queridísimo beato Teófanés Venard, de quien hemos ya hablado en distintos lugares de la Historia de un Alma. (Cap. XII, 46.)

Hace algún tiempo me apenaba muchísimo tomar remedios caros, pero ahora ya no me apeno, porque lei que Santa Gertrudis se alegraba de ello, pensando que todo era para mayor mérito y provecho de aquellos que la trataban con tanta caridad. Se fundaba en aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: “Cuanto hicieréis al menor de los míos, a mí me lo hicisteis.”³

* * *

Estoy convencida de la inutilidad de los medicamentos para curarme, pero me las he arreglado con el Buen Dios para que redunden en provecho de los pobres misioneros que no tienen tiempo ni remedios para cuidarse. Le pido que todos los cuidados que se me prodigan aprovechen para su salud.

* * *

Me han repetido tantas veces que soy animosa, y esto no es lo cierto, que me he dicho a mí misma: “En fin, es preciso que el “mundo” no mienta de esta manera”, y me he decidido con la ayuda de la gracia, a adquirir valor. Hago como un guerrero que, viéndose felicitado por su bravura, sabiendo muy bien que no es más que un cobarde, acabará por darse vergüenza de tales cumplimientos queriendo merecerlos.

* * *

Prefiero quedarme en nuestra celda que descender a la enfermería. Porque aquí nadie me oye toser y no

(3) Mateo, XXV, 40.

molesto a nadie; y porque cuando estoy muy bien cuidada *“dejo ya de gozar.”*”

* * *

Los Santos Inocentes no son niños en el cielo, tienen sólo indefinibles encantos de la infancia. Nos los representan como niños, porque tenemos necesidad de imágenes para comprender las cosas invisibles.

Sí, yo espero juntarme a ellos dentro de poco.¹

* * *

(1) Su celda estaba bastante retirada del resto de la Comunidad. En la enfermería se vió rodeada de mil cuidados; además las Hermanas enfermeras habitaban las celdas contiguas.

Había pasado dos meses sufriendo a solas en su humilde celda. Podemos contemplarla en las fotografías varias que se han hecho de ella: una cama de duras tablas, con un pobre jergón de paja y alguna manta, un banquillo de madera casi a ras de tierra, un jarro de barro y una cruz de madera: “el mueble más precioso”, como dicen Nuestras Constituciones.

Sin embargo, y afortunadamente, la soledad y retiro de su celda, en la que fue consumando su holocausto, no nos deja tan a oscuras, sino que deja escapar algún rayito de luz que nos ilumina “un poco” sobre los sufrimientos y santidad de Teresita. Esto lo debemos a la Madre Inés, acudiendo asiduamente a la cabecera de la enferma, hasta llegar a componer este precioso libro *Noviss. Verba*, que podría resumir en aquellas palabras de Pío XI en el Breve de Beatificación: “...Se la veía consumirse más que por la enfermedad, por el fuego del divino amor, y el lecho de la sierva de Dios era para toda la comunidad una Cátedra, donde se aprendía la santidad”. La llevaron a la enfermería el día 8 de julio; al salir de su amada celda, exclamó emocionada: “Cuando esté en el cielo, piensen que una gran parte de mi bienaventuranza la gané en esta celdita donde sufrí mucho; ¡cuánto me hubiese gustado morir en ella!”

Su primera mirada al entrar a la enfermería fue a la Santísima Virgen “de la sonrisa”.

(Vea el lector, *Noviss. Verba*, últimos días desde julio. Además, puede consultar, si quiere seguir detenidamente las frases de la enfermedad mortal de la Santita, el acertado libro: “El alma de Santa Teresita”, P. I. Casonovas, S. I. Edic. Balmes. Barcelona. Cap. IV.)

(1) Aquí la Santa nos da cuenta perfecta de lo que ella entiende por “infancia” y “niño”. Conveniente sería que leyese muchos detenidamente estas palabras, y no se dirían tantos desaciertos como se dijeron contra la

Si yo no tuviera estas pruebas espirituales, estas tentaciones contra la fe, imposibles de comprender, creo que moriría de gozo ante el solo pensamiento de mi próximo vuelo al cielo.

Santa Moderna, que muchos apellidaron de “confitura y melindre”, sin haberse empero atrevido a mirarla cara a cara, porque se hubiesen rendido, avergonzados de la heroicidad y fortaleza de esta “niña”.

“La senda de la Infancia espiritual halla su origen —nos dice el P. Philipon, en la obra citada— en el “descubrimiento” que hace de la divina Paternidad” (vide sobre esto el mismo autor, obr. cit., pág. 303), y nos dicta a cada uno de nosotros una actitud de niño cara a cara con Dios. Esta infancia espiritual “consiste en sentir y obrar, bajo la influencia de la gracia, como el niño obra por naturaleza”, dijo Pío XI en su homilía de la Misa de Canonización (17 mayo 1925). Esta transposición queda justificada con la armonía que existe entre el mundo de nuestra naturaleza y la gracia. Las almas a quienes se les propone imitar a los niños, pero en un plano sobrenatural, deben imitar sus cualidades y disposiciones, pero no sus defectos... El niño tiene conciencia de su debilidad y sobre este punto nos da una gran lección —nos dice Benedicto XV en un magistral discurso—. El nos trae a la memoria —prosigue— la condición indispensable de toda santidad: el conocimiento de nuestra debilidad y de nuestra impotencia a todo lo bueno... La infancia espiritual excluye todo sentimiento de soberbia y presunción de valerse por sí solo... Y, supone una fe viva de la existencia de Dios, un homenaje sincero y práctico a su Omnipotencia y a su Misericordia... Se comprende fácilmente porque el Señor los indicó como condición necesaria para adquirir la vida eterna. Si no os volviereis e hiciereis semejantes a los niños no entraréis en el reino de los cielos... (Mat. XVIII, 3). “Porque el reino de los cielos es de los pequeñuelos.” Y esta práctica de la infancia no es sólo para los que jamás hubieran perdido la inocencia bautismal, sino para aquellos también que la perdieron... Acaso no indican un esfuerzo, un cambio, aquellas palabras del Señor: “Si no os volviereis e hiciereis”, ¿quién puede “volverse” niño, sino aquel que no lo es? Y al mismo tiempo nos indica la obligación que tenemos de seguir este consejo evangélico: “¡si no os volviereis..., no entraréis!”

(Vide Philipon, obr. cit., chap. IX, 3, pág. 309.) Hasta aquí hemos declarado muy por encima el sentido de “infancia espiritual” y de los términos “niños” en la doctrina de Teresita; el lector puede acudir, si gusta tratar en esta materia, al libro citado, a los discursos de los Romanos Pontífices acerca de este Camino, al pequeño, pero maravilloso librito del Rvdo. P. Eduardo Serra Buixó, Pbro. “El Camino de la Infancia Espiritual”, Edit. Cultura Relig. Balmes. Barcelona.

Día 27:

Me gustaría muchísimo que me hiciesen una “circular”.

No acabo de comprender como puede haber Religiosas que deseen no tenerlas. ¡Es tan dulce conocerse, saber un poco con quienes viviremos eternamente!¹

* * *

Estábamos hablando de su infancia y yo la hice recordar esta reflexión que mi madre me había hecho cuando estaba yo todavía en la Visitación de Mans. “Veo que nada te interesa tanto como recibir noticias de tus hermanitas Celina y Teresa, pero me devano los sesos para encontrar algo más que decirte y es esto muy difícil.”

—Estoy segura —añadí— que mamá interpretaba con exageración algunas faltillas de niña, para tener algo más que decirme.

Ella (Teresita) me respondió sencillamente:

—Creo que tiene razón V. R.: es muy cierto que ya antes de cumplir tres años, no era preciso reñirme en lo más mínimo para corregirme. Solamente una palabra dicha con dulzura me bastaba y me hubiera bastado siempre para hacerme comprender y reparar mis faltas.

(1) Es costumbre en el Carmen, mandar a todos los Monasterios de la Orden, después de la muerte de cada religiosa, una noticia biográfica en forma de carta circular. A esto se refiere la Santa, al decir estas palabras.

Día 28:

No temo los últimos combates ni los sufrimientos de la enfermedad, por grandes que sean. El Buen Dios desde mi tierna infancia me ha guiado y llevado de la mano. En El confío. Estoy segura que continuará socorriéndome hasta el fin. Podré sufrir muchísimo, pero nunca sobrepasarán mis fuerzas; estoy segura de ello.

* * *

Decíale yo:

—Cierta Hermana antigua de la Comunidad cree que una larga vida de fidelidad al servicio de Dios es siempre más meritoria y provechosa a las almas que otra consumida en breve tiempo.

—¡Oh, yo no lo creo así! ¿Se ha fijado V. R. en la lectura del refectorio, en aquella carta dirigida a la madre de San Luis Gonzaga, donde dice el santo que nada hubiera podido adelantar ni ser más santo, aunque hubiera llegado a la edad de Noé?

* * *

El año pasado, hacia el mes de noviembre, cuando se había proyectado ya mi partida a la misión de Tonkín, ¿se acuerda V. R. que comenzamos una novena al venerable Teófanos Venard, para conocer la voluntad del Señor? Por aquellos días yo seguía todos los actos de Comunidad y asistía incluso a Maitines.

Pues bien, preciosamente durante esta novena empecé a toser y luego fui de mal en peor. Es El que

me llama. ¡Oh, quisiera tener su retrato! Es un alma que me agrada... Hay santos jóvenes que se nos muestran serios, aun en los momentos de recreo, pero éste estaba siempre alegre.¹

* * *

Yo no deseo más morir que vivir; dejo que el Buen Dios escoja por mí. Sólo amo su voluntad.

No vayan a creer que si me curo se desviarán y desvanecerán mis planes. ¡Nada de eso! La edad no existe a los ojos de Dios, y yo ya me las arreglaré de manera que quede “niñita”, aunque viva muchos años.

* * *

Busco siempre el lado bueno de las cosas. Hay personas que todo lo toman de manera que todo les causa mucha pena. A mí me sucede lo contrario. Si no me queda más que sufrir, si el cielo está tan encapotado que no me deja vislumbrar un solo destello de luz, ¡es igual! Busco en esto mi alegría.

(1) Vea el lector lo que dijimos en la *Historia de un Alma*, cap. XII, 46, acerca de este Venerable. La santa lo amó extremadamente. Bien se puede decir que mucha parte de aquel optimismo que siempre respiró lo debe a este venerable, a quien imitó siempre en este punto. Tal fue el espíritu de Teresita como su Santa Madre Teresa de Jesús había querido que fuesen sus hijas: optimista y alegres, contentas siempre de llevar la Cruz del esposo. Así lo entendió nuestra Santita, y se apresuró a cumplir este deseo de su Santa Madre. Las religiosas de Lisieux pudieron comprobar y gustar las delicias de este alma santa, pero alegre. Cuando alguna vez faltó Teresita en las recreaciones, incluso se lamentaron de esta “desgracia”, porque aquel recreo no resultaría divertido; faltaba el alma de las alegrías de las pobres monjas: Teresita.

Día 29:

Había sufrido mucho. Yo tomé el Santo Evangelio para leerle algún pasaje y me fijé en estas palabras: “Resucitó, no está aquí, ved el lugar donde lo dejasteis.”²

—Sí, es verdad, ya no soy como en mi infancia, accesible a cualquier dolor; estoy como resucitada, ya no estoy en el “lugar” en que se me cree.

Madre mía, no sufra más por mí; he llegado a no poder sufrir ya, porque me es dulce todo sufrimiento.

Día 30:

Le dije:

—Quizá sufrirá mucho antes de morir.

Contestó.

—¡Oh, no pase cuidado! ¡Lo he deseado tanto!

(2) Marcos, XVI, 6.

JUNIO

Día 4:

Se despidió de nosotros (sus tres hermanas). Estaba como transfigurada y parecía que ya no sufría.

—He suplicado a la Santísima Virgen que no me dejase permanecer tan abatida e inconsciente como estos días pasados. Me daba perfecta cuenta que os apenaba; hoy, me ha escuchado. ¡Oh, Hermanitas mías, qué feliz me siento! Estoy segura que moriré pronto, si muy segura.

No os extrañéis si después de mi suerte no me aparezco y si no veis algo extraordinario como prueba de mi bienaventura. Entonces acuérdense que el espíritu de mi Caminito es no “ver” nada.

Bien conocen VV. CC. aquella expresión que tantas veces he repetido a Dios, a los ángeles y a los santos:

Que no es mi deseo
verles aquí abajo.

—Los ángeles la vendrán a buscar—repuso Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina).

No creo yo que los veáis; pero esto no impide que estén allí presentes. Quisiera poder complacerlas, teniendo una dulce y plácida muerte. Así lo he pedido a la Santísima Virgen.

Pedírselo a la Santísima Virgen no es lo mismo que pedírselo a Nuestro Señor. Ella sabe muy bien que ha de hacer con mis deseos; si es preciso atenderlos o no... en fin, a Ella corresponde no forzar la bondad de Dios para que me escuche, y dejar que en todo se haga siempre su santa voluntad.

...No sé si iré al Purgatorio; ello no me inquieta mucho; pero si voy allá no me arrepentiré de haber trabajado únicamente para salvar almas. ¡Cuán contenta me he puesto al saber que Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús también pensaba así!¹

No sé apenas si sufro mucho y si ven en mí, como ya les dije, algún signo de felicidad en el momento de

(1) Véase "Obras de Santa Teresa de Jesús...", P. Silverio, o. c. d. Edit. Burgos. III, 1939, cap. XXXII, 6." "...De aquí (de la visión del infierno) también gané la grandísima pena que me da las almas muchas que se condenan "de estos luteranos en especial, porque eran ya por el Bautismo miembros de la Iglesia, y los impetus grandes de aprovechar almas, que parece cierta a mí, que por librar una sola de tan grandísimos tormentos pasaría yo mil tormentos muy de buena gana", pág. 252.

En las Relaciones (vide, edic. crítica, Relación IV, 3), nos vuelve a manifestar este deseo; idem en la Relación VI, 6. En su Camino de Perfección, cap. I, 2, dice: "Mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que se pierden", y más adelante 4) "no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden". Y refiriéndose más expresamente a las almas del Purgatorio, escribe:

"En esto de sacar almas del purgatorio..., son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que quería cansarme y cansar a quien lo leyese." (Vide, Vida, cap. XXXIX, 5, pág. 322, edic. cit.) "Si teneis pena porque rogando por los prójimos no os descontará la pena del purgatorio, creed que se os quitará por esta oración, y si no, que esté yo hasta el día del juicio en el Purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma" (Vid. Camino de Perfección, cap. III, 6).

mi muerte... ¡Nuestro Señor murió también Víctima de Amor; sin embargo, recuerden cuál fué su agonía!

* * *

Este mismo día, por la tarde, viéndola sufrir tanto, le dije:

—En verdad, V. C. deseó sufrir mucho, y el Señor no ha desatendido su deseo.

—He deseado sufrir—me dijo—y he sido escuchada. Hace ya días que sufro mucho... Una mañana durante mi acción de gracias (de la Comunión) sentí como agonías de muerte y además ni una chispa de consuelo.

* * *

Yo todo lo acepto por amor de Dios, aunque sean esos extravagantes pensamientos que asaltan mi espíritu y tanto me importunan.¹

Día 5:

—Si una mañana V. C. me encontrase muerta, no se aflija por ello, es que mi papá, el Buen Dios, ha venido sencillamente a buscarme.

—Sin duda alguna es una grande gracia recibir los últimos Sacramentos, pero cuando el Buen Dios no lo permite también eso es bueno. Todo es gracia.

* * *

(1) Se refiere a sus tentaciones contra la fe.

Mucho le agradezo, Madre, de haber ordenado que no se me diese más que una partícula de la Sagrada Hostia. todavía me ha costado bastante poderla pasar; pero cuán feliz me sentía teniendo a todo un Dios en mi pobre corazón. He llorado como el día de mi Primera Comunión.²

* * *

Vea, V. R. cuán poco consolada estoy en mis tentaciones contra la fe. El Señor Capellán me ha dicho hoy: “No os detengáis mucho en esto porque es perjudicial en extremo.”³

Y todavía me ha dicho más: “Está V. C. resignada a morir.” Yo le he respondido: “¡Ah, Padre mío!, me parece que no se necesita resignación sino para vivir. Para morir, lo que yo experimento es una alegría inmensa.”

* * *

Durante mi niñez los grandes acontecimientos de mi vida me parecían, de lejos, inaccesibles montañas. Cuando veía a las niñas hacer su Primera Comunión, me decía: ¿Cómo haré yo mi Primera Comunión?... Y luego, más tarde: ¿Cómo lo haré para entrar en Carmen? Y después: ¿...para tomar el hábito? ¿...para

(2) A causa de su gravedad apenas podía pasar las bebidas más imprescindibles para su alivio; así, pues, fue preciso que se le diese tan sólo un pedacito de la Sagrada Hostia.

(3) El señor Capellán de quien nos habla era el señor Youf, el mismo que le permitió comulgar con tanta frecuencia, especialmente durante los dolorosos días de la epidemia de “gripe”, de que hablamos en la “Historia de un Alma”.

hacer mi profesión?... Ahora me hago la misma pregunta para morir.

Día 7:

La ayudé a dar un paseito por el jardín, sosteniéndose conmigo. cuando volvíamos, se paró un momento a contemplar el conmovedor cuadro de una gallina blanca cobijando bajo sus alas a sus polluelos. Los ojos de la enferma se llenaron de lágrimas:

—¿Por qué llora V. C.?—le dije. Me contestó:

—Ahora no puedo responderle; estoy demasiado emocionada.

Más tarde me explicó el motivo de sus lágrimas, con un acento del todo celestial:

—Lloraba porque me acordé que le Buen Dios tomó esta comparación en el evangelio¹, para hacernos ver su ternura infinita. Durante toda mi vida ha hecho esto mismo conmigo: me ha resguardado totalmente bajo sus alas. Luego, no pude contener mi emoción y mi corazón se desbordó con lágrimas de reconocimiento y amor.

¡Ah!, ¡cuán bien hace Dios de ocultarse a mis miradas; de mostrarme muy raras veces y como a través de una tupida reja², los efectos de su misericordia!...

* * *

(1) S. Mateo, XIII, 37.

(2) Cantar de los Cantares, II, 9.

Me enseñó la estampa de Nuestra Señora de las Victorias donde había pegado aquella florecilla que le dió su papá y de la que nos habla en el libro de su Vida; y me dijo tiernamente conmovida:

—Hace hoy diez años que papá me dió esta blanca florecilla, después que le hablé, por vez primera de mi vocación.¹

Día 9:

Segundo aniversario de su entrega como victima al Amor Misericordioso.²

—¡Qué feliz me siento hoy!

—¡Ah!, ¿entonces ha terminado ya su terrible prueba espiritual?—le pregunté.

—No; pero está como algo suspendida; las terribles serpientes ya no silban en mis oídos...

* * *

¡Con qué paz dejo que digan, alrededor mío, que ya voy mejor de mi enfermedad! La semana pasada, estaba levantada y me encontraba muy enferma. En cambio, esta semana, apenas puedo sostenerme, me siento desfallecer; y, he aquí, que me encuentran “sana” ¿Mas qué importa eso?

—¿Espera, entonces, V. C. morir pronto?

(1) Esta estampa la conservó durante toda su vida. En ella se conserva todavía la blanca florecilla pegada junto a María, y con el tallo separado de la raíz. En ésta misma la santa escribió las últimas letras de su vida; se conserva en un hermoso relicario de plata. (Conf. “Historia de un Alma”, cap. V.)

(2) 9 de junio de 1895.

—Sí, espero irme muy pronto; en verdad no voy “mejor”, al contrario siento un terrible dolor de costado. No obstante, siempre repetiré lo mismo: Si el Buen Dios me cura, no sufriré decepción alguna.

* * *

Se lee en el Santo Evangelio que el Señor vendrá como un ladrón³.

¡Pronto vendrá a robarme! ¡Ah! ¡cuánto deseo ayudar a este Ladrón!

Sor Maria del Sagrado Corazón (su hermana Maria) le dijo:

—¡Cuán apenadas nos quedaremos después de su muerte!

Terésita contestó:

—¡Oh! No. ya verán, mi muerte será como una lluvia de rosas. *Sí, yo haré caer una lluvia de rosas...*

* * *

Me comparo a una niñita, que espera en la estación, la llegada de su papá y su mamá para que le suban al tren. ¡Ah! ¡todavía no han llegado y el tren ya marcha! Pero es igual, todavía hay otros trenes, no los perderé todos...

(3) Mateo, XXIV, 43; Lucas, XII, 39.

Día 10:

Pido siempre a la Santísima Virgen, que diga al Señor que no se moleste por mí. ¡Ella sabe cumplir muy bien mis encargos!... Yo no oigo otra cosa acerca de mi enfermedad, sino que voy mejor. Pero soy feliz, porque me entrego a todo. ¡Qué ganaría yo, si me nutriese en la esperanza de morir pronto! ¡Cuántas decepciones!

Pero, ahora no tengo ni una sola, porque me contento con todo lo que Dios quiere. No deseo otra cosa que su santa voluntad.

Día 14:

Poquito a poco, se pueden soportar muchas cosas.

Día 15:

El día 9 veía claramente, aunque de lejos, el luminoso faro que me anunciaba el puerto del cielo; pero, ahora, ya no veo nada. Parece que tenga los ojos vendados. Lo que se me dice acerca de mi próxima muerte, ya no me conmueve. Sin duda el Señor no quiere que piense en ello, como antes de mi enfermedad. En aquel tiempo experimentaba el provecho y necesidad de este pensamiento. Mas, ahora, muy al contrario, el Señor quiere que me entregue a sus brazos, como una niñita, sin inquietarse de lo que puedan hacer de ella.

* * *

Le aflige ver que su enfermedad se prolonga y se fatiga de tanto sufrir.

—¿Sufrir? ¡Oh! Esto es lo que más me agrada.

—¿Por qué?

—Porque es la voluntad de Dios.

* * *

Estoy muy contenta, porque me parece que no ofendo tanto a Dios mientras estoy enferma. Hace poco escribía yo sobre la caridad y con frecuencia venían a estorbarme. Héme propuesto no impacientarme por nada; y poner en práctica lo que estaba escribiendo, procurando ser la primera en ello.

Día 22:

Se hallaba en el jardín, sentada en su cochecito de enferma. Me acerqué a ella después de comer y me dijo:

—He comprendido muy bien el significado de aquellas palabras que Nuestro Señor dijo a nuestra Santa Teresa: “Hija mía, ¿sabes tú quiénes son mis verdaderos amantes? Son aquellos que reconocen como falso todo lo que no se refiera a Mí”. ¡Oh, cuánta verdad! Si todo es vanidad, fuera de Dios.¹

(1) La Santita hace alusión al cap. XL, de la Vida de Santa Teresa. El texto francés, como ordinariamente sucede, no corresponde literalmente con el texto castellano. Este reza así: “¡Ay! ¡Hija mía, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, ¡no les encubriría Yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí...” (Conf. Obr. Compl. Santa Teresa de Jesús. P. Silverio, o. c. d. Edic. Mont. Carme. Burgos, 1939, cap. XL, 1, pág. 332).

Día 23:

Le había dicho:

—Oh, yo no tendré nada para presentar al Señor en la hora de mi muerte; tendré las manos completamente vacías! ¡Cuánto me apena esto!

Me dio esta respuesta:

—Entonces, V. R. no piensa como yo, que me encuentro, sin embargo, en las mismas condiciones. Aunque hubiese llevado a cabo todas las obras de San Pablo, me creería un siervo inútil¹; encontraría mis manos vacías. Pero esto es precisamente lo que más me alegra, porque no teniendo nada, todo lo recibiré de Dios.

Día 25:

Me enseñó un pasaje de los Anales de la Propagación de la Fe, donde se comentaba la aparición de una santa vestida de blanco, a un niño recién bautizado. Y me dijo:

—Más tarde también lo haré yo. Bajaré alrededor de los niños bautizados.

Día 26:

¡Qué dolor de costado tenía ayer! Mas, he aquí que hoy ha desaparecido. ¡Ah! ¿Cuándo iré con mi buen Dios? ¡Cuánto deseo volar al cielo!

(1) Lucas, XVII, 10.

Día 29:

¡Cuán desdichada me sentiría en el cielo, si no pudiera derramar desde allí, mis pequeños favores sobre la tierra a aquellos que más amo!

* * *

Por la tarde le atacó con más ímpetu la tribulación de su alma; su tentación contra la fe y ciertas reflexiones la dejaron muy apenada. En este estado me dijo:

—Mi alma se siente del todo desterrada: el cielo está completamente cerrado para mí; y del lado de la tierra también experimento la prueba... Me doy perfecta cuenta que no se me cree muy enferma, pero es el Señor quien permite eso...

* * *

Cuando esté en el cielo me agradará mucho que escriban para mí hermosas poesías; me parece que agrada a los santos muchísimo que se les cante alabanzas, porque honrándoles a ellos se honra en gran manera al Señor.

Día 30:

Hablábale yo de los santos que llevaron una vida extraordinaria, como San Simón Estilita; y me contestó:

—¡Ah!, sin duda es admirable, pero prefiero los santos que triunfaron en todas las luchas, mediante

el santo abandono en las manos de Dios, como Santa Cecilia, que se dejó entregar al matrimonio sin temor alguno...¹

* * *

A propósito de cierta visita al locutorio, donde siguiendo su habitual costumbre, dejó hablar a sus hermanas, sin nada decir por parte suya, me dijo:

¡Qué tímida estaba esta tarde en el locutorio! No obstante, al poco rato, después de la visita, me vi obligada a reprender con severidad a una novicia. ¡Yo no me conocía! ¡Qué contrastes hay en mi carácter!

Mi timidez proviene de una molestia extrema que experimento cuando se habla o se ocupan de mí.

(1) Es el espíritu del Carmen, confianza y santa libertad, en la vida del alma. Debemos llorar nuestras faltas, pero sin perder la paz. El Hermano Lorenzo de la Resurrección, o. c. d., francés, religioso favorecido con muchos favores y alta contemplación, muerto en olor de Santidad el año 1691, también repetía palabras semejantes; "Quand je reconnais avoir manqué, j'en tombe d'accord et je dis; c'est mon ordinaire, je ne sais faire que celá" (Vid. La pratique de la Présence de Dieu, pág. 132). Estos sentimientos que "tocan" el corazón de Dios, están admirablemente conformes con el espíritu del Carmen que nos invita a lanzarnos a Dios con confianza, sin esperar mucho de nosotros mismos sino reconocer humildemente nuestra nonada.

JULIO

Día 3:

Le estaba confiando mis sentimientos de tristeza y desaliento después de una falta de la que me reconocía culpable; me contestó:

—Yo procuro no desalentarme jamás. Cuando cometo una falta que me entristece, sé muy bien que esta tristeza es consecuencia de mi infidelidad. Pero, ¿cree V. R. que me quedo afligida? ¡Oh, no! Me apresuro a decir al Buen Dios: Dios mío, sé muy bien que he merecido este sentimiento de tristeza; pero permitidme que os lo ofrezca como una prueba que Vos me mandáis por amor. Me arrepiento de mi falta, pero me siento feliz de poderos ofrecer este sufrimiento que he experimentado.¹

* * *

(1) La Santita fue devotísima de Santa Cecilia: su vida de amor, su amor a la pureza, su martirio, todo la atraía en esta Mártir; de ella también aprendió aquella bellísima costumbre de llevar siempre el libro de los Santos Evangelios sobre el corazón. Cuán emocionada recitaría el responsorio del Oficio propio de Sta. Cecilia, en el primer nocturno donde dice: “Virgo glorioso semper Evangelium Christi gerabat in pectore...”, “Esta gloriosa virgen siempre llevaba el Evangelio de su Esposo Cristo, sobre el pecho...”.

Estaba apenada, y para distraer sus pensamientos, me dijo con exquisita dulzura:

—Necesito algún alimento para mi pobre alma. Léame V. R. la vida de algún santo.

—¿La agradaría que leyera la vida de San Francisco de Asís? Le gustaría mucho porque habla de flores y pajaritos.

A esto me contestó gravemente:

—No por estas cosas, no...; sino para aprender ejemplos de humildad.

* * *

Con una santa y admirable resignación decía:

¡Hasta los santos me han abandonado! Pedí al glorioso San Antonio, durante los Maitines, que me ayudase a encontrar nuestro pañuelo, que se me había perdido. ¿Cree V. R. que me ha atendido? ¡Se ha guardado muy bien de ello! Pero no importa, le he dicho que todavía le amo más.

Día 4:

Nuestro Señor murió muerte de Cruz, en medio de terribles angustias, y, sin embargo, ¡esta fue la más hermosa de las muertes de amor que nunca jamás se ha visto!

Morir de amor, no es morir entre sublimes éxtasis... os lo aseguro, francamente, me parece que es lo que estoy experimentando.

Día 5:

Le hablé de mis imperfecciones. Ella me contestó: —También tengo yo muchas debilidades, pero no me apuro por ello. No me sobrepongo tan prontamente como desearía de las miserias de nuestra pobre naturaleza; por ejemplo, siento algunas tentaciones de inquietarme por alguna necesidad que habré dicho o hecho. Entonces, ¿sabe qué hago? Entro dentro de mi misma y me digo: ¡Ay de mí, todvaía estoy en el primer peldaño, como siempre! Pero me lo digo con tristeza y llena mi alma de paz. ¡Es tan dulce reconocerse débil y pequeña!'

No se aflija, Madrecita mía, viéndome enferma, porque ya ve qué feliz me hace el Señor con ello. Estoy siempre contenta y alegre.

Día 6:

Acababa de tener una hemoptisis. Le dije con pena:

(1) La Santita había comprendido perfectamente que las “delicias del Señor son estar entre los hijos de los hombres” (Prov. VIII, 31). Por ello se complacía en verse débil y pequeña, como todo hijo del hombre. En su infancia espiritual la vemos copiar todos los encantos y virtudes de la niñez, aún las ingenuas “picardías” filiales de todo hijo para con su adorado padre.

Este mismo día (5 de julio), después de haber contemplado una estampa representando a Nuestro Señor con dos niños, de los cuales el menor sentado sobre sus rodillas le está acariciando, mientras que el otro con cierta timidez le besa respetuosamente la mano, Teresita dijo graciosamente: “Yo soy este pequeñuelo que sentado sobre las rodillas de Jesús levantando la cabecita hacia El, le abraza sin temor alguno. El otro no me agrada tanto. Se mantiene demasiado reservado...”.

Esta misma idea le hizo escribir aquellos versos:

“...Y así cual pequeñuela quiero amarte,

... y cual niño colmarto de caricias...” (Sólo Jesús, poesía.)

(Vide “L’Esprit de Ste. Thérèse”, chap. III, pág. 195.)

—¿Nos va a dejar ya?

—¡No! ¿Sabe qué he respondido al señor Capellán, que también me ha dicho: Qué sacrificio tan grande el de V. C. al separarse de sus hermanas? Pero, Padre mío, me parece que no me alejaré de ellas, al contrario, después de mi muerte estaré todavía más cerquita de ellas.

* * *

Me parece que hasta para morir tendré que tomar paciencia, como en todos los grandes acontecimientos de mi vida. Mire V. R.: Entré jovencita al Carmen, y en consecuencia, cuando ya estaba todo preparado, tuve que esperar tres meses; para mi toma de hábito sucedió lo mismo; y para mi Profesión lo mismo. Pues bien, para morir también va a suceder así. Llegará pronto, pero también tendré que esperar.

* * *

Tengo que hacer continuamente pequeños sacrificios.

* * *

Todas se dan perfecta cuenta que V. C. está muy contenta hoy porque ha tenido otro vómito y veis llegar ya al Divino Ladrón. Repuso:

—¡Ah!, aunque no lo viese. Le amo tanto, que siempre estoy contenta con lo que hace. No dejaré de amarlo cada vez más, aunque no venga a

robarme, muy al contrario. Cuando parece que me está engañando, le hago toda clase de cumplidos, de tal manera que ya no sabe que hacer conmigo.

* * *

He leído un hermoso pasaje en las Reflexiones sobre la Imitación: “Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos gozaba de todas las delicias de la Trinidad, y en consecuencia su agonía fue mucho más cruel.”

Es un verdadero misterio, pero le aseguro que comprendo algo de ello, por lo que me está sucediendo a mí.

* * *

He experimentado algunas veces que los sufrimientos vuelven más buenos e indulgentes para con los demás, porque el sufrimiento nos acerca más a Dios.

Encendí una lamparilla a la Santísima Virgen para obtener la gracia de cesar la hemoptisis. Me dijo:

Entonces, ¡V. R. no está contenta de que yo muera! ¡Ah, para alegrarme yo hubiera sido mejor que continuara la hemoptisis! Pero, ¡ya terminó por hoy!

* * *

¿Cuándo llegará, por fin, la última sentencia? ¡Oh, cuánto quisiera encontrarme en este momento!

Y luego, ¿qué habrá después?

Día 7:

Después de otra hemoptisis, exclamó:

—¡Pronto voy a irme a ver al Buen Dios!

—¿Tiene V. C. miedo a la muerte, ahora que la ve tan cerca?

—¡Ah! Cada vez menos.

¿Tiene V. C. miedo al Divino Ladrón, ahora que ya está en la puerta?

—No, no está en la puerta; ¡ha entrado ya! Pero, ¿qué me dice, Madrecita mía? ¿Si tengo miedo al Ladrón? ¿Cómo quiere que tenga miedo de quien tanto amo?

* * *

Estas palabras: “Aunque el Señor me quite la vida, esperaré en él”¹, me ha cautivado desde niña. Pero tardé bastante en llegar a este grado de abandono.

Ahora ya estoy en Él. El Señor me ha tomado en sus brazos y me ha puesto allí.

* * *

Le insinué que dijiera algunas palabras de edificación al señor doctor de la Comunidad.²

¡Ah! Madre mía, no es esta mi manera de ser. Que el señor de Cornière piense lo que quiera; yo amo solamente la sencillez y tengo horror por lo contrario.

(1) Job, XIII, 15.

(2) Vea el lector lo que queda dicho acerca del señor De Cornière, en la “Historia de un Alma”, cap. XII, n. 43.

Le aseguro, R. M. que si hiciera lo que V. R. me insinúa, me caería muy mal.

* * *

Le pedi que me contase, de nuevo, la gracia que habia recibido después de su ofrenda al Amor Misericordioso. Ella me atajó diciendo:

—Madre mía, os lo conté el mismo día que me sucedió pero V. R. no puso mucha atención...

(En efecto, yo había demostrado no darle mucha importancia, y después ella ya no volvió a hablar de ello a nadie.).

Pues bien. Había comenzado yo el Vía Crucis, en el coro, y me sentí de pronto herida, impetuosamente, por un dardo de fuego tan ardiente que creí iba a morir. No sé cómo explicarlo, era como si una mano invisible me hubiese sumergido enteramente en una hoguera.

¡Oh, qué fuego y qué dulzura al mismo tiempo! ¡Ardía de amor! Un minuto, un segundo más y no hubiese podido resistirlo sin morir.

Entonces comprendí lo que los Santos dicen de estos estados tantas veces experimentados por ellos. Yo no lo he experimentado más que una vez y sólo durante unos instantes, luego volví en seguida a mi habitual sequedad.¹

Al poco rato continuó:

Desde la edad de catorce años también sentí algunos vuelos de amor. ¡Ah, cómo amaba a Dios! Pero, no era tanto como después de mi Ofrenda al

(1) Vide, "Historia de un Alma", cap. VIII.

Amor; no me sentía arder en una verdadera llama de fuego, como esta vez.

Día 8:

Estaba tan grave, que tratábamos de darle la Extremaunción... La bajaron por la tarde a la enfermería. Entonces dijo muy contenta:

—Solamente tengo miedo de una cosa: que esto no cambie.

Luego, contemplando sus enflaquecidas manos, dijo:

—Ya me estoy volviendo esqueleto. ¡Oh, cuánto me agrada!

* * *

¡Oh!, ciertamente cuando vea al Buen Dios lloraré de gozo y amor... Sin embargo, parece que en el cielo no se debe llorar... Pero, sí, en el cielo se llora, puesto que El dijo: “Yo enjugaré las lágrimas de sus ojos.”²

* * *

Se examinaba, con mi ayuda, de los pecados que pudo cometer con sus sentidos, para confesarse de ellos antes de recibir la Extremaunción. Habíamos llegado al sentido del olfato. Entonces me dijo, como por un exceso de delicadeza de conciencia y para saber que pensaba yo:

(2) Apocalipsis, XXI, 4.

—Me acuerdo que me serví con un placer demasiado natural de una botella de Agua de Colonia que me habían regalado durante un viaje...

* * *

En una circunstancia en la que no fue del todo bien comprendida, dijo con dulzura:

—La Santísima Virgen hizo muy bien de guardarlo todo en su corazón. No os extrañéis si hago como ella...

* * *

¡Cuánto deseo recibir la Sagrada Extremaunción! ¡Tanto peor si luego se me juzga desfavorablemente por ello!

(Si se curaba; pues, ella sabía muy bien que ciertas Hermanas no la juzgaban en peligro de muerte).

* * *

Sintiéndose un poco mejor, dijo graciosamente:

—Podría decirse que los angelitos se han puesto de acuerdo para ocultarme la luz que me indicaba mi próximo fin.

—¿Le han ocultado, entonces, la Santísima Virgen?

—No, la Santísima Virgen jamás estará oculta para mí porque yo la amo demasiado.

* * *

Le dábamos gracias porque nos consolaba con sus afectuosas palabras. Repuso:

Hermanitas mías, les ofrezco los frutos de mi felicidad, tales como el Buen Dios em los da.

Cuando esté en el cielo obtendré muchísimas gracias para aquellos que me hicieron el bien. Para V. R., Madre mía, no todo podrá servirlos; pero habrá mucho para regocijaros.

* * *

¡Si supiérais cuán dulcemente se me juzgará! Pero si el Buen Dios me reprende por alguna cosita, del mismo modo lo encontraré dulce. Y si voy al purgatorio, estaré todavía muy contenta. Haré como los tres niños hebreos: pasearme en medio de la hoguera cantando el cántico del Amor.

¡Oh!, cuán feliz sería si, una vez allí, pudiese salvar otras muchas almas, sufrir en su lugar, porque entonces haría el bien, *libraría a los cautivos*.¹

* * *

Me previno que, más tarde, un excesivo número de jóvenes sacerdotes; sabiendo que ella había sido dada como hermana espiritual, dos misioneros pedirían el mismo favor. Y me advirtió que esto podía ser un peligro para ciertas almas.

No importa que alguna escriba lo que escribí yo, y que reciba los mismos cumplimientos y confianza... Solamente podemos ser útiles a la Iglesia por la

(1) Corresponde perfectamente con aquel pensamiento de su Santa Madre Teresa de Jesús: "...¡qué va que esté yo hasta el día del Juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola una alma!" (Vide, "Camino de Perf.", cap. III, 6.)

oración y el sacrificio. La correspondencia debe ser muy parca y no debe permitirse mucho a ciertas religiosas que se preocuparían demasiado en ello. Creerían que hacen maravillas y no harían más que, dañar su alma y quizá caer en los sutiles lazos del demonio. Madre mía, lo que le estoy diciendo es muy importante, nunca lo olvidéis.

En el Carmen no es preciso acuñar moneda falsa para rescatar almas. Y muchas veces, las hermosas palabras que se escriben y las bonitas frases que se reciben son verdadero cambio de moneda falsa.²

Día 9:

Habiendo venido el R. P. superior para ver si era oportuno administrarle la Sagrada Comunión, le dijo:

—¡Vuestra va a ir pronto al cielo! ¡Pero todavía no ha terminado su corona! ¡No ha hecho más que empezarla!

(2) La doctrina de la Santita en este punto se muestra importantísima, ya que está entrañablemente unida a la que la Gran Teresa de Avila había dejado escrita en sus obras, donde nos indica repetidas veces, que la Carmelita Descalza ha de tener más vida de oración y penitencia que exterioridades y leterías; y esto último siempre por obediencia. La Gran Madre nos da ejemplo de ello: "...Quisiera yo que como me han mandado..." (Vide, "Vida", prólogo, n. I Edic. Burgos, antes cit.). "Pocos días ha me mandaron escribiese cierta relación de mi vida..." (Vide, "Camino de Perf.", prólogo, n. 4 (d) "Comencé a escribir estas "funciones" por mandato del P. Maestro Ripolda..., no quería (yo) pasar adelante..., por el gran trabajo..., que me cuesta lo que he escrito, aunque, como ha siempre sido mandado por obediencia, yo los doy por bien empleados...", etc. (Vide, "Fundaciones", cap. XXVII, n. 22, página 837, id.). Iguales pensamientos encontraríamos en sus Cartas (CXXXVII), pero por no ser prolijos, dejamos ya las citas de las obras teresianas. Recordamos al lector, que Sta. Teresita lo escribió todo por obedecer a sus superiores.

—¡Ah, Padre mío, cuán verdad es lo que V. R. dice! No, no he hecho mi corona.. es el Señor quien la ha hecho.

* * *

Durante esta visita, se esforzó tanto en mostrarse amable y sonriente que ya no se trató más que administrarle el Sacramento que tanto deseaba.

Luego le dije que no sabía arreglárselas para obtener lo que deseaba.

A lo que me respondió gentilmente:

—¡Oh! ¡No conozco este oficio!...

* * *

Le habían dicho que era un gran privilegio el suyo, de no tener miedo a la muerte:

—¿Por qué debo estar yo más que otros al abrigo de tener miedo a la muerte? Yo no digo como San Pedro: Jamás os negaré.¹

Día 10:

Le estábamos diciendo:

—Ha habido santos que tuvieron miedo de condenarse; ¿cómo no siente temor V. C.?

Entonces, respondió con admirable seguridad:

—¡Los niños pequeños no se condenan!

* * *

(1) S. Mateo, XXVI, 35.

Le vino el pensamiento, que, a pesar de estar sufriendo tanto, quizá no estaba tan enferma como creía, y que el Doctor andaba equivocado.

—Si mi alma no estuviese llena de la voluntad de Dios por el santo abandono; si se dejase llevar por los sentimientos de gozo y tristeza que tan rápidamente sobrevienen, mudándose continuamente, en la tierra..., sería una marea de dolor muy amargo; pero estas alternativas solamente pasan rozando mi alma. ¡Ah! Con todo, son grandes pruebas.

* * *

Hablaban delante de ella de ciertas convulsiones que se producen en la hora de la muerte.

—Si a mí me pasara así, no os apenéis, porque luego yo no haré más que sonreír.

* * *

Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina) contemplaba la tapa de una cajita de Bautizo, diciendo que una hermosa cabecita de niño que estaba allí dibujada, le serviría de modelo, para una cabeza de ángel. Nuestra Santita tenía deseos de verla, mas como nadie le dijo nada, se abstuvo de pedirlo, por virtud, aunque más tarde me lo confió.

Día 11:

Le estaba diciendo cuánto provecho podía hacer el manuscrito de su vida; en seguida repuso:

—...Pero como verán muy bien que todo viene de Dios! Toda cuanta gloria reciba, será un bien gratuito que no me pertenece. Si todo el mundo se convencerá de ello...

* * *

Me habló de la Comunión de los Santos, y me explicaba cómo los bienes de unos serán premio de otros:

—Así como una madre está orgullosa de sus hijos, también los estaremos nosotros, los unos de los otros, sin la menor sombra de envidia.

A propósito de su manuscrito, me volvió a decir:

—...Quizá creerán algunos que yo tengo esta ilimitada confianza en Dios precisamente porque estuve preservada del pecado mortal. Puede decirles, Madre mía, que aunque hubiese cometido los más abominables crímenes tendría siempre la misma confianza. Sé muy bien que esta multitud de pecados que hubiera podido cometer, desaparecerían como una gotita de agua arrojada en un ardiente horno. Luego, les puede V. R. contar la historia de aquella pecadora convertida, que murió de amor. Con esto las almas compenderán en seguida lo que estoy diciendo; este ejemplo las animará.

He aquí la historia que me dictó textualmente:

Se cuenta en la vida de los Padres del Desierto, que uno de ellos convirtió a una pecadora pública, cuyos desórdenes escandalizaban una comarca entera. Esta pecadora, tocada por la gracia divina, quiso seguir al Santo anacoreta en medio del desierto para hacer una vida de rigurosa penitencia; pero la

primera noche de su viaje, antes de llegar al lugar de su retiro, se rompieron sus ligaduras mortales, por la fuerza de su amoroso arrepentimiento, y el Santo solitario pudo ver al mismo instante, el alma de aquella pecadora, llevada por los ángeles hasta el seno de Dios.

He aquí un ejemplo palpable de lo que yo quería decir, pero estas cosas no pueden expresarse del todo bien.¹

* * *

Como sufriese mucho por sus tentaciones contra la fe y por su decaimiento físico, comenzó a recitar esta estrofa de su cántico a la Santísima Virgen:

Si de angustias de muerte,
De pena y de dolor, de acerbo llanto
Rodear a su madre Jesús quiso,
¡El dolor quedó ya santificado!
“¡Sufrimiento y amor!” He aquí mi dicha,
la dicha de aquí abajo.
Todo cuanto poseo, todo es suyo;
Tomarlo puede para sí mi amado.
Ya que tanto me sufre
Y me perdona tanto.
Si se oculta... ¡Paciencia!
Aquí estaré aguardando.
Mientras dura la noche de mi vida
Y brille el sol que nunca tiene ocaso.¹

* * *

(1) Vide, “Historia de una Alma”, cap. X, n. 45.

(1) Poesía; “¿Por qué te amo?” A la Santísima Virgen.

Le decía yo:

—¡Cuánto le ha favorecido el Buen Dios! ¿Qué piensa V. C. acerca de esta predilección?

Me contestó:

—Yo pienso que el Espíritu de Dios sopla donde quiere.

* * *

Me estaba contando cómo hacía oración, en otro tiempo, durante la hora del gran silencio,² en las noches de verano; y me dijo que había comprendido por experiencia lo que es el “vuelo de espíritu”. Me habló además de otra gracia de este género, recibida en la gruta de Santa Magdalena (en el jardín del Convento) durante el mes de julio de 1889. A esta gracia se siguió un período de tiempo, durante el cual Teresita se sentía inundada de una paz extraordinaria. “Quietud”.

—Parecía que tenía un velo echado sobre todas las cosas de la tierra. Yo me sentía enteramente oculta bajo el purísimo manto de la Santísima Virgen. En esta época estaba yo encargada del refectorio, y me acuerdo que hacía las cosas como si no las hiciese, parecíame que obraba con un cuerpo prestado. Este estado duró una semana entera.

Es un estado sobrenatural muy difícil de explicar. Sólo Dios puede introducirnos en él; algunas veces sería suficiente para arrebatarnos un alma de esta tierra.¹

(2) Se refiere a la hora que precede el rezo de Maitines; suele ser hora libre para que las religiosas se ocupen en sus quehaceres particulares.

(1) La Gran Teresa de Avila, Ntra. Madre, nos habla de estos estados de oración en sus “Moradas”, Morada 6.ª, cap. V, obr. cit., y en el “Camino de Perfección”, cap. XXXIII, id. (Vide, lo que queda dicho en la “Historia de un Alma”, cap. XII, 6, pág. 268.)

Día 12:

Nada retengo en mis manos. Todo lo que tengo, todo cuanto gano, es completamente para la Iglesia² y para las almas. Aunque viviese hasta los ochenta años, ¡sería siempre pobre!

Me contó que una vez, siendo segunda tornera, tuvo que soportar una lucha terrible de espíritu a causa de una lamparilla que le habían mandado preparar para fuera de casa, en una circunstancia en la que no debía haberse producido y sin tener a mano lo que necesitaba para ello.

La lucha fue tan violenta que, para no sucumbir en ella, fue preciso que clamara al cielo pidiendo el socorro del Señor. Ella se dedicó a hacer lo mejor posible el encargo, empleando para ello la hora del gran silencio antes del Maitines. A propósito de esto, dijo:

—Para vencerme tuve que hacerme el pensamiento que preparaba una lamparilla para la Santísima Virgen y para el Niño Jesús, entonces lo hice con un increíble delicadeza, no dejando en ella ni una motita de polvo, y poco a poco sentí en mi alma una paz muy profunda y una gran dulzura.

Tocaron a Maitines y no pude acudir a ellos, pero había recibido una gracia tal, que si la Hermana X*** hubiese venido y me hubiese dicho, por ejemplo, que me había equivocado y que era preciso volver a preparar otra lamparilla hubiese obedecido muy a gusto.

(2) Este espíritu de amor a la Santa Iglesia lo heredó también de su Santa Madre, Teresa de Jesús. ("Vida", cap. XV, 7; XXXIII, 5; XXXIII, 15; "Relaciones", cap. III, 7; "Camino de Perfección", "protestación" y cap. I, 2; id. cap. III, 6; "Moradas", 3.^a, 10; "Fundaciones", I, 6; etc.)

Desde este día tomé la resolución de no considerar si los encargos que nos encomienda la obediencia son de alguna utilidad o dejan de serlo.

* * *

—¿Qué haría vuestra Caridad si volviese a comenzar su vida?

—Me parece que haría lo mismo que he hecho hasta ahora.

* * *

Cuando esté en el cielo, el Señor se verá obligado a hacer mi voluntad, porque yo jamás hice la mía en la tierra.

* * *

—Nos mirará V. C. desde el cielo, ¿verdad?

—No, bajaré.

* * *

Yo no digo: Si es duro vivir en el Carmelo, es dulce morir en él; sino: si es dulce la vida en el Carmen, mucho más dulce es la muerte.

* * *

Le ofrecieron un vino reconstituyente.

—No quiero ya más vino de la tierra. Quiero beber el nuevo vino en el reino de mi Padre.¹

* * *

(1) S. Mat. XXVI, 29.

Os suplico hagáis un acto de amor de Dios y levantéis por mí una innovación a todos los santos... Ellos son mis familiares de allá arriba.

* * *

Hablándome de nuevo sobre la Comunión de los Santos me dijo:

—Con las vírgenes seremos como las vírgenes; con los doctores, como los doctores; con los mártires seremos mártires, porque todos los santos son nuestros parientes... pero aquellos que habrán seguido el Camino de la Infancia Espiritual, conservarán siempre los encantos de la infancia, de los niños.

* * *

Dios me dió desde mi niñez el presentimiento de que moriría joven.

* * *

Dios me ha hecho siempre desear lo que El quería darme.

* * *

Dirigiéndose a sus hermanas, dijo:

—No penséis, hermanas mías, que cuando estaré en el cielo, sólo experimentaréis alegrías. No es esto lo que tuve yo, ni nunca lo quise tener. Muy al contrario, puede ser que paséis por muchas pruebas, pero yo os iluminaré haciendo que las améis y estiméis como un gran tesoro. Entonces os veréis

obligadas a decir como yo: “Señor, nos habéis colmado de gozo por todo cuanto habéis hecho.”¹

* * *

—No puedo pensar mucho en la dicha que tendré en el cielo. Una sola cosa hace latir con fuerza mi corazón: el amor que recibiré y el que podré dar... Pienso en todo el bien que podré hacer después de mi muerte; hacer bautizar a los niños, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia...

* * *

Esta tarde llegó a mis oídos el leve murmullo de una música lejana; entonces pensé que muy pronto escucharía incomparables melodías pero este sentimiento tan feliz sólo duró unos instantes.

* * *

Si hubiese sido rica, me hubiese sido imposible ver un pobre hambriento, sin darle en seguida de comer. De la misma manera lo hago ahora: a medida que voy ganando méritos, considerando que en aquel mismo instante hay otras almas que están en inminente peligro de condenarse les doy todo cuanto poseo. Todavía no he tenido un momento para mí; que pueda decirme: ahora voy a trabajar para mí.¹

* * *

(1) Salmo XCI, 4.

(1) La Santa Madre Teresa de Jesús nos dice también... por la salvación de una sola alma pasaría yo mil tormentos muy de buena gana. (Vide, obr. cit. “Vida”, cap. XXXII, 6.)

Siempre me agradó lo que Dios quiso darme, aun las cosas que me parecían menos buenas y no tan bellas como las de otras.

* * *

Mi corazón está lleno de la Voluntad de Dios; así cuando alguien derrama alguna cosa por encima, no penetra al interior, es una nada que resbala fácilmente, como el aceite que no puede mezclarse con el agua. Yo me quedo invariablemente en el fondo, sumergida en una paz tan profunda que nunca podrá ser turbada.

* * *

Con una expresión angelical y un acento del todo celestial, se puso a recitar aquella hermosa estrofa de su poesía “Acuérdate”:

Tú buscas mi reposo;
Tú quieres mi feliz y eterna suerte;
Yo me abandono a ti, Divino Esposo.
Para en tus brazos aguardar la muerte.
Si te duermes. Señor, y en tanto ruge
Le tempestad airada,
Levantando la nave con empuje,
Dormiré sosegada;
Pero, durante el sueño,
Prepárame, mi dueño,
Para aquel despertar de la alborada.²

* * *

(2) Poesía: “Acuérdate, mi amor”...

Me dijo, fijándose en el extremo enflaquecimiento de sus miembros:

¡Oh! ¡Qué gozo experimento al verme destruir!

Día 13:

En otro tiempo, cuando mi hermana Genoveva (Celina) venía a verme, durante la dolorosa enfermedad de nuestro queridísimo padre, no podía decirle cuanto hubiera querido, porque solamente disponía de media hora.¹ Entonces, si se me olvidaba alguna cosa o si tenía alguna luz que quería haberle comunicado, pedía al Señor que se lo hiciese ver y comprender; a la siguiente visita veía claramente que había sido escuchada mi petición...

Al principio de estas visitas, cuando ella sentía alguna pena y yo no podía consolarla, me retiraba del locutorio con el corazón destrozado; muy pronto comprendí que yo era incapaz de consolar una sola alma, y desde entonces ya no sentía pena alguna cuando ella se marchaba triste. Solamente pedí a Jesús que supliese mis deficiencias.

Desde esta época, cuando he causado involuntariamente alguna pena o disgusto, pido al Señor que pase detrás mío, y ya quedo tranquila.

* * *

Le supliqué que me determinara los empleos que había llevado a cabo en su vida de Carmelita:

(1) Era éste el tiempo prescrito por la Regla.

Desde que entré al Carmen me destinaron a la ropería con la Madre Superiora;² además estaba encargada de la limpieza de un dormitorio³ y una escalera. En esta misma época iba yo a arrancar hierbas a la huerta, a las cuatro y media de la tarde, con “descontento de Nuestra Madre Priora”.

“Después de mi toma de Hábito me destinaron al refectorio, donde estuve hasta la edad de dieciocho años; me ciudaba de barrer y de distribuir respectivamente el agua y la cerveza.¹

“Durante las Cuarenta Horas del año 1891 me encargué de la Sacristía.”

“A partir del mes de junio del siguiente año me descargaron de todo oficio por espacio de dos meses. En esta temporada pinté el fresco del Oratorio, alrededor del Tabernáculo, y fue entonces cuando me nombraron Tercera de la Depositaria. Después de estos dos meses, fui tornera, conservando mi oficio de pintora. Estos dos oficios los conservé hasta las elecciones de 1896; después de éstas volví a ser Sacristana.

“Caí al poco tiempo enferma y entonces supliqué me dejaran ayudar a la buen Hermana X*** a remendar la ropa.

Me recordó entonces humildemente cuantas veces se la llamó, sin miramientos, lenta y poco cuidadosa

(2) Fue ésta Sor Maria de los Angeles; Maestra de Novicias de la Santita y muerta el 24 de noviembre de 1924. (Vide, H. de un A., cap. VII, 21, pág. 138.)

(3) Claustro donde dan las puertas de las celdas.

(1) Esta cerveza, no era más que una infusión de lúpulo, que elaboraban las mismas monjas. Las religiosas se tomaban en lugar de vino.

Además de repartir la cerveza y el agua, Teresita cuidaba también de distribuir el pan a la Comunidad.

en sus oficios, de tal manera, que casi lo llegué a creer yo misma por un momento... Luego me confesó que en ciertas circunstancias había sufrido mucho, especialmente cuando yo era su primera en el oficio de refitolera, no pudiéndome hablar, porque se había abstenido de pedir este permiso tan consolador:

—...Tanto que me parecía que V. R. ya no me conocía...—añadió.

Me habló también de la violencia que tenía que hacerse para quitar las telarañas de la despensa de San Alejo² (sentía ella una repulsión enorme hacia las telarañas) y me dio otros muchos detalles que testificaban cuán fiel había sido siempre en todo y cuanto había sufrido sin que nadie lo notara.

Día 14:

Me acuerdo haber leído que los Israelitas edificaron los muros de Jerusalén, trabajando con una mano y sosteniendo una espada en la otra. Esto es lo que debemos hacer nosotras, no entregarnos del todo al trabajo.

Día 15:

—¿Y si muriera V. C. mañana, fiesta de Nuestra Santísima madre la Virgen del Carmen después de la comunión?—le preguntaron. Respondió:

(2) Es costumbre muy antigua y piadosa, en el Carmen de poner bajo la tutela de algún santo, todas las estancias, claustros y habitaciones del convento.

—Oh! Esto no se parecería en nada a mi caminito ¿Voy a salirme de él a la hora de mi muerte?... ¡Morir de amor después de recibir la Sagrada Comunión! Es demasiado bello para mí; las almas pequeñitas no podrían imitarme en esto... Supuesto que mañana no me ocurra algún percance.¹

(1) “Es preciso que las almas pequeñuelas puedan imitarme en todo”, declara Teresita (Vide *L’Esprit*..., cap. II, pág. 167). Es por eso que en ella “todo fue sencillo, había en ella tal simplicidad que jamás se hubieran podido sospechar los grandes sacrificios con que sujetó su viva naturaleza para vencer cuantas repugnancias se le oponían”. (Proces. Apost. 645, M. Inés de Jesús.). “Su trato fue siempre muy agradable y desempeñó todos los oficios y encargos que se le encomendaron, con gran libertad de espíritu” (Vide, “Proces. Apostól”, 1045, Sor Genoveva).

“Los dones sobrenaturales, como milagros, éxtasis, etc..., que generalmente admiramos en la vida de los santos, no fueron la herencia de la Sierva de Dios; su vida no salió de lo “ordinario”; éste es el sello distintivo que hacen a Teresita asequible para todos. El Señor la hizo presentir que la escogía para ponerla como modelo a los ojos de tantas almas que andan por el camino de la noche de la fe” (Procés. Apost., 2346, Sor María de la Trinidad). De aquí su sencillez de vida, que la hizo pasar desapercibida a los ojos de toda la Comunidad, aun en sus actos más heroicos.

Notemos un testimonio, de primera importancia con miras a esta sencillez de vida de la Santita: “Si las religiosas que convivieron con ella, la tenía en gran estima y veneración, como a ninguna otra, jamás sospecharon, mientras vivió (la santita), que más tarde se trataría de beatificarla. Yo misma que la admiraba verdaderamente como a una santa, especialmente después de haberla visto sufrir durante su última enfermedad, jamás sospeché que un día la acanonizarían, persuadida de que para ello era preciso haber hecho muchos milagros y cosas extraordinarias durante su vida mortal.

Las religiosas que con ella convivieron y que han sobrevivido a su glorificación, comprenden perfectamente, conforme a estos triunfos, cuánto heroísmo se encerraba en aquella alma, de cuya vida fueron testigos (Vide. Proces. Apost. 2833, M. Inés de Jesús.)

Esta santa comprendió perfectamente que “no son las grandes acciones las que hacen a los santos, sino que son los santos los que hacen que las acciones, todas, aun las insignificantes, alcancen gran valor, mediante el amor puro que anima las secretas intenciones del corazón. En esto consiste el secreto de la santidad. Los santos “todo” lo santifican. Por eso el modelo que escoge Teresita es la Sagrada Familia, porque su vida, la más divina y perfecta que se ha dado en la historia, fue la más sencilla en apariencia. Esta fue también la santidad de todo un Dios, hecho hombre...” (Vide, P. Philipon, obr. cit., chap. IX, pág. 321 et sq.).

Entonces me contó que el Venerable Teófanos Venard, dirigiéndose al lugar del martirio y teniendo en sus manos el piscis donde se guardaba la Sagrada Hostia para comulgarse, le fue arrebatada cruelmente por sus verdugos... En seguida, la santita exhaló un profundo suspiro.

Me contó el hecho siguiente, cuyo recuerdo lo guardaba como una gracia:

—Cierta día, Sor María de la Eucaristía¹ quería encender las velas para una procesión; no tenía cerillas, y viendo la lamparilla que ardía ante las reliquias, se acercó a ella, aunque ya no quedaba más que una débil llama, casi extinguida, alimentada por una mecha ya carbonizada. Sin embargo consiguió encender su vela y con la suya, las de la Comunidad.

“Entonces pensé entre mí: ¿Quién podrá gloriarse de sus obras?... Una simple lamparilla, semiapagada ha producido tan encendidas llamas, que a su vez, podrán encender otras tantas, en número infinito, hasta llegar a abrasar el mundo entero. Y sin embargo, siempre se deberá atribuir a esta humilde lamparilla la causa primera de este incendio...

“Lo mismo sucede en la Comunión de los Santos. Sí una centellita puede producir grandes lumbreras en la Iglesia, como Doctores, Mártires... con frecuencia, sin saberlo, las gracias y luces que recibimos se deben a una alma oculta, porque Dios quiere que los santos se comuniquen unos a otros la gracia, mediante la oración, para que en el cielo se amen con un amor inmenso, con un amor mucho más

(1) Su prima María Guérin.

subido que el de una familia, más todavía que el de la familia más ideal que pueda existir.

“¡Cuántas veces he pensado que yo debo tal vez todas las gracias que he recibido a la oración de una alma humilde que habrá rogado por mi al Señor y que sólo conoceré en el cielo!”¹

* * *

...En el cielo no existirán miradas indiferentes, porque todos los elegidos reconocerán que se deben unos a otros las gracias que le merecieron la corona.

Día 16:

A propósito de su deseo, realizado ya, de ver junto a ella a su hermana Celina (Sor Genoveva de la Santa Faz), dijo:

—Había ya hecho el sacrificio completo de Sor Genoveva, pero no puedo decir que no lo deseaba.

“Muchas veces, durante las noches de verano, a la hora del gran silencio, antes de maitines, sentada arriba, en la azotea, me decía: “¡Oh!, si mi Celina estuviese aquí, cerquita. Pero, sería demasiado dicha para mí. Y esto me parecía un sueño irrealizable. Ciertamente que no era por un deseo natural, sino por su alma, para que pudiera seguir mi Caminito, y ser feliz. Cuando yo la vi entrar aquí (al Carmen) y no

(1) Es curiosa la insitencia que la Santita hace en sus últimos días, sobre la doctrina de la Comunión de los Santos. Parece que quiere robustecer nuestra fe, para que luego confiemos en su benéfica “lluvia de rosas”. Estas palabras son un preludio de su misión póstuma, ejemplo real y evidente de la verdad de la Comunidad de los santos.

solo entrar sino que incluso se me confió a mi para que la instruyese; cuando vi que Dios cumplía sobre manera mis deseos, comprendí cuán inmenso es el amor que me tiene.

“Pues bien, Madrecita mía, si este deseo apenas expresado ha sido de tal forma satisfecho, es imposible que mis grandes deseos, de los que constantemente hablo a mi Dios, no sean escuchados del todo.

* * *

A propósito de su manuscrito, dijo¹:

—Madre mía, será preciso que V. R. revise todo lo que yo he escrito. Si le parece necesario suprimir alguna cosa, o bien añadir algo de lo que le hubiera dicho de viva voz, hágalo como si fuera yo misma. Recuerde esto mismo más tarde y no tenga escrúpulo alguno sobre este asunto. ¡Vuestra Reverencia conoce muy bien todos los repliegues de mi alma, V. R. sola!...

“...Madre mía, en mi cuaderno² sólo dije dos palabras sobre la Justicia Divina. Pero, si Vuestra Reverencia, desea algo más sobre el particular, encontrará todo mi pensamiento en una carta dirigida al P. Roulland, donde me explico con claridad.”³

Los grandes Santos trabajaron para dar más gloria a Dios, pero yo que no soy sino una alma muy

(1) A principios de este mismo mes dejó ya de escribir la autobiografía. Las últimas páginas están escritas a lápiz dada la debilidad en que la Santa se hallaba, que apenas, le permitía sostener la pluma, ni hacer el continuo movimiento de mojarla en el tintero.

(2) Se refiere al manuscrito de su vida.

(3) Véanse Cartas a sus hermanos misioners, e H. de un A., cap. VII, 31, pág. 183.

pequeña, trabajo solamente con el único deseo de agradarle: por eso me sentiré muy dichosa de poder soportar grandes sufrimientos, con tal que le haga sonreír, aunque sea sólo un instante.

Día 17:

Presiento que mi misión va a empezar; mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo; de enseñar mi Caminito a las almas. Si mis deseos son atendidos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, *quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra*. Esto no es imposible, puesto que los ángeles velan por nosotros, estando en el seno mismo de la visión beatífica.

No, no podré tener descanso hasta la consumación de los tiempos, y mientras quede un alma por salvar, pero cuando el Ángel dijere: “Ya no habrá más tiempo”¹, entonces descansaré, podré gozar, porque el número de los elegidos estará ya completo; todos habrán entrado en la felicidad sin fin. ¡Mi corazón salta de alegría ante este pensamiento!...

* * *

Le pedí algunas explicaciones sobre el caminito que quiere enseñar a las almas; me dijo:

—Madre mía, el camino de la infancia espiritual, el camino de confianza y santo abandono. Quiero enseñarles los sencillos medios que tanto resultado me dieron; decirles que solo debemos hacer una

(1) Apoc., X, 6.

cosa: obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios; ganarle con caricias. Así lo conquisté yo y por eso seré tan bien recibida en los cielos.

* * *

En cierta ocasión que Sor María del Sagrado Corazón (su hermana María) había estado hablando en el locutorio con el señor Capellán, me apresuré al volver, deseosa de saber qué había dicho acerca de mi estado. Pensaba yo para mis adentros que esto podría hacerme bien y consolarme; pero, reflexionando un poco, me dije: No, esto sería curiosidad. No quiero hacer nada por saberlo. Puesto que el Señor permite que ella no me diga nada espontáneamente, señal es que no quiere que me entere de ello. Y luego evité llevar la conversación sobre este asunto por temor de obligar a mi hermana, Sor María del Sagrado Corazón, a decirme algo sobre el particular: si hubiese sucedido así no hubiese sido feliz.

Día 18:

Dios no me daría este deseo de pasar mi cielo haciendo bien en la tierra si no quisiera realizarlo; más bien me daría el deseo de descansar en El. ¿Qué le parece Madrecita mía?...

* * *

Sor María del Sagrado Corazón, le dijo:

El solo pensamiento de que V. C. pronto morirá me deja muy abatida; si hiciera mucho caso de esto llegaría a dejar de hablar.

Teresita le respondió:

—Esto no sería según las enseñanzas evangélicas. En cualquier circunstancia en que uno se encuentre debe hacerse toda para todos.

* * *

—Alégrese, Hermanita, pronto se verá desligada de las penas de esta vida—le dijo cierta religiosa.

A lo que respondió:

—Gozarme por esto, ¡oh! ¡jamás!

Luego la miró con dulce sonrisa y añadió:

—¡Yo que soy tan valiente soldado!...

* * *

Sor Genoveva de la Santa Faz, le leyó algunas cosas sobre la bienaventuranza eterna; de pronto la interrumpió;

—No, no es eso lo que me atrae...

—Pues, ¿que es?—replicó Sor Genoveva.

—¡Oh! ¡El amor! Amar, ser amada, *¡y volver a la tierra para hacer amar al Amor!...*¹

Día 20:

—¿Cómo se las arreglaría V. C. si una de nosotras (de sus tres hermanas) hubiera estado enferma en su lugar? ¿Vendría a visitarla durante las recreaciones?

(1) Aquí se manifiesta sin sombra de disimulo, el espíritu apostólico de la Santita. Su misión será el amor, medio único, a sus ojos, para ver realizadas en ella todas las vocaciones de la Iglesia. “La futura patrona de las misiones” comprendió a la luz del dogma de la comunión de los santos, y a la luz de la fe, que el amor contemplativo que se inmola en silencio, es uno de los más eficaces medios de hacer amar al Amor.” (Vide, P. Philipon. “Une voie toute nouvelle”, chap. III, 5, pág. 107.)

—Me hubiera dirigido, directamente al lugar del recreo, sin pedir informes de VV. CC.; pero lo hubiera hecho con toda naturalidad para que nadie se diera cuenta de mis sacrificios. Si, entonces, se me hubiera llamado a la enfermería, purificaría mi intención, cumpliendo este deber con el único objeto de complacer a la enferma y no para purificarme a mí misma, a fin de obtener gracias en provecho de V. C. que no hubiera podido alcanzar buscando mi complacencia. De mi parte, hubiera ganado una gran fortaleza, con esta abnegación. Si alguna que otra vez, por debilidad, hubiese hecho lo contrario de lo que os digo, entonces no me apenaría, sino que procuraría con más empeño reparar mis faltas, privándome todavía más de ello, pero siempre sin dejar traslucir nada.

* * *

Estoy muy contenta de poder morir entre los brazos de Nuestra Madre Priora¹ porque representa al mismo Dios. Con V. R., madrecita mía, hubiera habido, quizá alguna dosis de sentimiento natural; prefiero que todo sea sobrenatural.²

* * *

Queríamos sacar el máximo provecho de estos últimos días de la Santa y la interrogábamos sin cesar.

(1) La Rda. Madre Maria de Gonzaga.

(2) La Santa se refiere a la Madre Inés de Jesús. Había ésta cesado en su cargo de priora; no obstante siguió hasta el último instante todas las fases de la enfermedad de su santa hermana.

—Se me cerca con tantas preguntas que me he acordado de Juana de Arco cuando se hallaba ante el tribunal. Me parece que respondo con la misma sinceridad.

Día 21:

Jamás hice como Pilatos, que rehuyó a escuchar la verdad. Siempre he dicho al Señor: Dios mío, quiero escucharos siempre, os suplico que os dignéis responderme cuanto os digo humildemente: ¿Qué cosa es la verdad? Haced que vea las cosas tales como son, que nada me ofusque.¹

* * *

Recordóme esta oración que tantas veces había repetido en la época de su Primera Comunión:

(1) Hija fiel de Santa Teresa de Avila, no podía faltarle este matiz de la gran Reformadora, que por una sola verdad nada se le daría perderlo todo, ni la vida (Vide Obras. Santa Teresa. Burgos. P. Silverio. "Vida", cap. XVI, y 7 y XXI, 1.)

Característica de la Sta. Madre fue aquel amor a la verdad, que se ha ido imprimiendo en el alma de todas sus hijas. Teresita también gustó este delicioso néctar que le ofrecía su Madre, y por estar de un modo especial entregada al Señor, como un niño en los brazos de su Padre; porque la humildad y sencillez de su "Caminito" todo se basa en la verdad; "Porque... Dios es suma Verdad y la humildad es andar en la verdad" (Vide, id. Moradas, VI, cap. X, 7). Largo sería citar aquí los pasajes de la Santa Reformadora en que nos habla de la verdad, y trabajo inútil también el querer advertir una vez más, la señalada influencia de estas enseñanzas en el alma de la Santita de Lisieux; leyendo las obras de una y otra saltan a la vista las primeras notas de este canto a la verdad, herencia propia del Carmelo Teresiano en el que todo ha de ser: humildad, sencillez..., verdad. Ya lo había sentenciado la Madre Teresa: "No está la perfección en los gustos... sino... en quien mejor obrase con justicia y verdad." (Vide, id. Moradas III, cap. 10.)

¡Oh! ¡Jesús, dulzura inefable, cambiadme en amargura todas las dulzuras de la tierra!²

A esto añadió:

...Sin embargo, no la decía para privarme de los divinos consuelos, sino solamente de las ilusiones y gozos que pueden tan fácilmente apartarnos de Dios.

* * *

Le dijimos que podía considerarse muy dichosa de ser la maestra de un camino de amor y confianza. Respondió:

—¿Qué importa que sea yo, u otro el que enseña este camino a las almas? Con tal que sea enseñado, ¿qué importa el instrumento?

Día 22:

Jamás he dado al Señor otra cosa, sino amor; El me devolverá también amor.

Día 23:

V. C. sufre mucho y quizá todavía tenga que sufrir más; este pensamiento nos aflige mucho.

La enferma contestó:

—Nosotras, que corremos por el camino del amor, no deberíamos preocuparnos de lo que pueda sucedernos el día de mañana, porque entonces faltariamos a la confianza y nos entrometeríamos a querer crear lo que no existe.

* * *

(1) Imitación a Cristo, libro III, cap. XXVI, 3.

“¡In Te Domine speravi!”¹. En el tiempo de nuestra tribulación de familia, me sentía muy dichosa cuando me llegaba el turno de pronunciar este versículo en el Oficio Divino.

* * *

Cierta persona bienhechora de la Comunidad mandóle hermosas frutas, pero ella no podía comerlas. Las tomó una después de otra, como para ofrecerlas a alguien, diciéndome:

—La Sagrada Familia ha quedado bien servida: a San José y al Niño Jesús les ha tocado un melocotón y dos ciruelas. A la Santísima Virgen también le ha tocado su parte. Cuando me dan leche con ron, se la ofrezco a San José; diciéndome: ¡Oh! ¡esto irá de lo lindo a mi querido San José!

Cuando podía ir al refectorio, procuraba siempre ver la distribución que debía hacer: las cosas dulces eran para el Niño Jesús, los platos fuertes para San José, a la Santísima Virgen la reservaba las porciones calientes y las frutas maduras.

Pero cuando me faltaba alguna cosa, estaba más contenta aún porque entonces lo daba de veras a la Sagrada Familia.

Día 25:

Le confesé que acabaría por desear su muerte por no verla sufrir más,—No diga eso, Madrecita,

(1) Versículo muy común en el rezo del Oficio divino. Lo recitan casi todos los días en el himno “Te Deum”; “In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum”; último versículo del himno.

precisamente lo que más me gusta de esta vida es sufrir.

* * *

Le dije:

—¿Dónde está el Divino Ladrón? Ya no se oye hablar de El...

A esto respondió poniéndose la mano sobre el corazón:

—¡Está aquí, en mi corazón!...

* * *

Le estaba diciendo que la muerte tiene apariencias muy tristes, y que me apenaría mucho, viendola morir. Me respondió tristemente:

—La Santísima Virgen también tuvo a su Jesús en los brazos, sobre sus rodillas, desfigurado, ensangrentado. ¡Bien diferente de lo que V. R. puede ver! ¡Ah! ¡Yo no sé como se las arregló!... Suponga que me llevan a sus brazos en semejante estado, ¿qué haría V. R.?... ¿Responde mihi?...

* * *

Le pidieron, delante mío, algunos consejos a propósito de la dirección espiritual:

—Yo creo muy conveniente ponerse en guardia, para no buscarse a sí misma, porque pronto se saldría con el corazón herido, y entonces podría decirse con toda verdad: “Los guardias me quitaron el manto, y me hirieron... Y sólo cuando pasé de ellos encontré a Aquel a quien buscaba, a Quien

amo.¹ Si el alma pide humildemente a los guardas que le indiquen dónde está el Amado, se lo dirán; pero si quiere hacerse ver demasiado caerá en turbación y perderá la sencillez de corazón.

* * *

A propósito de una novicia que quería ocultarle sus sentimientos:

—La virtud brilla por sí misma; si está ausente me doy cuenta en seguida. Inclinandome un poco, vi enseguida por la ventana, el sol, ya en su ocaso, que lanzaba sus últimos fulgores sobre la naturaleza y las copas de los árboles aparecían completamente doradas. Entonces pensé: Mi alma también aparece brillante y dorada porque está expuesta a los rayos del Amor. Si este Sol Divino cesase de iluminarme perdería el brillo, quedándome oscura y tenebrosa al instante.

Día 27:

La Comunidad había estado ocupada en hacer la colada; por la tarde.

—Cerca de la una de la tarde, me dijo: ¡Cuán cansadas están mis hermanas haciendo la colada! Y he suplicado al Señor que os consolase, y que el trabajo se hiciese con tranquilidad y caridad.

“Sintiéndome y viéndome enferma, me he alegrado porque así he sufrido al mismo tiempo que la Comunidad.”

* * *

(1) Cantar de los Cantares, cap. V, 7; cap. III, 4.

Me recordó ciertas palabras de San Juan de la Cruz:

—“Rompe la tela de este dulce encuentro.”²”

“Siempre he aplicado estas palabras a la muerte de amor que tanto anhelo.”

“El amor no se servirá de la tela de mi vida; la romperá repentinamente.”

“Con qué deseo y consuelo me repetía desde el principio de mi vida religiosa estas otras palabras de San Juan de la Cruz: “Es gran negocio que el alma se ejercite en el amor para que consumándose en breve, no se detenga mucho acá y allá sin ver a Dios cara a cara.”¹

* * *

...En mi misión sucederá lo mismo que en la de Juana de Arco: la voluntad de Dios se cumplirá a pesar de la envidia de los hombres...

* * *

Me alegra la muerte, sólo porque es la expansión de la voluntad de Dios, sobre mí.

* * *

Jamás quise pedir al Señor morir joven; estoy, pues, segura que ahora cumple El simplemente su voluntad.

* * *

(2) Llama de Amor viva, canc. 1.^a Vide. Obras de San Juan de la Cruz, edic. B. A. C.: Llama de Amor... (pág. 1100, prólogo.)

(1) Ibidem.—Llama de Amor Viva. Declaración del verso VI, núm. 18, pág. 1117.

En un momento de asfixia, le hice ver mis sentimientos de compasión y pena:

—¡Oh! No se apenen. Si me ahogo, el Señor me dará fuerzas. Le amo y El no me dejará sola.

Día 28:

Sor Maria del Sagrado Corazón, le dijo:

—¡Qué felicidad, morir después de una vida entregada al Amor!

—¡Oh!, sí; pero para llegar a ello es preciso haber practicado también la caridad fraterna.

Día 29:

Cierta Hermana le refirió esta frase, oída en el recreo: No sé porque se habla de Sor Teresa del Niño Jesús como de una Santa; ha practicado la virtud, es verdad, pero no ha sido una virtud adquirida a fuerza de humillaciones y sufrimientos.

A esto le dijo:

—Precisamente yo que tanto he sufrido desde mi tierna infancia ¡Ah! Cuánto bien me hace ver la opinión de las criaturas en el momento de mi muerte.¹

* * *

(1) En otra ocasión (H. de un A., cap. XII). Teresita exclamó: ¡La opinión de la criaturas! ¡Oh! Dios me ha concedido la gracia de permanecer indiferente ante la opinión de las criaturas. No será indiferencia únicamente la de nuestra Santa, como efecto de un frialdad egoista y fatal, sino la indiferencia propia de los santos: efecto de "un magnifico equilibrio de sensibilidad: un equilibrio nacido de la reflexión y del continuo esfuerzo por dar a las cosas el valor real que tienen, tanto en si mismas como con relación a nosotros". "La despreocupación que los santos sintieron respecto al concepto que los hombres podían formar de ellos nacia de un conocimiento experimental del alcance que puede tener esa opinión humana".

Habían pensado darle gusto llevándole algo con que distraerse, pero sucedió lo contrario. Pensó ella que había contristado a la Hermana que tuvo esta idea, y le pidió perdón con lágrimas en los ojos:

—¡Oh! Perdóneme. Obré por impulso natural. Ruegue por mí...¹

Y un momento después:

—¡Cuán dichosa soy viéndome imperfecta y teniendo tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de mi muerte!

* * *

“La santita de Lisieux no atribuye esa diversidad de opiniones a simpatía o a antipatías personales. Si ésa fuera la causa, nada de extraño tendría, puesto que el enemigo ve siempre a través del prisma del odio, y lo que para los demás son virtudes, a él parecen defectos. Se trata de juicios y apreciaciones hechos por personas cuyo estado de ánimo respecto a la persona que juzga es el mismo. Por eso Teresita lo atribuye a variabilidad, a inconsistencia”.

“La verdadera independencia (de la opinión de las criaturas) no existe más que en los santos. Fundados en la voluntad inmutable de Dios, que es por lo único que miden sus actos, les importa poco lo que pueden pensar las criaturas. ¿Cómo les va a preocupar esa opinión, si no es por ella por lo que obran? Fijos los ojos en las alturas, ¿qué les importa lo que sucede en la tierra?...” (Vide: apud, “Enseñanzas de Santa Teresita”, P. Crisógono, o. c. d., X, 4, pág. 243.)

(1) Esta anécdota de los últimos días de la Santa, nos trae a la memoria otra semejante en los últimos días de Ntro. P. San Juan de la Cruz: “...el Hermano Pedro de San José, compadecido... de los dolores que tiene, le dice: “Padre, ¿quiere que le traiga unos músicos para que se distraiga y se aliente? El enfermo le contesta que, si es cosa fácil puede traerlos, el enfermo, alegre de poder dar aquel alivio a Fr. Juan, sale inmediatamente del convento, va en busca de los músicos y vuelve con tres. (Eran unos niños, amigos del convento.) Los niños comienzan a templar sus vihuelas, y el enfermo, como arrepentido de su condescendencia con aquel gusto, llama a Fr. Pedro y le dice: Hermano, muy agradecido estoy a la caridad que me ha querido hacer y lo estimo en mucho, pero no será razón que, queriéndome Dios regalar con estos grandes dolores... yo le procure templar y moderar con música y entretenimiento...”. Y lleno de profunda humildad y caridad regaló a los “músicos” despidiéndolos luego, porque... “yo quiero padecer estos regalos y mercedes que Dios me hace, sin ningún alivio, para más merecer con ellos.” (Conf. Vida de S. Juan de la Cruz, por el P. Crisógono, o. c. d. Edic. B. A. C. 1946, Cap. XX, pág. 460.)

Le manifestamos el temor que teníamos de que pudiese morir durante la noche.

—No moriré de noche: estén seguras. He deseado no morir de noche y se lo he suplicado a la Santísima Virgen.

* * *

Al atardecer, dijo:

—¡Pronto voy a morir, al fin! Desde hace tres días he sufrido muchísimo, pero esta tarde estoy como en el purgatorio.

* * *

A menudo repito mi Ofrenda al Amor Misericordioso, si puedo.

* * *

Hablándome de sus pruebas pasadas:

—Lo que nos humilló por un momento, se convirtió en nuestra gloria, incluso en esta vida.

* * *

No tengo capacidad para gozar, lo he notado muchísimas veces. En cambio, la tengo muy grande para sufrir.

Día 30:

Mi cuerpo siempre me fue una molestia; jamás me encontré en él a gusto... Todavía más, siendo pequeña ya me avergonzaba de él.

* * *

No he hecho nada para evitar el purgatorio, ni siquiera recoger una pajita. Todo lo que hice fue para agradar a Dios y salvar almas.

* * *

Las moscas la molestaban mucho, pero ella no quiso que las matáramos.

—Son mis únicas enemigas y como el Señor nos recomendó que perdonáramos a nuestros enemigos, me contento con esta ocasión de poderlo practicar. Por esta causa quiero perdonarlas.

* * *

—Sufrir sin descanso es muy duro, ¿verdad?

—No; todavía puedo decir al Señor que le amo, y esto basta.

* * *

Enseñóme un vaso que contenía una medicina bastante desagradable, a pesar de su aspecto de fino licor. Me dijo:

—¿Ve ese vaso, Madre mía? Cualquiera creería que su contenido es un delicioso licor; ¡y en realidad no he tomado otra cosa más amarga! Pues bien, esa es la imagen de mi vida: a los ojos ajenos, siempre apareció revestida de los más vistosos colores, les pareció que bebía un exquisito licor y era el de la amargura.

“Digo el de la amargura, pero mi vida no ha sido amarga, porque supe convertir y encontrar mi gozo y felicidad en todo lo amargo.

* * *

—¿Me quieren ayudar a prepararme a recibir la Extremaunción? Rueguen al Señor para que pueda recibirla tan bien como sea posible.

“Nuestro Padre Superior me ha dicho¹: “V. C. quedara como una niña que acaba de recibir el Bautismo.” Luego no ha cesado de hablarme sobre el amor. ¡Oh! ¡Cuánto me ha conmovido!”

* * *

Por la tarde recibió el Santo Viático y la Extremaunción. Después de la ceremonia nos enseñó sus manos con respeto. Apenas acababa su acción de gracias las Hermanas acudieron a verla y a hacerla mil preguntas. Más tarde me dijo:

—¡Cuán destraída he estado durante mi acción de gracias! Pero he pensado en cuando Nuestro Señor se retiró a la soledad, el pueblo le siguió y El no lo rechazó. He querido imitarle, recibiendo cariñosamente a las Hermanas.

* * *

En previsión de una muerte inminente, bajaron su jergón y lo aparejaron junto a la enfermería (para después exponer en él su cadáver). Ella lo vio en un momento que abrieron la puerta contigua a su habitación, y exclamó alegremente:

—¡Oh! ¡He ahí nuestro jergón! ¡Ya está listo para recibir pronto mi cadáver!

* * *

(1) El Señor Canónigo Rdo. Maupas, párroco de S. Jacques de Lisieux (Santiago de Lisieux). Ejerció el cargo de Superior del Carmelo de Lisieux, sucediendo a M. Delattroete.

Madre mía, después de mi muerte, si V. R. desea dar las gracias, de mi parte, al señor doctor De Cornière, que se ha cuidado de mi salud, pinte una estampa y escriba en ella estas palabras: “Lo que hicieréis al más pequeño de los míos, a Mi me lo hacéis”¹.

Día 31:

Encontré mi felicidad en la tierra, pero únicamente en el sufrimiento, porque he sufrido mucho aquí abajo. Diganselo a las almas...

Desde el día de mi Primera Comunión, que dije a Jesús que me mudase todos los consuelos de la tierra en amargura, senti un perpetuo deseo de sufrir. Sin embargo, no pensé encontrar mi dicha en ello. Es una gracia que recibí más tarde. Hasta entonces no era más que una centellita cubierta por las cenizas, y como las floress de un árbol que más tarde se convertirán en fruto. Mas viendo caerse las flores, es decir, entregándome al llanto siempre que sufría, me decia con tristeza: ¡Esto no pasará nunca de simple deseo!

* * *

Le dije:

—Si viviera mucho tiempo nadie comprenderia nada de su enfermedad.

Respondió alegremente:

—¿Qué importa? Todo el mundo puede despreciarme; siempre lo he deseado. Al fin lo habria conseguido.

* * *

(1) Mateo. XXV. 40.

Estando sus tres hermanas junto a su lecho, comenzó a sobrecogernos el sueño a causa de nuestra fatiga y tristeza.

Mirándonos entonces y señalándonos con el dedo una después de otra, le dijo con una sonrisa significativa:

—Pedro, Santiago y Juan.

Comprendimos la alusión a los apóstoles en el Huerto de Getsemani y al mismo tiempo su intención de distraernos con aquella amable salida.

AGOSTO

Día 1:

Me recordó la extraordinaria gracia que había recibido en otro tiempo, en julio de 1887, ante la estampa de Nuestro Señor Crucificado, de la que nos habla en su autobiografía (Capítulo V) y al mismo tiempo me repitió lo que entonces dijo:

—¡Oh! No quiero dejar perder esta Preciosísima Sangre. Pasaré mi vida recogiéndola en provecho de las almas.

* * *

A propósito del manuscrito de su vida.

Madre mía, después de mi muerte, no hablen a nadie de mi manuscrito hasta que se haya publicado, de acuerdo con Nuestra Madre. Si hacen lo contrario, el demonio se inmiscuirá y os tenderá más de un lazo para impedir y estorbar la obra de Dios... ¡“una obra importantísima”!

* * *

Algunos días más tarde, habiéndole suplicado que reparara en un pasaje de su manuscrito que me

parecía un tanto incompleto, la encontré con los ojos arrasados en lágrimas. Como le pedí me dijera el motivo, me respondió con angelical sencillez:

—¡Lo que he leído en este cuaderno es, en verdad, la historia de mi alma! Madre mía, estas páginas harán mucho bien. Con ellas se reconocerá muy pronto la dulzura del Señor...

—¡Ah! Lo sé muy bien... *Todo el mundo me amará...*

* * *

Le hablaron de cierto sacerdote tan mortificado que incluso se privaba de aliviarse en unas insoportables picazones.

—¡Qué bien hizo el Señor de decirnos: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas”¹. Yo no hubiera podido contenerme así... Prefiero practicar otra clase de mortificaciones de manera que dejen el espíritu más libre.

* * *

No se podrá decir de mí como de Nuestra Madre Santa Teresa: Se murió porque no moría². Mi natural desea el cielo, es verdad, pero la gracia tiene ya tal dominio sobre mi natural que ahora no puedo sino repetir:

(1) S. Juan, XIV, 2.

(2) Hace referencia a aquel estribillo de la poesía de Nuestra Madre Teresa de Jesús, en su poesía: “Aspiraciones de vida eterna”, donde la Santa avilesa tan graciosamente exclama, en un arrebato de amor: “¡¡Que muero porque no muero!!” (Vide: Obras de Santa Teresa, P. Silverio; Edic. Burgos, 1939, pág. 969.)

Quiero vivir largo tiempo
Si así, Señor, lo deseas;
O, si te place, contigo
Volar al cielo quisiera.
El amor, fuego sagrado,
De consumirme no cesa,
Vida o muerte, ¿qué me importa?
¡Amarte! Mi dicha es ésta.³

* * *

Todo pasa en este mundo, incluso Teresita...,
pero ¡volverá!

* * *

Siento una gran alegría cuando se me juzga imperfecta, pero sobre todo viendo que lo soy. Tal alegría me es más dulce que todos los cumplimientos que puedan hacerme y que me desagradan tanto.

Día 3:

—¿Cómo se las arregló V. C. para conseguir esa paz inalterable que parece su herencia?

Me olvidé de mí misma y procuré no buscarme en nada.

* * *

Le hablaba de las mortificaciones ejercidas con instrumentos de penitencia.

—Hay que ser muy moderada en estas prácticas, porque fácilmente se mezcla más la parte natural que la virtud.

(3) Poesías de Santa Teresita. Véase: "Paz y alegría", última estrofa

En otra ocasión ya me había dicho sobre este punto:

—En la vida del Beato Enrique Susón hay un pasaje que me llamó mucho la atención sobre este particular. Había hecho ya el Beato muchas penitencias, tan espantosas que acabaron con su salud, y se le apareció un ángel diciéndole que dejase ya aquel género de mortificaciones, añadiendo: Hasta ahora sólo has luchado como simple soldado, desde este momento te voy a armar “caballero”. Y le hizo comprender la superioridad de las mortificaciones espirituales sobre las penitencias corporales.

“Pues bien, Madrecita, el Señor no me ha querido como simple soldado, desde el principio fui armada “caballero” y me declaré en guerra contra mí misma en el dominio espiritual, por la abnegación y la práctica de los pequeños sacrificios ocultos; en este combate oscuro en el que ninguna parte tiene la naturaleza, encontré yo la paz y la humildad.

* * *

¡Hermanitas mías, rogad por los pobres agonizantes! Si supieran lo que se sufre ¡Cuán poca cosa bastaría para perderse la paciencia!... Es preciso ser caritativas con todas, sean quienes fueran...

* * *

A sus tres hermanas:

—Poned mucha atención en la observación regular. Después de las visitas al locutorio no se reúnan para

hacer reflexiones, esto sería lo mismo que estar en familia, donde no se priva uno de nada.

* * *

Le dije que debía haber luchado mucho para conseguir el grado de perfección en que la veíamos. A esto repuso con acento indefinible:

—¡Oh!, no es eso...

Luego añadió:

—La santidad no consiste en tal o cual práctica, sino en una disposición del corazón (del alma) que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra nada y confiados hasta la audacia en la bondad del Padre.¹

* * *

¡Oh, si supieran el dolor que siento en la espalda! Intentaron ponerla guata, y repuso:

—No, no conviene que me quiten esta crucecita.

Día 4:

Acerca de una reflexión que le hicieron:

—¡No, no me creo una gran santa!..., pero pienso que el Buen Dios se ha complacido poniendo en mi alma cosas que hacen bien a mí y a los demás.

* * *

(1) El R. P. Philipon O P., ve en esta expresión la fórmula sintética que resume más perfectamente el movimiento del alma de Teresita. (vide "Ste. Thérèse de Lisieux. Une voie toute nouvelle". Edic. II, Conclusión, pág. 323.)

Le presentaron un manojo de espigas, ella tomó una de las más hermosas y exclamó:

—Madre mía, esta espiga es la imagen de mi alma. Dios me ha colmado de gracias en provecho mío y de las otras almas... ¡Ah!, quiero inclinarme siempre bajo el peso y abundancia de los dones celestiales...

Luego, creyendo haber tenido un pensamiento de presunción añadió:

—¡Oh! ¡Cuánto desearía ser humillada y maltratada para comprobar si verdaderamente soy humilde de corazón! No obstante, tiempos atrás, cuando me humillaban, me sentía dichosa... Sí, me parece que soy humilde... El Señor me enseña la verdad y yo sé muy bien que todo viene de El.

* * *

Sufría mucho.

—¡Ah, cómo desfallecería si no tuviese fe mucho más aun si no amase al Buen Dios!

* * *

Durante la oración me quedé un momento dormida, y soñé que faltaban soldados para una guerra. V. R. dijo:

Es preciso que vaya Sor Teresa de Jesús. Entonces yo contesté que sería mejor si esto fuera para una santa. Pero he consentido en ir.

¡Oh, Madre mía—añadió—, qué dicha tan grande si hubiera podido luchar, por ejemplo, en las Cruza-

das, o más tarde en la guerra contra los herejes! ¡No hubiera temido ni el fuego!

¿Es posible que muera en un lecho!?

* * *

—¿Cómo arregla su vida espiritual ahora que está enferma?

—Mi vida espiritual de enferma es sufrir y después... eso es, ¡nada más!... No puedo sujetarme a una fórmula, diciendo: Dios mío, esto para la Iglesia. Dios mío, esto para Francia, etc... El Señor sabe muy bien qué debe hacer con mis méritos; yo lo he dado todo con el único deseo de agradarle. Además, me fatigaría el espíritu eso de decirlo a cada momento: Dad esto a Pedro, dad eso otro a Pablo. Lo hago, sin embargo, al instante, cuando me lo pide una Hermana, pero luego ya no vuelvo a acordarme. Cuando ruego por mis hermanos misioneros, no les ofrezco mis sufrimientos, sino que digo sencillamente: Dios mío, dadles todo lo que deseo para mí...

Día 5:

Alguien lamentó que las Carmelitas llevaras hábitos tan gruesos durante el estío.

—¡Ah! Cuando estemos en el cielo, el Señor nos premiará el haber llevado hábitos tan gruesos y burdos por su amor.

* * *

Una Hermana le dijo que a la hora de su muerte vendrían los ángeles acompañando al Señor, y que ella los vería resplandecientes de luz y hermosura.

—Todo eso no me hace bien alguno; no puedo sustentarme sino de la verdad. Por esta causa jamás he deseado tener visiones. No podemos ver, mientras andamos por la tierra, a los Angeles, el Cielo, tal como son en realidad, prefiero esperar después de mi muerte.¹

(1) "Los que han visto en la santa Carmelita un espíritu amigo de dulzuras místicas, con todo su acompañamiento de visiones, revelaciones y milagros, no comprenderán esta respuesta. Tampoco debió de comprender la aquella monjita que creyó ilusionar así las últimas horas de vida mortal de santa hermana. Es legión el número de devotos de Santa Teresita que le han concebido así. Su camino espiritual ha sido mal interpretado. Lo han creído lleno de ángeles de cara sonriente y de blanco y resplandeciente ropaje."

"Y sin embargo, aquella respuesta de Teresita en la hora de su muerte es el sello auténtico de su vida y de su pensamiento. Es la fe pura, en oposición a todo el mundo de visiones y revelaciones con que la fantasía de algunas almas devotas rodean la vida de todos los santos, como si fuese la única, o, por lo menos, la mejor expresión de la santidad sublime y de la virtud heroica". En la idea y en la vida de Santa Teresita, como en la de sus santos reformadores y maestros, Santa Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz, es más bien signo de imperfección. La perfección completa está en la fe pura y desnuda de toda visión sensible."

"La razón la da la Santita desde el lecho de muerte; eso que ven los ojos del cuerpo no es la realidad, porque ni Dios ni los ángeles pueden ser percibidos por los sentidos. Lo que por ellos se vea será una figura imperfecta. Y el alma que ha llegado a la perfección no puede contentarse con esas representaciones imperfectas. Prefiere esperar en la oscuridad de la fe de esta vida, a la visión verdadera y esencial del cielo."

"...Es el contraste con tantos espíritus enfermizos que no saben vivir más que en un ambiente de luces aparentes, que son en realidad sombras.... el manjar dulce, aunque insubstancial, de los pequeñuelos, la leche de los párvulos de que hablaban San Pablo y San Juan de la Cruz, en contraste con el pan fuerte y substancioso de los varones perfectos."

"Santa Teresita, a pesar de su caminito de infancia espiritual, no tenía el espíritu aniñado... Ni quiere lo tengan las almas que se pongan bajo su magisterio. La infancia por ella proclamada es la del espíritu sencillo... no la que busca consuelos y ternuras, visiones de ángeles y ambientes perfumados de rosas como única realidad de su perfección. Eso no es la

Yo repito con Job: “Por la mañana espero no llegar a la noche, y por la noche espero no volver ya la mañana”.¹

* * *

Habíamos colocado cerca de su cama un cuadro de la Santa Faz, hacia la que sentía mucha devoción, para festejar el día 6 de agosto, la Transfiguración del Señor.²

A propósito dijo:

—¿Qué bien lo hizo Nuestro Señor bajando sus ojos para darnos su retrato! Porque si los ojos son el espejo del alma, y hubiéramos entrevisto por ellos su alma, hubiéramos muerto de gozo.

¡Oh! ¡Cuánto bien ha hecho esta adorable Faz en mi vida! Mientras componía mi cántico “Vivir de amor”, ella me ayudó dándome mucha facilidad en ello. Escribí de un tirón, de memoria, las quince estrofas que había compuesto durante el día, aprovechando los tres cuartos de la hora de gran silencio de la noche.

verdad con que ella quiere nutrir su espíritu... Sin esa recia oposición a lo sensible de la vida espiritual, la doctrina del “Caminito” hubiera significado una desviación a la espiritualidad carmelitana... y las almas hubieran ido a parar por él a una sensiblería peligrosa..., engendradora de espíritus enfermizos...”

“La santa Carmelita debió preverlo y tenerlo en aquel último momento de su existencia mortal, al oír las palabras con que aquella monjita quiso consolarla. Por eso reaccionó enérgica contra la interpretación estrecha y empobrecida que se daba a su doctrina. Ella aspiraba, no a la visión de la imagen de Dios y de sus ángeles, que se le entrase por los ojos del cuerpo, sino a la visión pura e incontaminada del espíritu.” (De “Enseñanzas de Sta. Teresita, por el P. Crisógono, cap. VII, 7, pág. 169.)

(1) Job. VII, 4.

(2) La santa honra en este día de un modo especial, la Santa Faz de Jesús. (Vide “Noviss. Verba”, texto francés, nota.)

Aquel día acababa de componer la estrofa:

Vivir de amor es enjugar tu rostro
e implorar el perdón de pecadores...

Mientras íbamos al reflectorio, después del examen, repetía encendida en santo amor esta bella estrofa. ¡Y mirándole, lloré de amor!...¹

* * *

Mi devoción a la Santa Faz, o mejor dicho, toda mi piedad, se ha basado en esta frase de Isaías: No tiene ni hermosura ni esplendor; le hemos visto y no tenía un aspecto agradable... Despreciado y el último de los hombres, varón de dolores sabedor de lo que es padecer; su rostro estaba como oculto y cubierto de vergüenza; y apenas hicimos caso de El, teniéndole en nada...² Yo, también deseé estar sin esplendor ni belleza, y pisar las uvas en el lagar,³ desconocida de toda criatura...

Día 6:

Esperaba morir al amanecer este día y no cesó de mirar la Santa Faz durante las largas horas de la noche. Por la mañana me dijo:

—He esperado a Jesús durante toda la noche... He vencido muchas tentaciones... ¡Ah! Cuántos actos de fe he practicado... También puedo decir:

(1) Para ir del Coro al Refectorio, la Comunidad tenía que pasar forzosamente por delante de este cuadro de la Santa Faz. (Vide. Id.)

(2) Isaías, LIII, 1-2.

(3) Isaías, LXIII, 3.

Miré a mi derecha y consideré que no hay nadie que me conozca...¹ que conozca el momento de mi muerte...

Y dirigiendo su mirada hacia la imagen de la Santísima Virgen, cantó dulcemente:

¿Cuándo vendrá por fin, mi Madre tierna,
cuándo vendrá el jubiloso día
que cese este destierro, Madre mía,
para volar a tu mansión eterna?

* * *

A propósito del rezo del oficio de Difuntos² del que había sido ya dispensada a causa de su enfermedad, dijo:

—No puedo apoyarme en ninguna de mis obras para tener confianza. Así no puedo decir: He cumplido con todos los oficios de Difuntos... Pero la conciencia de esta pobreza se ha transformado para mí en una verdadera luz. He considerado que jamás hubiera podido, en toda mi vida, pagar una sola de todas las deudas para con el Señor, y que este mismo era para mí como una verdadera riqueza y fuerza si yo así lo quería. Entonces hice esta oración: ¡Oh!, Dios mío, os lo suplico, pagad Vos mismo la deuda que he contraído con las almas del Purgatorio, pero hacedlo como Dios, para que de este modo sea

(1) Salmo CXLI, 4.

(2) Es ley en el Carmen que cuando muere una religiosa o religioso, se le rezen en todos los conventos ciertas oraciones y preces; además, a nuestras religiosas se les ordena rezar el Oficio de Difuntos, por cada muerte que haya tenido lugar en los conventos de las Carmelitas Descalzas. A estas obligaciones hace referencia la santita.

infinitamente más meritorio que si yo misma lo hubiera hecho. Y me acordaré entonces con gran consuelo de estas palabras del cántico de San Juan de la Cruz: “Y toda deuda paga”.³

Siempre apliqué estas palabras al amor. Esta gracia no puede acabar de expresarse... ¡Se siente tanta paz al verse absolutamente pobre y no poder contar con nada fuera de Dios!

* * *

Hablábamos del poco caso que se hace habitualmente de la virtud oculta, y añadió:

—Esto me admiró especialmente en la lectura de la vida de San Juan de la Cruz. De él se decía: ¡El Hermano Fray Juan de la Cruz es un religioso menos que ordinario!...

Su enfermedad tomó un rumbo un poco incierto, y le dijimos:

—¿De qué morirá, pues, V. C.?

—¡Pues yo moriré de muerte! Dios no dijo a Adán de qué moriría; sólo le dijo: “Tú morirás de muerte.”¹
“Sencillamente eso es”.

* * *

A propósito del Oficio Divino:

—¡Cuánto me alegraba al llegar mi turno de hebdomaria!². Cuando recitaba en alta voz, en

(30 “Llama de amor, viva”, canc. II, verso 4.º (Vide. Obras de San Juan de la Cruz, “Llama...”, pág. 1100. Edic. ut supra.)

(1) Genes. II, 17.

(2) Así se llama a la religiosa que es nombrada semanalmente para desempeñar el papel de oficiante, en el rezo del Oficio Divino.

medio del coro las oraciones, me regocijaba pensando que el sacerdote recitaba la misma oración en la misa, y que como él, yo tenía el derecho de alzar mi voz ante el Santísimo Sacramento, de dar las bendiciones, las absoluciones, y cuanto me correspondía, leer el Evangelio.

“Puedo decir que el Oficio divino fue para mí a la vez una dicha de martirio, porque deseaba ardientemente recitarlo bien y sin errores. Yo excuso a las hermanas que están distraídas o se equivocan. He notado que me ha ocurrido a veces al momento de tener que decir o anunciar una cosa después de haberla previsto y pensado, no abrir siquiera los labios por una distracción completamente involuntaria”.

“Y sin embargo, creo que no es posible desear asistir con devoción al coro y recitar con perfección el Oficio divino más ardientemente que yo lo deseaba...

En una circunstancia en que la Madre Priora le pidió una explicación sobre el olvido de una de las enfermeras (religiosa anciana) que habría podido traer pésimas consecuencias sobre su estado, me dijo:

—Tuve que contar toda la verdad a la Madre Priora, pero mientras estaba hablando me vino al pensamiento una expresión más llena de caridad que la que iba a usar, aunque no estaba del todo mal; he seguido mi inspiración y el Señor me recompensará con una gran paz interior.

* * *

Le suplicaron nos dijese qué entendía ella por permanecer pequeños a los ojos de Dios. Respondió:

—Permanecer pequeño es reconocer la nada de uno, esperararlo todo de Dios, no afligirse en demasía por nuestras faltas; en fin, no pretender fortuna, no inquietarse por nada. Aun en las cosas más pobres, mientras el niño es pequeñito, se le da todo lo que necesita; más luego que llega a ser mayor, ya no quiere alimentarlo su padre, sino que le dice: “Ahora trabaja, que ya te bastas tú solo.” Pues precisamente para no oír eso jamás, no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganar mi vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger las flores del amor y del sacrificio y ofrecerlas a Dios para darle gusto.

“Ser pequeña significa también no atribuirse a sí misma las virtudes que se practican, juzgándose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone este tesoro de virtud en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; y siempre el tesoro es de Dios.

“Consiste, en fin, en no desanimarse por las propias faltas, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.

Día 7:

¡Oh, cuán poco amado es Dios, aun de aquellos que debieran amarle más! No, Dios no es suficientemente amado.

Madre mía, si llegara a ser infiel, si cometiera sólo la más ligera infidelidad creo, que me vería seguida

de espantosas turbaciones y no podría ya aceptar la muerte.

Por esto no ceso de decir a Dios: “¡Dios mío, guardadme, os ruego, de la desgracia de ser infiel!”

¿De qué infidelidad intenta hablar?

—De un pensamiento de orgullo voluntariamente entretenido. Por ejemplo, si dijese: “He adquirido tal o cual virtud, estoy cierta de poder practicarla”; esto sería apoyarse en las propias fuerzas, y cuando a esto se llega está uno en vísperas de caer en el abismo.

* * *

Si dijese: Dios mío, os amo demasiado, muchísimo, ya lo sabéis Vos, para detenerme en un solo pensamiento contra la fe; mis tentaciones entonces se tornarían tan violentas que ciertamente sucumbiría en ellas.

Al contrario, podría cometer sin ofender a Dios pequeñas faltas hasta mi muerte, con tal que fuese humilde.

Ved a los niños, caen, destrozan los vestidos, se hacen mal en todo momento, a pesar de amar tanto a sus padres. Pues bien, cuando caigo así, como un niño, me cercioro de mi nada, de mi extrema debilidad y digo: ¡Qué sería de mí, y de qué no sería capaz si me apoyara tan sólo en mis propias fuerzas! comprendo bastante bien por qué cayó San Pedro. ¡Pobre San Pedro! Confiaba en sí, en vez de apoyarse en la fortaleza divina.

No tengo la menor duda de que si San Pedro con humildad hubiese dicho a Jesús: “Dadme fuerzas

para seguiros hasta la muerte”, al punto hubiera conseguido esta fuerza. Tengo también la seguridad de que Nuestro Señor no ha dicho nada más a sus Apóstoles con sus instrucciones y su presencia de lo que nos dice a nosotros con sus gratas inspiraciones y mociones de su gracia. Muy bien hubiera podido decir a San Pedro; “Pídame la fortaleza para cumplir lo que deseas.” Pero no lo hizo así, porque iba a confiarle luego el gobierno de su Iglesia, donde hay tantos pecadores. Convenía que experimentase lo poco que vale el hombre sin el auxilio de Dios.

Por esto, antes de su caída Jesús dijo a Pedro: “En cuanto vuelvas en tí, confirma a tus hermanos. Es decir, cuéntales la historia de tu pecado; muéstrales por tu propia experiencia la insuficiencia de las fuerzas humanas.”

Día 8:

Le dije que más tarde se hablaría mucho de sus virtudes. Me contestó:

—Sólo Dios es digno que se alabe; sólo El vale; en mi pequeñez todo carece de valor.

* * *

Si el mismo Señor y su Santísima Madre no hubieran asistido a los banquetes, jamás hubiera comprendido el uso de invitar a los amigos a comer. Me pensaba que para comer debía uno ocultarse o por lo menos quedarse en casa. Y que sólo se invitaban para hablar, contarse los viajes, los mutuos recuerdos, en fin, para los placeres intelectuales.

Me daban mucha lástima las personas que sirven en los banquetes. Si por desgracia les sucedía algún percance, veía a la dueña de la casa mirarles severamente, mientras los pobrecillos se sonrojaban de vergüenza, y me decía: ¡Oh! Esta diferencia que existe aquí en la tierra entre los siervos y los amos prueba muy bien que existe un Cielo donde cada uno será premiado según propios méritos interiores, donde todos podrán sentarse igualmente al banquete del Padre de familia.

Pero entonces, ¡quién será quien nos servirá..., puesto que Jesús ha dicho que el irá y vendrá para servirnos!¹.

Esta será la recompensa de los pobrecillos y pequeños, que se vieron humillados.

Estaba mirando el cielo y Sor María del Sagrado Corazón le dijo:

—¡Con cuánto amor mira V. C. el cielo!

Más tarde me confió:

—Al oírla me dije: ¡Ah!, ella se cree que miro el firmamento pensando en el verdadero cielo; pero no es así. Yo miro solamente este cielo material, el otro está cada día más cerrado para mí.

“Esto me apenó, pero en seguida pensé con indecible dulzura: Si, solamente por puro amor mirabas el cielo. Puesto que mi alma está enteramente entregada al Amor, todas mis acciones, incluso las más indiferentes, están marcadas con este divino sello. Oía como una voz que me aseguraba esto y al instante quedé desolada.”

* * *

(1) Lucas. XII. 37.

Hoy he pensado en mi vida pasada, en el acto de valor que hice aquella noche de Navidad... y el elogio que dirigieron a Judit: "Porque obraste con valor varonil tu corazón se fortificó."¹

Muchas almas dicen: Yo no tengo fuerza para hacer este sacrificio... ¡Que hagan el primer esfuerzo! Dios nunca rehusa la primera gracia a quien se presenta con ganas de obrar, después, el corazón se fortalece y se va de victoria en victoria...

Día 9:

Yo dije, refiriéndome a ella:

—Nuestro guerrero está ya abatido!

A esto me respondió:

—Yo soy un guerrero que no ha combatido con las armas materiales, sino con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios². Por esto la enfermedad no ha podido abatirme. Sin ir más lejos, ayer tarde me serví de mi espada con una novicia... Ya lo dije: "He de morir con las armas en la mano".

* * *

Alguien le dijo:

—¡Sois una Santa!

Repuso:

—No, yo no soy una santa; nunca llevé a cabo las acciones de los santos. Soy una alma pequeña que

(1) Judith, XV, 2.

(2) Ad. Ephesios, VI, 17. Estas mismas palabras cita la Regla del Carmen, en el párrafo: "Exhortaciones", donde dice: "...gladius autem spiritus quod est verbum Dei...), etc.

Dios se ha dignado colmar de gracias. Lo que digo es verdad; ya lo verán en el cielo.

Día 10:

Le citaron, aplicándoselas a ella misma, estas palabras de San Juan de la Cruz: "Las almas que han llegado al amor perfecto, pueden contemplar sin peligro la propia belleza sobrenatural"¹.

Entonces contestó:

—¿Qué belleza? Yo no veo del todo mi belleza. Solamente veo las gracias que el Señor ha derramado sobre mí.

* * *

Contemplando una fotografía de Juana de Arco, en su cárcel, nos dijo:

También a mí me animan los santos en mi prisión, y me dicen: Mientras estés prisionera en la tierra no podrás cumplir tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará el tiempo de tus conquistas.

* * *

"Pienso en las palabras de San Ignacio de Antioquía y digo: Es necesario que yo sea también triturada por los sufrimientos para convertirme en trigo de Dios.

* * *

(1) Obras de San Juan de la Cruz, "Cántico Espiritual", canc. XVII, v. III, pág. 984. Edic. B. A. C. La expresión que usa la santa, no concuerda literalmente con la expresión del Místico Doctor.

Le hablé diciéndole:

—He rogado para que no sufriera tanto y, sin embargo, no cesa de padecer.

Me respondió:

—Yo pido al Señor que no atienda las oraciones que pondrían obstáculo al cumplimiento de sus designios sobre mí...

* * *

La entretenía hablándole del Cielo, de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen que están en cuerpo y alma en la gloria. Me respondió con un profundo suspiro:

—¡Ah!

Añadí:

—¡Con esta exclamación me dá V. C. a entender cuanto está sufriendo!

—¡Sí..., se necesita amar mucho a Dios y a la Santísima Virgen para tener estos pensamientos!... ¡Pero yo no me entrego con los demás!... (La santita alude aquí a su terrible prueba inferior).

* * *

—Siempre ruego a los santos sin ser escuchada, pero cuanto más sordos se hacen a mi voz, más los amo.

—¿Por qué?

—Porque he preferido más no ver a Dios ni a los Santos y quedarme a oscuras en la noche de la fe, que otros que desean verlo todo y comprenderlo.

Día 11:

No quisiera pedir al Señor mayores sufrimientos, porque éstos serían sufrimientos míos, de propia voluntad, y tendría que soportarlos sola, y sola jamás he podido hacer cosa alguna.

Día 12:

Después de la reflexión que le hacía el otro día sobre la espiga, he sentido sentimientos muy bajos de mi misma. Pero, ¡cuán grande ha sido, sin embargo, la gracia que he recibido esta mañana mientras el sacerdote iba a comenzar el “Confiteor Deo” antes de darme la Sagrada Comunión!

Veía a Jesús allí cerca y presto a entrar en mi alma y esta confesión me parecía una humillación muy necesaria: Me confieso a Dios a la Bienaventura siempre Virgen María... a todos los Santos..., porque he pecado. ¡Oh!, sí, es preciso en este momento pedir perdón a Dios y a todos los Santos, por mis pecados... Como el publicano, me sentía una gran pecadora. ¡Y el Señor me parecía tan misericordioso!

Erame en gran manera conmovedor dirigirme a la Corte Celestial para alcanzar el perdón de mis pecados... ¡Ah! ¡Me apenó mucho no poder llorar!... Y cuando la sagrada Hostia estaba sobre mis labios, me he conmovido muchísimo.

¿Cuál era la causa de haber sentido esto tan extraordinario en el Confiteor Deo? Creo que ha sido a causa de mi presente disposición: ¡me siento tan miserable! Sin embargo. mi confianza no ha desminuído un ápice, al contrario, ha aumentado; la

palabra “miserable” no es justa, porque me siento rica de tesoros divinos: esta es la causa porque me humillo más profundamente. Cuando pienso en los favores que el Señor me ha hecho, no puedo contenerme y he de derramar continuas lágrimas de reconocimiento.

Creo que las lágrimas que he derramado esta mañana eran de perfecta contrición. ¡Cuán imposible es promover en sí tales sentimientos! Es el Espíritu Santo, que sopla donde quiere¹; sólo de El provienen.

Día 13:

Hablábale de las luces interiores que suelen tener acerca del cielo. Me dijo:

De mi parte no tengo más luces que para ver mi nonada; pero éstas me aprovechan más que las luces que pudiera tener sobre la fe.

Día 14:

Fué un día de grandes sufrimientos para el cuerpo y para el alma. Al anochecer le dije:

Hoy ha tenido muchas penas.

—Sí, ¡pero como las amo tanto!... ¡Yo amo todo lo que Dios me envía!...

Día 15:

Le conté aquellas palabras de San Juan de la Cruz, sobre la muerte de las almas que consumadas

(1) Juan, III, 8.

en la caridad divina: “Mueren éstas con muy subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor...”¹. Y suspirando profundamente me dijo:

—Será preciso decir que para mí la dicha y la alegría se hallan en el fondo de mi alma. Porque no animaría mucho a las almas si creyesen que no he sufrido suficientemente.

* * *

Apenada por la opresión asfixiante que sentía dijo:

—¡No sé qué será de mí!

—¿Acaso la inquieta esto?—le pregunté.

—¡Oh, no!...

* * *

Anoche supliqué a la Santísima Virgen que me hiciera cesar la tos para dejar dormir a Sor Genoveva, pero añadí: Si Vos no me escucháis, os amaré más todavía².

* * *

Dios me concede el valor en proporción con los sufrimientos. Siento que en cada momento no podría soportarlos mayores, pero no temo, porque si aumentan las penas, crecerá al mismo tiempo mi valor.

(1) Obras de San Juan de la Cruz. “Llama...”, canc. 1.^a, declarac. del verso 6.º, pág. 1115; Edic. B. A. C., 1946.

(2) sor Genoveva de Sta. Faz, Celina, era la segunda enfermera y descansaba en una celda vecina. (Vide “Noviss. Verba”, texto francés.)

Día 16:

Estaba tan débil que apenas podía hablar:

—¡Dios mío!... ¡No tener siquiera la fuerza de hablaros!... ¡Ah, si supiesen!... ¡Si yo no amase a Dios!...

Día 17:

Siento que el buen Dios quiere que sufra. Los remedios que deberían hacerme bien y que aliviarían a los demás enfermos, me ponen peor.

* * *

—Pido a la Santísima Virgen que disminuya esta opresión que la está fatigando tanto—le dije.

—No, no; dejemos obrar al cielo.

Día 18:

Sufro mucho, pero lo que importa es que sufra bien.

* * *

Por la noche, durante la recreación, me dijo:

—Madre mía, le ruego que me lea la carta que recibió para mí. No se lo pedí esta tarde, durante la oración, para prepararme mejor a la Comunión de mañana.

Viendo que tomaba el lápiz para anotarme estas palabras, me dijo:

—Pero así quizá perderé el mérito, porque yo lo digo y V. R. quiere ya escribirlo.

—Entonces—dije—, ¿quiere todavía más méritos?

—Sí, pero no para mí...; para los pobres pecadores... para las necesidades de la Iglesia, para derramar rosas sobre todo el mundo, justos y pecadores.

* * *

Alabé su paciencia, y repuso:

—No es mía. Siempre se equivoca... Y todavía no he tenido un momento de paciencia.

* * *

—¡Qué extraño le parecía si V. C. se curara!

—Si tal fuese la voluntad de Dios, estaría contentísima de ofrecerle este sacrificio. Pero le aseguro que no sucederá así; porque llegar tan adelante, para volver atrás... no lo creo.

Día 19:

A causa de su debilidad le molestaba mucho el menor ruido, aunque fuera la tenue salmodia (en voz baja) del Miserere que precede a la Comunión¹.

—Se me confunden las ideas... ¡Oh, si sintiesen lo que experimento!... Esta noche, no pudiendo tolerar más el dolor, he pedido a la Santísima Virgen que tomase mi cabeza entre sus manos, para poder soportar este sufrimiento.

* * *

(1) En este día recibió su última comunión. La ofreció por el ex-padre Jacinto Loysson. (Véase "Historia de una Alma", capítulo XII, 25. pág. 283.)

Le dieron el crucifijo que besó con ternura. Tenía éste la cabeza inclinada a un lado. Mirándolo, dijo: —¡Está muerto!... Y prefiero verle representado así, porque pienso que ya no padece.

* * *

Pidió un medicamento y que se le practicase una de las curas que le causaban más atroces sufrimientos. —Se lo pido —dijo— por fidelidad.

* * *

Nunca cesó de velar por las novicias; a una de ellas dijo:

—No se siente V. C. de través en la silla; esto está prohibido².

(2) Santa Teresita, que venía a enseñarnos un nuevo camino para llegar a la perfección, sin salirse del frondoso bosque del Carmelo, comprendió perfectamente con su Padre S. Juan de la Cruz, que el que es fiel en lo poco será fiel en lo mucho y que por las pequeñeces se llega a las cosas grandes. Esta fue una de las ideas capitales de su "Caminito" y así lo enseñó a cuantas almas acudían a ella, especialmente a su amadas novicias.

La espiritualidad carmelitana esclarece extraordinariamente a quienes quieren andar por los senderos del santo nombre de la perfección sobre la importancia capital de los mínimos detalles, dándonos a entender de qué manera la desatención de esas cosas puede causar graves daños a nuestra vida espiritual. Así lo dió a entender la gran Madre Teresa de Jesús: "...Diréis que son cosillas naturales que no hay que hacer caso. No os burléis con eso, que crece como espuma, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro..." (Vide, Obras de Sta. Teresa, P. Silverio, o. c. d. "Caminito de Pefecc.", cap. XII, 8 pág. 382. Edic. Burgos, 1939.)

"¡No hay cosa pequeña en tan notable peligro!" Este grito de la Santa Madre es como el resumen de todos los consejos de prudencia que nos dan los místicos del Carmelo. Así nos lo enseñó también el Místico Doctor S. Juan de la Cruz: No podrá llegarse el alma a la contemplación y verdadera unión con Dios, mientras esté atada deliberadamente a alguna criatura. Por pequeño que sea el impedimento bastará para retener al alma, sin dejarla

Yo sufro a instantes. Si nos desanimamos y desesperamos, es tan sólo porque pensamos en el pasado y en el porvenir...

volar hacia la pureza infinita a que quiere reunirse. hasta aquí la doctrina del Santo, resumida. Veamos el texto: "... En cuanto todos los demás apetitos voluntarios, ahora sean de pecado mortal, que son los más graves; ahora de pecado venial, que son menos graves; ahora sea solamente de imperfecciones, que son los menores, todos se han de vaciar y de todos ha el alma de carecer para venir a esa total unión, por mínimos que sean.... estas imperfecciones habituales son: como una común costumbre de hablar mucho, un asimientillo a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, libro, celda, tal manera de comida y otras conversacioncillos y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír y otras semejantes..." (Vide. Obras de S. Juan de la Cruz. "Subida". Libro I, cap. XI, 2 y 4, pág. 577. Edic. ut supra.) Así, pues, una criatura por insignificante que sea es suficiente para retener e impedir al alma: como "la mosca que a la miel se arrima impide su vuelo". (Dichos de "Luz y amor...", n. 24, pág. 1195. Edic. B. A. C.) Santa Teresa de Avila escribirá al unisón del Místico Doctor: "Desasiéndonos del mundo y deudos y encerrados aquí.... ya parece lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada. ¡Oh hermanas mías!, no os aseguréis ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones y se los deja en casa: y ya sabéis que no hay peor ladrón, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado y cada una como en negocio más importante que todos, no se mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que pueda volar a su hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo." (Vide. Obras de Sta. Teresa, P. Silverio, Edic. Burgos. "Camino de Perfección", cap. X, 1, pág. 374.)

Santa Teresita había visto esbozado su "Caminito" en las obras de sus Santos Padres. Juan y Teresa: Estos nos dan las leyes y razones, pero Teresita, dándonos la mano, nos enseña a practicar esta doctrina de "fidelidad a lo pequeño" del modo más fácil y adecuado a cada individuo. De aquí la venía ese empeño tenaz de que sus hijas espirituales, las novicias y la legión de innumerables almas pequeñas, no dejen escapar un solo suspiro que no vaya encaminado a cumplir fielmente la perfecta voluntad del Señor. "Quería trabajasen con una mano y con la otra defendiesen el alma de la disipación capaz de impedir la unión con Dios..." Y cuando ha de reprender a alguna novicia por alguna infidelidad "a lo pequeño", exclama llena de congoja: "¡Oh, qué pocas son las almas religiosas que piensan cómo deben obrar, diciéndose: No estoy obligada a esto, o a aquello: después de todo, nada malo hay en hablar aquí, o de alegrarse por aquello! ¡Cuán pocas son las almas que obran del mejor modo posible!" (Vide. "L'Esprit", capítulo II, pág. 102; y la misma cita en P. Petitot, O.

Día 20:

Le hablaron de las molestias de una pobre religiosa, enferma de neurastenia, que causaba a las enfermeras; a lo que respondió:

—Cuán venturosa fuera si hubiese sido enfermera, precisamente para curar a esta Hermana. La gracia hubiera llegado más alto que la naturaleza; sí, hubiera gozado mucho cumpliendo este oficio. ¡Hubiera puesto tanto amor en ello!... Me parece que hubiese hecho feliz a esta Hermana... Sobre todo pensando en las palabras de Jesús: “Estaba enfermo y me aliviasteis”¹.

* * *

No podía tomar la leche porque le causaba náuseas. Para probarla le dije:

—¿Se bebería esta taza para salvarme la vida?
¡Oh, sí, sí!—respondió—. ¡Vea! ¡Y no lo tomaría por amor de Dios!

Y de un sorbo lo bebió todo.

* * *

Cuando sufro mucho estoy más contenta de ser yo, que si debiese sufrir alguna de VV. CC.

* * *

P.) (Sainte Thérèse de Lisieux”, p. 41. Editions de la Revue des Jeunes. Desclée. Paris.) Estos pensamientos los hemos extraído de la sencilla, pero profunda obra: “Présence à Dieu et à soi-même”, par le R. P. François de Ste Marie, o. c. d. Edit. du Seuil, Paris.

(1) S. Mateo. XXV. 36.

A propósito de la carta de un sacerdote que decía que la Santísima Virgen no había conocido los sufrimientos físicos, me dijo:

—Madre mía, esta noche mirando a la Santísima Virgen he comprendido que esto no era verdad; he comprendido que Ella no sólo debió padecer en el espíritu, sino también en el cuerpo. Padeció mucho en los viajes, el calor, el frío, el cansancio.

¡Cuántas veces ayunaría!... ¡Si, la Santísima Virgen conoció el sufrimiento!

Qué delicia será conocer en el cielo lo que acaeció en la intimidad de la Sagrada Familia ¡Cuando el Niño Jesús hubo crecido, decía quizá a su Madre que quería ayunar... y la Santísima Virgen respondía: No, Hijo mío, eres demasiado pequeño, no tienes suficientes fuerzas todavía. ¡Quizá no se atrevería a negárselo!

¡Y el buen San José! ¡Cuánto cariño le tengo! El no podía ayunar porque debía trabajar... Le veo fatigarse y enjugarse de tiempo en tiempo su frente sudorosa... ¡Cuánto me apiado de él!... ¡Cuán sencilla debe de haber sido su vida!

Las mujeres de la aldea iban a hablar familiarmente con la Santísima Virgen, tal vez le pedían al Niño Jesús para hacerle jugar con sus hijos. Y el Niño Jesús miraría a su Madre para saber si debía ir o no.

¡Lo que más me agrada en la Sagrada Familia es su vida ordinaria, muy diferente de lo que se cuenta y supone! Por ejemplo, que el Niño Jesús formase pajaritos de barro y después con un soplo los animase. ¡No, el Niño Jesús no hacía milagros inútiles como éste!... Si esto fuera verdad ¿por qué la Sagrada Familia no fue transportada milagrosamente

a Egipto? ¡Esto hubiera sido más fácil y más natural al Señor! En un abrir y cerrar de ojos se hubieran encontrado allí. ¡Por el contrario, en su vida todo ha sido normal, como en la nuestra!

* * *

¡Y cuántas penas, cuántas desilusiones! ¡Cuántas veces llenarían de oprobios a mi buen San José!... ¡Cuántas veces se negarían a pagarle su trabajo! ¡Cuán maravillados quedaríamos si supiéramos todo lo que padecieron!'

* * *

—Me he alegrado al saber que se rogaba por mí. Entonces he dicho al Señor que aplicase estas oraciones a los pecadores.

—¿Pues no quiere nada para V. C.?

—¡No!

Día 21:

La miraba yo de rodillas, con el corazón lleno de tristeza, orando por ella.

(1) En este párrafo, Teresita se nos muestra verdaderamente hija de la Santa Iglesia y discipula fiel de su infalible Magisterio. hermosas son las narraciones apócrifas de la vida de Jesús, y llenas de piedad, especialmente en las que se nos habla de Jesús infante, pero un alma del temple de Teresita, dada a la práctica de la perfección por el camino de la fe pura, sin mezcla de sentimientos, no podría alimentarse sino de la verdad. Si le encantaba el misterio de la Humanidad de Cristo, no fue por esos milagros y maravillas de que nos hablan las leyendas, sino por su vida sencilla, en todo semejante a la nuestra, excepto en el pecado. Así lo vieron los más grandes santos.

—¿Por qué está triste, Madrecita mía?

—Porque V. C. sufre tanto—le dije.

Sí; pero, en cambio, ¡cuánta paz! ¡Oh, qué paz!

* * *

Le dije que en cierta ocasión, en que no fue bien comprendida, la reputaron imperfecta. Me contestó:

—¡Tanto mejor!

Día 22:

Sufria muchísimo en todo su cuerpo, y había motivos para tener serias complicaciones.

—Pues bien, al fin y al cabo es mejor sufrir mucho y en todas partes y tener muchas enfermedades juntas.

“Es como cuando uno viaja, que aguanta toda clase de incomodidades, sabiendo que acabará pronto, y que una vez llegado a su término podrá gozar tranquilamente.

* * *

Madre mía, ¿qué sería de mí si Dios no me diese fuerzas?... Ya no me quedan libres sino las manos... ¡No se puede imaginar qué cosa sea este sufrimiento! ¡Es necesario haberlo experimentado!

* * *

De cuando en cuando gemía dulcemente. Al cabo de un rato nos dijo:

—No debo quejarme más; esto no sirve para nada. Recen por mí, hermanitas mías...

Al vernos de rodillas, repuso bondadosamente:

—No; de rodillas, no; sentadas.

Día 23:

—Nunca he pasado una noche tan triste como ésta. ¡Oh, cuán bueno es el Señor para que yo pueda soportar todo lo que sufro! ¡No hubiera creído posible padecer tanto!... Sin embargo, no creo haber llegado al fin de mis sufrimientos; pero El no me abandonará nunca.

—Pero V. C. ha cantado: “Todo lo que Jesús me ha dado puede tomarlo de nuevo”—le dije—, y El lo cumple al pie de la letra...

Sí, ¡y no me arrepiento de haberlo dicho!

* * *

El señor no me hace preveer una muerte próxima; tan sólo presiento padecimientos mayores... Pero no me apena esto, porque sólo quiero pensar en el presente.

* * *

Dijo a su enfermera:

—Ruegue a la Santísima Virgen por mí, porque si V. C. estuviese enferma yo rogaría mucho por V. C.

Pero cuando es para mí misma, no me atrevo a pedir nada.

* * *

Había ofrecido sus padecimientos por un joven seminarista que sufría muchas tentaciones contra su vocación. Sen enteró éste y el escribió una conmovedora carta llena de humildad. A propósito de ella me dijo:

—¡Cuánto me ha consolado esta carta! ¿Han notado los sentimientos de humildad con que se expresa? Me he dado cuenta que mis pequeños sacrificios han dado fruto ¡Cómo me conforta al ver, por esta carta, que en tan poco tiempo se puede tener tanto amor y tanto reconocimiento hacia un alma que nos ha hecho bien y que apenas conocemos!

¡Qué será el cielo donde las almas conocerán aquellos a quienes deben su salvación!

* * *

Siguió hablándome de la Santísima Virgen, diciéndome todo cuanto había oído en los sermones sobre Ella, no la habían conmovido:

¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote para predicar sobre la Santísima Virgen! Me parece que hubiera bastado uno solo para dar a entender lo que pienso de Ella.

Hubiera hecho ver, en primer lugar, hasta qué punto se desconoce la vida de la Santísima Virgen María. No sería necesario decir de Ella cosas inverosímiles o que no se saben; por ejemplo, que de pequeña, a los tres años, se presentó al Templo para ofrecerse al Señor con ardientes sentimientos de amor y extraordinario fervor, cuando quizá fue solamente y sencillamente para obedecer a sus padres.

¿Por qué decir también, a propósito de las palabras del Santo Viejo Simeón que la Santísima Virgen desde este momento tuvo constantemente presente ante sus ojos la Pasión de Jesús? “Una espada de dolor traspasó tu alma”¹. Ya ve, V. R., que ésta era una predicción para más tarde.

* * *

Para que un sermón sobre la Santísima Virgen dé su fruto, es preciso que nos muestre su vida REAL, como el Santo Evangelio nos la deja entrever y no su vida “supuesta”; se adivina perfectamente que su vida en Nazaret y más adelante debió ser del todo ordinaria... “Y les estaba sujeto”...². ¡Qué sencillo es esto!

Se nos presenta a la Santísima Virgen inaccesible, se nos debería presentar imitable, practicando las virtudes ocultas; decir que vivía de fe, como nosotros, y dar las pruebas que se leen en los Evangelios, donde dice: “Y no comprendía lo que les decía”...³. “Su padre y su Madre se admiraban de las cosas que se decían de El”⁴. Esta admiración denota cierta extrañeza, ¿no le parece, Madre mía?

Cuanto me gusta cantar a la Virgen:

El estrecho camino de los cielos
Tú le has hecho accesible, practicando
las virtudes sencillas de los pobres⁵.

* * *

(1) Luc., II. 35.

(2) Luc., II. 51.

(3) Luc., II. 50.

(4) Luc., II. 33.

(5) Poesías. “Porque te amo...”. Estrofa VI.

Un poco más tarde me dijo volviendo sobre este mismo pensamiento:

Se sabe muy bien que la Santísima Virgen es la Reina del Cielo y de la tierra, pero *es más Madre que Reina*; no es, pues, conveniente hacer creer que a causa de sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los Santos, como el sol que al levantarse por oriente eclipsa todas las estrellas con su luz (como yo le he oído decir muchas veces).

¡Oh, Dios mío, qué extraño es esto! ¡Una Madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos! Yo creo todo lo contrario, pienso que aumentará muchísimo el esplendor de los elegidos.

Cosa buena es hablar de sus prerrogativas, pero no conviene quedarse en esto. Es preciso hacerla *amar*. Si al oír un sermón sobre la Santísima Virgen, uno se ve obligado a exclamar en sí mismo y decir desde el principio al fin: ¡Ah!... ¡Ah!... y nada más, se fatiga y por este camino no llegará ni al amor ni a la imitación. ¡Quien sabe si alguna alma no llegaría a sentir, desde este momento, hasta cierto alejamiento de una criatura tan extraordinaria!...

El único privilegio de la Santísima Virgen es el haber sido preservada del pecado original y ser Madre de Dios. Y aun en cuanto a este último punto, Jesús nos dijo: “El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre”¹.

Por otra parte, nosotros somos todavía más dichosos que Ella, porque... ¡Ella no tuvo una Virgen Santísima a quien amar!... ¡Es una gran

(1) Mateo, XII, 50.

dulzura más para nosotros, y una dulzura menos para Ella!...

¡Oh, cuánto amo a la Santísima Virgen María!

* * *

... Cuando hemos pedido alguna cosa a la Santísima Virgen y parece que no nos ha escuchado, debemos dejarla obrar sin insistir más, ni atormentarnos más.

Día 24:

Le pregunté si le faltaba valor. Me dijo:

—No; pero, sin embargo todo va peor... Cada vez que respiro sufro violentamente.

Luego, corrigiéndose, repuso:

—No; no todo va peor, sino que todo va mejor...

Día 25:

Le manifesté mi deseo de conocer la fecha de su muerte. Me respondió:

—¡Ah! ¡Yo no lo deseo saber! ¡No me inquieto por ello! ¡Oh, Cuánta paz gusto!...

* * *

Todas las noches venía cierta Hermana a la enfermería, se colocaba a los pies de su lecho y se quedaba mucho tiempo mirándola y sonriéndole... Nuestra Santita le volvía sus sonrisas... Pero yo

sentía que esta indiscreta visita la fatigaba mucho. Al preguntárselo me respondió:

—Sí; es muy doloroso cuando se sufre ser mirado con sonrisa; pero creo que Nuestro Señor también había sufrido este género de miradas en medio de sus sufrimientos en la cruz; por eso dice el Evangelio que le “miraban moviendo las cabezas”¹. Este pensamiento me ayuda a ofrecerle de todo corazón este sacrificio.

* * *

—¡V. C. sufre mucho! ¿Está desconsolada o desanimada?

—¡Oh, no! No estoy del todo desconsolada... El Señor me da solamente lo que yo puedo soportar.

* * *

—Pobrecita mía, V. C. puede muy bien repetir este versículo del Salmo; “¡Cuán largo es mi destierro!”...

—¡Pero yo no lo encuentro largo! No porque yo sufro, es más largo mi destierro².

* * *

Habíamos hecho una ferviente plegaria para obtenerle un poco de alivio. Al ver que no había sido atendida nuestra petición, nos dijo:

—¡A pesar del sentimiento que sentí al principio, he repetido al Señor y a todos los Santos que todavía les amo más!

* * *

(1) Marcos, XV, 29.

(2) Salmo CXIX, 5.

A causa de su gran sufrimiento se hallaba en una indecible angustia y agitación. De vez en cuando nos rogaba que orásemos e hiciéramos rezar por ella:

—¡Oh! ¡Si supiesen cuán necesario es rezar por los agonizantes!... ¡Cuán necesaria es aquella plegaria de Completas “Procul recedant somnia et noctium phantasmata!...”¹.

Creo que el demonio ha pedido a Dios tentarme con un sufrimiento extremo para hacerme faltar de paciencia y de fe...

* * *

Se quejaba, pero dulcemente.

—¡Oh, cómo me quejo!... Pero no quisiera sufrir menos... estoy pronta a todo... ¡Es necesario abandonarse a Dios!...

Hermanitas mías, quisiera que estuviesen también alegres.

Día 26:

Habíamos dejado un cirio bendito encendido durante toda la noche.

—¡Gracias al cirio bendito no he pasado una mala noche!...

* * *

Estoy muy satisfecha de no haber pedido voluntariamente estos sufrimientos al Señor, porque así El está obligado a darme fuerzas para sobrellevarlos.

* * *

(1) Vide completas, himno, en Brev. Rom. Se traduce: “Huyan lejos los fantasmas y sueños de la noche...”

—Me parece—le dije—que V. C. está hecha para sufrir; su alma es de ese temple.

—¡Ah!, para sufrir espiritualmente, si, puedo mucho... pero para sufrir corporalmente, soy como una niña pequeña, muy pequeña... Sufro de minuto en minuto, casi sin darme cuenta.

* * *

Madre mía, ¡cuán necesaria es la ayuda de Dios cuando uno sufre tanto!

* * *

Sufría sed continuamente. Sor María del Sagrado Corazón le dijo:

—¿Quiere agua helada?

Y se le escapó esta respuesta:

—¡Oh, cuánto la deseo!

A esto repuso Sor María del Sagrado Corazón:

—Pero nuestra Madre Priora le ha mandado que pida todo lo necesario. ¡Hágalo por obediencia!

Respondió:

—¡Ya pido lo que necesito!...

—Pero V. C. tan sólo pide lo meramente preciso; nunca lo que pudiera aliviarla.

—No, tan solamente lo necesario.

Al cabo de un rato que había bebido, miró nuevamente su vaso de agua fresca.

—Beba un poco más—le dijeron.

—No, todavía no tengo la lengua bastante seca¹.

(1) Se habló ya del espíritu de mortificación de Sta. Teresita, en la "Historia de un Alma", cap. VII, 33, pág. 152 y IX, II, página 196:

Día 27:

—Quizá todavía estará enferma hasta la primavera; lo temo. ¿Qué diría V. C. si sucediera así?

—Pues muy bien, tanto mejor.

Día 28:

Me señaló desde la ventana un lugar oscuro del jardín.

bástenos recordar aquí que sus sacrificios fueron tan incontables como las arenas del mar. “Las raíces de su santidad se ocultaron en lo más profundo de la abnegación, humedad y simplicidad extraordinarias.” El relatar los sacrificios y mortificaciones que Santa Teresita practicó durante su vida religiosa sería un trabajo asaz dificultoso que no acabaríamos aquí en esta vida. Recuerde el lector aquellas que en “L’Esprit” se nos refieren, entre otras muchas: “jamás se excusaba; su fidelidad a la santa obediencia, que la hacía romper el mejor de los pasajes de su lectura, y esto aun siendo niña; su silencio, ante las razones de su hermana, que la impidió dedicarse al dibujo; su delicadeza en doblar y guardar las abandonadas capas de sus hermanas en Religión; aquella lentitud intencionada al tomar los remedios amargos al paladar; su fidelidad a las santas costumbres, que la hicieron devolver siempre los utensilios que había usado, hasta el punto que, a ejemplo de S. Juan de la Cruz, no hubiera podido conciliar el sueño teniendo en su celda un alfiler más de los precisos; la misma fidelidad en recoger los desperdicios de su lápiz cuando hacía punta en él; su abnegación y silencio al ver que la arrebataban su ración de sidra, pues una hermana antigua y enfermiza como la Santita, estaba también privilegiada en poder tomar sidra en lugar de la bebida menos fortificante que las religiosas elaboraban para uso de comedor, pero por estar ambas juntas en el refectorio, la Hermana jamás se acordó de dejar la ración perteneciente a su santa compañera, y ésta, por no humillarla, se abstuvo hasta de beber agua; su humildad en recibir las sobras de la Comunidad; su heroica sonrisa al sufrir por largo rato el agudo dolor de una aguja clavada en sus espaldas, por descuido de una Hermana; la pobreza de su vestido y calzado..., en fin, largo sería enumerarlos. La Santita vivió en continuo sacrificio, precisamente por que quiso ser “fiel en lo poco”. Más dignos de admiración son éstos si consideramos la naturalidad y alegría con que los sostuvo; tanto que la misma sonrisa que la hizo merecer, entre sus Hermanas de hábito, la fama de que nada había sufrido. (Vide “L’ Esprit”, donde se explanan más detalladamente estos pensamientos. Capítulo II, págs. 17 y siguientes.)

—Mire; ¿ve allá en el jardín, cerca de los castaños, aquel ángulo lóbrego donde nada se distingue?

Pues bien, pues así me hallo yo de alma y cuerpo... ¡Oh! ¡Qué tinieblas! ¡Sin embargo, me siento inundada de paz!

* * *

Mirando la imagen de la Santísima Virgen, dijo:

—¡Oh, mi buena Virgen Santísima! He aquí lo que me hace desear la muerte: porque canso mucho a las enfermeras y reconozco que con mi enfermedad causo mucha pena a mis hermanitas. ¡Si, quisiera irme!

* * *

La Madre Priora y otras Hermanas hablaban de su hermosura y de sus encantos exteriores, y se lo contaron a ella.

—¡Ah! Y ¿qué me importa a mí esto? Menos que nada; ¡hasta me enoja! Cuando una está tan cercana a la muerte no puede gozarse en tales cosas.

* * *

A una de sus novicias, dijo:

—Cuando esté yo en el Cielo será preciso que llenen mis manos de pequeños sacrificios y oraciones para darme el gusto de poderlas derramar en lluvia de gracias sobre las almas.

Día 29:

Le dije:

—Es muy duro padecer sin ningún consuelo interior.

Me contestó:

—Sí, pero es un sufrimiento sin inquietud. Estoy contenta de padecer porque Dios lo ha querido.

* * *

La leí la parábola del Samaritano, en el propio de la misa del domingo¹:

—Yo soy como este pobre viejo, “semivivo”, mitad viva, mitad muerta.

Día 30:

Le dije:

—¿Estaría V. C. contenta si le dijiesen que dentro de unos días moriría? ¿Estaría más contenta con esto que si le anunciaran que aún le quedaba mucho que sufrir por largos meses y aún por muchos años?

—¡Oh, no estaría más contenta por todo esto! ¡Lo único que me alegra es solamente la voluntad de Dios!

Día 31:

¡Cuánta necesidad tengo de ver las maravillas del cielo! En la tierra ya nada me conmueve...

* * *

(1) Esta parábola se lee en el Evangelio del Domingo XII, después de Pentecostés.

¡Oh! ¡parece increíble cómo se han realizado todos mis deseos! En otro tiempo, cuando leía los escritos de San Juan de la Cruz, suplicaba al Señor que obrase en mí lo que él describe; es decir: santificarme en poco tiempo, como si hubiese vivido largos años; en fin, consumirme rápidamente en el amor... y ¡he sido escuchada!¹.

* * *

Me contó que en otro tiempo para mortificarse mientras comía, pensaba en cosas que le causaban repugnancia. Añadió:

—Pero más tarde, juzgué más sencillo ofrecer al Señor todo lo que encontrase conforme a mi gusto, dándole gracias de ello.

* * *

Estaba agotada.

—¿Qué fortaleza de ánimo necesito para hacer una simple señal de la cruz! Solamente puedo decir: ¡Dios mío!... ¡Dios mío, tened piedad de mí!

(1) Vide. Obras de San Juan de la Cruz, "Llama de Amor viva", canc. I, v. 6, declaraciones, pág. 1117. Edic. B. A. C.

SEPTIEMBRE

Día 2:

He ofrecido mis sufrimientos interiores principalmente por un miembro de nuestra familia (espiritual) que no tiene fe¹.

* * *

¡Oh, sí, yo deseo el cielo! ¡Dios mío, rompéd la tela de este dulce encuentro!².

* * *

Cuando se acepta mansamente la humillación de haber sido imperfecta, la gracia de Dios vuelve en seguida...

Día 3:

Le explicaba lo que se decía de la recepción triunfal hecha por Francia al Zar de Rusia.

(1) Seguramente la Santa hace referencia al ex-carmelita Padre Loysson. Vide "Historia de un Alma", cap. XII, 25. pág. 283.)

(2) Obras de S. Juan de la Cruz. Edic. ut supra. "Llama...", cant. I. vers. 6.º

—¡Ah!, todo eso no me atrae... Hábleme de Dios, de los ejemplos de los Santos; en fin, de todo lo que es “verdad”...

Día 4:

Le presentaron un poco de carne para que la comiese. Ella dijo:

—Estoy muy contenta de que también la carne me produzca náuseas; por lo menos, así no podré saborearla.

—Si supiese V. R. de cuánta calma me inunda el sólo pensamiento de que pronto iré al Cielo. Sin embargo, a pesar de ser muy feliz, no puedo decir que experimento un vivo gozo, ni transporte de alegría ¡no!

—¿Entonces, V. C. desea en estos momentos más bien morir que vivir?

—¡Oh! Madrecita mía, os lo repito de nuevo: no, yo no quiero más una cosa que otra. Lo que el Señor quiera y elija para mí, ¡eso es lo que más me gusta!

Día 5:

—Si le dijese que iba a morir repentinamente, ahora mismo, ¿os estremecería esto?

—De ninguna manera. ¡Con qué dicha me iría de esta tierra!

—Entonces, si se curara, sufriría una gran decepción.

—¡No, de ningún modo! Si me curara me mirarían con extrañeza y yo diría: Estoy muy contenta de

haberme curado; así podré servir todavía más al Señor sobre la tierra, puesto que es su voluntad.

“Habría ya sufrido como si me fuese a morir; pero es igual, ¡volvería a empezar de nuevo!

* * *

Le dije que durante el tiempo que yo había estado con ella había sufrido menos. Me respondió:

—¡Oh, todo lo contrario!... He sufrido mucho, mucho... ¡Pero me he quejado sólo a la Santísima Virgen!

Día 6:

Hoy recibimos una reliquia del santo mártir Teófanos Venard. Ella le recibió con lágrimas de emoción.

Durante la tarde se mostró afectuosa y encantadora para con todos en mil maneras. Yo le dije:

—He notado que en cuanto V. C. puede vuelve a ser la misma que cuando gozaba de buena salud.

—¡Oh, sí, es verdad! ¡Sí, en cuanto puedo procuro lo mejor que puedo por mostrarme alegre, para poder complacerlas!

* * *

Día 8:

Para festejarla en el aniversario de su profesión, le trajeron un ramo de flores silvestres; además, durante aquel día un jilguero entró en la enfermería y fue a

saltar sobre su cama. Estos pequeños acontecimientos la emocionaron dulcemente y nos explicó la razón de ello:

—Es a causa de las delicadezas del Buen Dios para conmigo; exteriormente, me siento colmada, sin embargo, interiormente continuamente estoy en prueba... ¡pero también inundada de paz!

Día 9:

¡Sé muy bien lo que es padecer!

Día 11:

¡Tengo miedo de haber temido la muerte!... ¡Pero no me asusta lo del “más allá”, ni siento añoranzas de vivir, no!... Yo me digo, tan sólo con un poquito de aprehensión: ¿En qué consistirá esta misteriosa separación del alma y del cuerpo?... Es la primera vez que me ha sucedido esto..., pero en seguida me he arrojado en los brazos de Dios.

* * *

Les suplico que me den mi crucifijo para que lo bese después del acto de contrición y así gane la indulgencia plenaria en favor de las almas del purgatorio. ¡No puedo ofrecerles nada más!¹.

¿He de tener miedo al demonio?... Creo que no, porque siempre he obrado por obediencia.

* * *

(1) Inútil será insistir nuevamente sobre la devoción de Teresita hacia las almas del Purgatorio. Fue fiel hija de la Gran Teresa de Jesús. Esto lo

Entretejió dos coronas de acianos para la “Virgen de la Sonrisa”. Una de ellas la colocó a sus pies y la otra la puso en su mano. Al ver esta última (en las manos de la Virgen) le dije señalándosela¹:

—¿Ha creído, sin duda, que esta corona será para V. C.?

—¡Oh, no! La Santísima Virgen hará de ella lo que guste. Lo que yo le doy es sólo para Ella, para complacerla...

* * *

Un poco más tarde dijo:

—No; no deseo ver a Dios mientras esté en la tierra. ¡Oh, no! ¡Y sin embargo, lo amo! También amo muchísimo a la Santísima Virgen y a todos los Santos y tampoco deseo verlos aquí abajo! ¡Prefiero vivir vida de fe!

* * *

Una novicia con intención de distraerla un poco, agradablemente, le presentó un libro ilustrado, que contenía muchas historietas recreativas. Ella lo rechazó diciendo:

—¡Cómo cree V. C. que este libro pueda interesarme? estoy demasiado cerca de mi eternidad para querer entretenerme con estas bagatelas...

resume todo. Celosisima por la salvación de las almas, trabajó no sólo para librarlas del infierno, sino también para redimirlas del Purgatorio. Así, hizo voto de ofrecer todos sus méritos por estas pobrecillas, mediante la misericordiosa intercesión de la Santísima Virgen. Además se ejercitó continuamente en devotos actos de virtud y mortificación para ganarles gracias.

(1) Estas coronas se conservan todavía expuestas en la Sala de reliquias.

Día 13:

Le presentaron un ramillete de violetas.

—¡Oh, el perfume de las violetas!—exclamó.

Después me preguntó por señas si podía olerlas sin faltar a la mortificación (me pidió permiso).

Día 14:

Le ofrecieron una hermosa rosa, cogida en el jardín. La deshojó con suma piedad sobre su crucifijo, tomando uno de sus pétalos para enjugar amorosamente sus llagas:

En el mes de septiembre Teresita deshoja todavía a Jesús rosas primaverales.

¡Al deshojar la rosa de primavera
por Ti, tu llanto enjugar quisiera!

Y como los pétalos se deslizasen de su cama al suelo dijo:

—Recojan estos pétalos, Hermanitas mías. Más tarde os servirán para satisfacción del prójimo. ¡No perdáis ni un solo!

* * *

¡Oh! ¡Ahora estoy en plena confianza de que mi destierro llega a su fin!

* * *

(1) Uno de estos pétalos curó de un cáncer en la lengua a un anciano francés, Sr. Fernando Aubry, hospitalizado en las Hermanitas de los Pobres de Lisieux (10 de septiembre de 1910). (Vide "Noviss. Verba". texto francés.)

El médico le había asegurado que no tendría agonía, pero como cada vez aumentaban sus sufrimientos, nos dijo:

—¡Me habían dicho que no tendría agonía!... ¡A pesar de todo, quisiera tenerla!

—Y si le hicieran escoger de tenerla o no tenerla, ¿qué elegiría?

—¡No escogería nada!...

* * *

Le dije:

—Cuando V. C. esté en el cielo los grandes sufrimientos de hoy le parecerán muy poca cosa.

Me contestó:

—¡Lo mismo que en la tierra! ¡Siempre me han parecido muy poca cosa!...

* * *

Por la noche, durante el recreo, me dijo:

—Este mediodía oí que decían a una Hermana que había preguntado por mi salud: “Está muy fatigada”. Entonces pensé: Es mucha verdad, tienen razón. Sí, yo soy como un viajero fatigado que cae sin fuerzas al llegar al fin de su largo viaje.

¡Si, pero, yo he caído en los brazos del Señor!

Día 16:

En contestación a varios consejos que le pedía, me dijo:

—Lo que atrae las luces y ayuda de Dios para guiar y consolar a las almas, es el no contar las penas

personales para consolarse; muy al contrario, obrando de esa manera no se alcanza consuelo verdadero, sino que se excita uno más en lugar de apaciguarse.

Día 17:

Le hicimos ver nuestra tristeza al ver que su estado iba de mal en peor. Nos dijo:

—Cuando se está con una enferma se ha de estar alegre. No deben lamentarse como si no quedara esperanza... Al fin, VV. CC. acabarán por hacerme desear la vida.

—¡Oh, eso sí que nos disgustaría!—dijéronla.

Entonces contestó con un tono un poco intencionado:

—Es verdad. Lo dije solamente para asustarlas.

Día 20:

El médico había alabado su heroica paciencia.

—Pero, ¿cómo es posible que diga que soy paciente? ¡Eso es casi mentir!... Estoy siempre gimiendo, suspirando, gritando continuamente: ¡Dios mío, Dios mío! ¡No puedo más! ¡Tened piedad de mí!

Día 22:

Le dije:

—Pobrecita, ¿cómo es posible que vuestra Caridad sufra tanto? Parece que los santos os han abandonado. Los llamáis, pero ellos no acuden, no vienen a buscaros.

—¡Oh, pero les amo igual!... Quieren ver hasta dónde llega mi confianza.

* * *

Después de haberle recordado ciertas circunstancias de su vida que se vio humillada, añadió:

—¡Oh, cuántas veces me apiadé de V. C.!

—¡Oh, Madre!, le aseguro que no hubiera sido necesario tenerme tanta compasión. Me cernía yo de tal manera por encima de todas las cosas, que siempre salía fortalecida de mis humillaciones. No hubo más valiente que yo en esta batalla.

Día 24:

Por el Aniversario de su toma de velo obtuve permiso para hacer celebrar una misa por ella. Me lo agradeció, pero como yo la veía sufrir tanto, le dije:

—¡Ah, pero no ha sentido ningún alivio!

Me respondió:

—¿Pero era para aliviarme que hizo celebrar una misa?

—Para su bien...—le respondi.

—¡Mi bien está solamente en sufrir!

* * *

¡Pronto hablaré el lenguaje de los ángeles!

—¿Tiene intuición de su muerte ya cercana?

—¡Oh! Madre mía... ¡Intuiciones!... ¡Si supiese en qué aridez me encuentro! No sé nada más que lo que sabe V. R. No adivino nada, a no ser por lo que veo y

siento. ¡Pero mi alma, a pesar de sus tinieblas, goza de maravillosa paz!

* * *

V. C. parece que jamás se cansa de sufrir, ¿pero verdad que en el fondo ya lo está un poco?

—No; cuando no puedo más, no puedo más. ¡Helo aquí todo!

* * *

—En el cielo la colocarán entre los serafines.

—Si es así, no los imitaré; porque ellos se cubren con sus alas en la presencia de Dios¹, pero yo me guardaré bien de cubrirme con mis alas...

Día 25:

Le expliqué lo que había dicho en la recreación sobre la responsabilidad de aquellos que tienen cargo de almas y de quienes han vivido largos años. Me dijo:

—Los pequeños serán juzgados con extrema dulzura². Y es muy fácil permanecer pequeño, aunque sea teniendo los más elevados cargos o viviendo muchos años.

Si yo me muriera a los ochenta años, si hubiera vivido en muchos conventos cargada siempre de responsabilidades, hubiese permanecido, lo sé muy bien, tan pequeña como hoy. Está escrito que al fin “el Señor se levantará para salvar a todos los

(1) Isaías, VI, 2.

(2) Sabiduría, VI, 7.

mansos y humildes de la tierra”³. No dice “juzgar” sino “salvar”.

En estos últimos días, en los que sufría tanto, me dijo en medio de sus angustias:

—Madre mía, ¿qué es escribir bellas cosas sobre el padecer? ¡Nada, nada! ¡Precisa probarlo para saberlo!...

Guardaba yo una penosa impresión de estas palabras, cuando este día (25), como si recordase lo que me había dicho, me miró con una expresión singular y pronunció estas palabras:

—Ahora sé muy bien que todo cuanto he dicho y he escrito es puramente la verdad... ¡Es verdad que he deseado sufrir mucho por Dios, y es verdad que todavía lo deseo!

* * *

Le dijeron:

—¡Oh, es horroroso lo que sufre!

—No; no es horroroso. Una pequeña víctima de amor no puede encontrar horroroso lo que su Esposo le manda.

Día 27:

Una de sus novicias vino unos momentos a la enfermería. Viendo a nuestra enferma tan calmada y animosa, en medio de sus sufrimientos, le dijo:

—¡Su Caridad es un ángel de dulzura y paciencia!

—¡Oh! No, yo no soy un ángel. Los ángeles no pueden sufrir. ¡No son tan felices como yo!

(3) Salmo LXXV, 9.

Día 28:

¡Me falta el aire de la tierra!... ¿Cuándo me dará Dios el aire del cielo?

Día 29:

Vigilia de su muerte.

Desde la mañana parecía estar en la agonía. Tenía estertor y no podía respirar. Al mediodía dijo a la Madre Priora:

—Madre mía, ¿es esto la agonía? ¿Cómo voy a hacerlo para morir? ¡Jamás sabré morir!...

* * *

Le leí en francés el oficio de San Miguel Arcángel, y las preces para los agonizantes. Cuando llegamos al versículo “A potestate diaboli libera eam”, hizo un gesto como amenazándoles y exclamó sonriendo:

—¡Oh, oh!...

Con un tono que significaba: “¡No tengo miedo a los diablos!”

* * *

Después de la visita del médico, dijo a nuestra Madre Priora:

—¿Es hoy, Madre mía?

La Madre le respondió afirmativamente y nosotras añadimos:

—¡El Señor hoy está muy contento!

—¡Y yo también!

* * *

¡Qué dicha si muriese ahora mismo!

* * *

Por la tarde:

—¡No puedo más! ¡Oh, recen por mí!... Si supieran...

* * *

A Sor Genoveva de Santa Faz, que le había pedido una palabra de despedida, le dijo:

—¡Ya lo he dicho todo!... ¡Todo se ha consumado!...!.
¡Lo único que vale es el amor!

* * *

Después de Maitines, como estaba sumergida en un verdadero martirio, juntó las manos y con una voz dulce y piadosa dijo:

—Sí, Dios mío; sí, Dios mío... ¡Lo quiero todo!

—¿Es, pues, muy atroz su sufrimiento?—le preguntó la Madre Priora.

—No. Madre mía, no es atroz; sino mucho, mucho... ¡Justamente hasta lo que yo puedo sufrir!

Suplicó que la dejaran sola durante la noche. La Madre Priora no lo consintió. Sor María del Sagrado Corazón y Sor Genoveva de la Santa Faz se repartieron el consuelo de velar a la dulce enferma.

Día 30:

Jueves. Día de su preciosa muerte.

(1) Juan, XIX, 30.

Por la mañana, durante la Santa Misa, le hacía compañía yo misma. No me dijo ni una palabra. Estaba agotada, inquieta. Sus sufrimientos claramente veía que eran indecibles. Un momento dado juntó sus manos y mirando la Imagen de la Santísima Virgen, colocada frente a su cama, dijo:

—¡Oh! ¡Le he rogado con un fervor!

—Pero es la agonía, puramente la agonía... ¡sin mezcla de consuelo!

* * *

En todo el día no cesaron sus tormentos un instante. Parecía enteramente extenuada y, sin embargo, con mucha sorpresa nuestra, se movió, pudo sentarse en el lecho y decir:

¡Mire, Madre mía, cuánta fuerza tengo hoy! ¡No, no estoy para morir!

¡Quizá tardaré todavía algunos meses! ¡Ya no creo más en mi muerte, únicamente creo en los sufrimientos!... Y mañana todavía serán peores...

¡Oh! ¡Mucho mejor!...

* * *

¡Oh, Dios mío!... ¡Cuánto le amo!...

¡Oh! Mi buena Santísima Virgen! ¡Socorredme!... Si esto es la agonía, ¿qué será la muerte?

* * *

¡Madre mía, le aseguro que el cáliz está lleno hasta el borde! Pero el Señor no me abandonará... ¡Jamás me ha abandonado!

* * *

¡Si Dios mío, todo lo que queráis! Pero, ¡tened piedad de mí!

¡Hermanitas mías, hermanitas mías, rueguen por mí!...

¡Dios mío, Dios mío! ¡Vos que sois tan bueno!... ¡Sí, sois muy bueno! ¡Yo lo sé!

* * *

Hacia las tres puso los brazos en cruz. La Madre Priora puso sobre sus rodillas una imagen de Nuestra Santísima Madre la Virgen del Carmen. La miró un instante y exclamó:

—¡Oh! Madre mía, preséntame V. R. muy pronto a la Santísima Virgen... ¡Prepáreme a bien morir!

La Madre Priora le respondió que habiendo practicado ella siempre la humildad, tenía ya hecha la preparación. Reflexionó un instante y después dijo humildemente:

—¡Sí; me parece que nunca he buscado otra cosa sino la verdad!... ¡Sí; he comprendido la humildad de corazón!

Además, todavía repitió:

—¡Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir, oh, es absolutamente la verdad!

Y con completa seguridad:

—¡No me arrepiento de haberme entregado al Amor!

* * *

Desde este momento nos pareció que no era ella la que sufría. Varias veces pensé en aquellos mártires

entregados al verdugo, pero siempre animados con una fuerza divina.

Ella repetía con ardor:

—¡Oh! ¡No..., no me arrepiento de haberme entregado al Amor! ¡Al contrario!...

* * *

Un poco más tarde dijo:

—Jamás hubiera creído que fuera posible sufrir tanto... ¡Jamás! ¡Jamás!... ¡Sólo puedo explicármelo por el vehemente deseo que tengo de salvar almas!

* * *

Con angustia:

—No puedo respirar, no puedo morir...

Y luego con resignación:

—¡Pero todavía quiero sufrir más!

* * *

Mis deseos han sido realizados, aun los más pequeños... Por tanto, el mayor de todos, morir de amor, también se realizará.

* * *

Cerca de las cinco de la tarde estaba yo sola con ella. De pronto su rostro mudó de expresión: empezaba la agonía. Cuando la Comunidad entró en la enfermería, acogió a cada una de las religiosas con una dulce sonrisa. Tenía su crucifijo entre las manos y continuamente le dirigía la mirada.

Durante dos horas seguidas un terrible estertor atormento su pecho. Su rostro estaba congestionado, sus manos amoratadas: tenía los pies helados y un extraño temblor la hacía estremecer en todo su cuerpo. El sudor abundante, cuyas gotas semejaban perlas, resbalaba por su rostro. La opresión, cada vez más aguda, la hacía prorrumpir en quejas forzadas, para poder respirar.

Tenía la boca tan seca, que Sor Genoveva de la Santa Faz, queriéndola consolar, puso sobre sus labios un pedacito de hielo. Nadie, ninguna de nosotras podrá olvidar jamás la dulce mirada y sonrisa celestial de nuestra Santita hacia "Celina" en este momento. Fue como un supremo esfuerzo, un último "adiós"¹.

* * *

A las seis (de la tarde), cuando sonó la campana tocando el "Angelus", levantó sus ojos suplicantes hacia la imagen de la Santísima Virgen.

A las siete y algunos minutos, la Madre Priora, creyendo que su estado se quedaba y no pasaría adelante, despidió a la Comunidad. Ella suspiró:

—Madre mía, ¿no estoy ya en la agonía?... ¿No voy a morir?

Sí, hija mía, es la agonía, pero quizá quiere el Señor prolongarla algunas horas...

A esto repuso con resignado acento:

—Pues... vaya... vaya... ¡Ah! ¡No quisiera padecer menos de lo padezco!

(1) En "Annales" de 1946 (marzo-abril, pág. 23, se lee; que entonces Teresita dirigió su última frase a su Celina, "eco de su alma": "Hermanita mía, compañera inseparable. ¡Jamás me apartaré de ti!!

Y mirando luego su crucifijo, exclamó:

—¡OH!... LE AMO... ¡DÍOS MIO... OS AMO!

De repente, cuando hubo pronunciado estas palabras, se dejó caer dulcemente hacia atrás, quedando con la cabeza inclinada hacia la derecha. Creímos que ya había acabado y la Madre Priora mandó que tocasen la campana arrebatadamente para que se reuniese la Comunidad; “¡ABRID TODAS LAS PUERTAS!”, dijo (había tres puertas en la enfermería). Estas palabras tenían un algo misterioso, solemne, en aquella hora, y yo pensé que en el cielo el Señor la repetiría a sus ángeles.

Las Hermanas tuvieron tiempo de arrodillarse alrededor de su cama y fueron testigos del éxtasis del último momento.

El rostro de nuestra Santita recobró el color de lirio que tenía cuando gozaba de plena salud, sus ojos estaban fijos en lo alto, radiantes y expresando una felicidad que “excedía todas sus esperanzas”. Hacia ciertos movimientos con la cabeza, como si alguien la estuviera traspasando repetidas veces con un dardo de amor.

En seguida, después de este éxtasis, que duró el espacio de un Credo, cerró los ojos y exhaló el último suspiro.

Eran alrededor de las siete y veinte minutos de la tarde.

Nuestra Santa hermanita conservó en su muerte una inefable sonrisa y una belleza admirable. Tenía tan fuertemente asido su crucifijo, que fue preciso arrancárselo de las manos para amortajarla.

Sor María del Sagrado Corazón, juntamente conmigo y con Sor Amada de Jesús, antigua enfer-

mera, desempeñamos este oficio, y nos hizo notar (la primera) que la difunta parecía tan joven, que no le hubiesen atribuido más de doce o trece años.

Más tarde, por el contrario, cuando la expusimos en el coro, tomó un aspecto verdaderamente de imponente majestad.

Sus miembros quedaron flexibles hasta su inhumación que tuvo lugar el 4 de octubre de 1897.

* * *

Todavía noté dos circunstancias más al atardecer de aquel 30 de septiembre.

Durante la larga agonía de Santa Teresa del Niño Jesús, un numeroso coro de pajarillos parecían haberse dado cita en la copa de un árbol, cerca de la ventana de la enfermería, que estaba completamente abierta. Jamás habíamos oído semejante concierto en nuestro jardín. Por cierto que me causó una impresión muy dolorosa a causa del contraste de tantos sufrimientos con aquellas notas tan alegres.

Una anciana Religiosa, que no había sabido comprender muy bien a nuestra Teresita, me dijo en seguida emocionada:

—¿Ha notado V. R., Madre mía, estos cantos de los pajarillos? ¡Le aseguro que es una cosa extraordinaria!

La otra circunstancia fue que durante la enfermedad, nuestra Santita había afirmado que en la hora de su muerte haría muy buen tiempo. No obstante, durante todo el día 30 de septiembre hizo un tiempo sobrio y lluvioso, pero hacia las siete de la tarde se

disiparon las nubes con rapidez y pronto su pudieron contemplar las primeras estrellas parpadeando en un límpido cielo.

SOR INÉS DE JESÚS
(r. c. i.)

NOTAS Y CITAS SACADAS

DE LA

«VIDA DE LA MADRE INÉS DE JESÚS»

A GUISA DE PRESENTACION

Con la misma solícitud sobrenatural con que la Madre Inés de Jesús se llegaba a la cabecera de Santa Teresita en sus últimos meses de agonía, “recogiendo y anotando día por día, hora tras hora, hasta sus más insignificantes sílabas” con que encerraba sus grandes y profundos pensamientos sobre la virtud, damos hoy a nuestros lectores y amantes de la “Florecilla de Jesús” los últimos consejos, pensamientos y graciosos decires de la Santita a su “Madrecita”, y que ésta, por humildad, tuvo ocultos mientras vivió.

Desconociendo las fechas en que fueron recogidas estas frases de la “Santita” por la M. Inés de Jesús, prudentemente hemos optado por colocarlas al final de “Novissima Verba”.

(1) “Si algún día sois otra vez Priora, no os inquietéis; vereis que no sufris lo mismo que antes. Estareis por encima de todo, dejareis de pensar y decir lo que quieran y cumplireis vuestro deber en paz.

“Jamás hagáis nada para serlo y tampoco hagáis nada para no serlo. Por otra parte, ya os prometo que me opondré a que lo seáis, si ha de ser perjudicial a vuestro alma.”

Y como la Madre Inés la abrazase, añadió:

“Lo he dicho todo, particularmente a mi Madrecita, para lo futuro.”

(2) Y he aquí con qué conmovedoras efusiones expresaba “Teresita” su amor a la M. Inés:

“He visto que amabais con desinteresado amor. Pues bien; si yo sé que sois mi madrecita vos sabréis un día que yo soy vuestra hijita. ¡Oh, cuánto os amo!”

“No sé como podré estar en el cielo sin vos!”

(3) Algunas veces se dejaba llevar del buen humor, a fin de alegrar alas que la rodeaban. La Madre Inés de Jesús le dijo que la iban “a retratar para complacer a la Madre Priora”, y, sonriéndose con cierta malicia, dijo:

“Decid más bien que es por vos. Vientecito cierzo, cesa de soplar; eso no es para mí, que es para mi compañera que no tiene abrigo...” Recuerdo de una historia de los naturales de Auvernia, dicho en el mismo intencionado tono.

(4) “Cuando yo esté en el Cielo, mi bracito será como si fuera largo, y mi Madrecita de él tendrá noticias...”

“No importa lo que decís, aun las cosas más insignificantes; me hacéis el efecto de un gracioso trovador que canta sus leyendas siempre con renovada gracia.”

(5) “Para ser mi “historiador”, es preciso prepararse.”

“Dime solamente si me olvidarás cuando estés en el Cielo”, le preguntaba la Madre Inés.

“¡Ah, si yo os olvidara, me parece que todos los santos me arrojarían del Paraíso como un buho ruin! Madrecita mía, cuando yo esté en el Cielo, vendré a llevaros conmigo, a fin de que allí donde yo esté, también estéis vos.”

(6) “Cuando estéis muerta —le decía la Madre Inés—, os pondrán una palma en la mano.”

“Si; pero que yo la suelte cuando quiera derramar a manos llenas gracias a mi Madrecita. Es preciso que yo haga todo lo que me plazca.”

(7) Cuando la Madre Inés de Jesús se enteró de sus primeros accidentes pulmonares de 1896, su corazón sintió una herida profunda, porque se los había llamado. La Santa enferma se esforzó en consolarla en estos términos:

“No tenga pena, Madrecita mía querida, de que vuestra hijita haya parecido ocultaros algo; digo *parecido* porque, bien lo sabéis, si ella se ha ocultado algún rinconcito del *sobre*, no os ha ocultado nunca una sola línea de la *carta*; ¡y quién, si no, conoce mejor que vos esta cartita que tanto amais! A los demás bien puede uno mostrar el *sobre* por todos los lados, puesto que ellos no pueden ver más que esto; pero vos...”

“¡Oh, Madrecita mía, la *carta* es para vos! Por eso yo os ruego que sigáis escribiéndola hasta el día en que Jesús rompa completamente el sobrecito...”

(Bello retruécano en que el *sobre* significa el cuerpo y la *carta*, el alma.—Nota del traductor.)

(8) Y la Madrecita dejaba desbordar su corazón en estas estrofas, que de él brotaban como una oración y una esperanza:

Niña, cuando estés por encima de las nubes.

gozándote pacíficamente en la Patria de los Cielos,

*cuando vuelvas las páginas del Libro de la Vida,
sobre mí, siempre, tiende tus miradas,
y ve si mi nombre, en el Libro de la Gracia,
al tuyo luminoso está enlazado
y si, en el futuro, yo habré de ocupar un lugar,
Angelito, a tu lado.
Al buen Jesús, a veces, en su inmensa ternura,
de nuestros pecadillos se complace en no ver nada.
¿No es verdad, dulce niña, que es esto lo que El piensa
cuando en El uno ha puesto su esperanza?*

Con estas estrofas iba la siguiente tarjetita:

“He hecho versos para aliviar mi corazón. ¡Cuánto te quiero! No es esto lo que yo hubiera querido decirte; ahora tú no sabrás más que en el Cielo lo que tu alma pone de poesía en la mía. ¡Oh, qué dicha ser tu hermanita, tu madrecita, y de *sentirme amada* de ti! Te agradezco todas las delicadezas que tienes para conmigo. ¡Oh, llévame del mundo contigo!”

Y Teresa respondía:

“Solamente en el Cielo sabréis lo que sois conmigo... Sois para mí una lira, un canto, aun cuando no digáis nada. No hay dos como vos sobre la tierra. ¡Oh, cuánto os amo!”

(9) Sobre la muerte de Santa Teresita, la Madre Inés de Jesús dejó escritas en sus deposiciones para la canonización:

“Lo que yo vi brillar más en ella, durante su última enfermedad, es la sencillez, la desconfianza de ella misma, la humildad, el constante recurso a la oración y a la confianza en Dios.”

(10) Y acerca del instante supremo:

“Era un éxtasis, una visión del Cielo; pero una visión que ponía en su corazón demasiado amor, demasiado agradecimiento, y no pudiendo soportar aquellos *ímpetus deliciosos*, ese amor fue el que rompió las cadenas que a este mundo la tenían sujeta.”

“...Estaba encantadoramente hermosa, con una expresiva sonrisa que parecía decir: Dios no es más que amor y misericordia.”

(11) La Madre Inés de Jesús fué la que pintó la cruz de la madera destinada a la sepultura, y en ella escribió el nombre de Sor Teresa del Niño Jesús, con las fechas 1873-1897.

Allí había añadido estas palabras de una poesía de la Santa:

*Que yo quiero, ¡oh Dios mío,
llevar muy lejos tu fuego!
Acuérdate.*

Pero el obrero que llevó la cruz al cementerio no tuvo cuidado con la pintura, que estaba fresca todavía, y el texto se halló borrado. La Madre Inés de Jesús vió en ello una inclinación del Cielo y trazó, en su lugar, la promesa de Teresa que al principio no se atrevió a poner:

“Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra.”

(12) Sor Maria del Sagrado Corazón refiere que hacia el fin de la vida de la Sierva de Dios, le había ella comunicado su temor de no poder consolar a la Madre Inés de Jesús, a quien su partida tanto le había de afligir.

“¡Oh, no os preocupéis! —le respondió Teresa—; la Madre Inés de Jesús no tendrá tiempo de pensar en su pena porque hasta el fin de su vida estará tan ocupada de mí, que aún no podrá bastarse para todo.”

(Vida de la Madre Inés de Jesús, Cap. IX, pág. 68.)

(13) La devoción a Santa Teresita tomaba, de día en día, una expansión prodigiosa; el correo cotidiano traía el eco de esa devoción, y es que no en balde había dicho Teresa:

“Después de mi muerte, iréis a la caja de correo y allí encontraréis consuelos.” Más todavía: “En el Cielo yo conseguiré muchas gracias para aquellos que me han hecho bien. En cuanto a vos, Madre mía, no todo podrá servirlos; pero habrá mucho para regocijarlos.”

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. IX, pág. 72.)

(14) Teresa había profetizado a sus hermanas:

“No creáis que cuando yo esté en el Cielo, vosotras no hayáis de tener más que alegrías. No es esto lo que yo he tenido ni he querido tener. Vosotras tendréis quizá, por el contrario, grandes pruebas; pero yo os enviaré luces que os las hagan apreciar y amar. Os veréis obligadas a decir como yo; *“Señor, me colmáis de alegría por todo lo que hacéis.”* (Psalmo XCI, 4.)

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. IX, pág. 78.)

(15) Durante la enfermedad del señor Martín, la Madre Inés escribía a Celina para consolarla en sus sufrimientos y soledad: “Adiós querida mía; yo sola te escribo, pero tú comprendes nuestros corazones, tan unidos al tuyo en estos momentos dolorosos. Sor Teresa del Niño Jesús me decía esta mañana: “¡No, yo no podría escribir a Celina!” Y su mirada etérea y profunda, bastante hacia ver que los sentimientos de su alma, tan elevados, no podían, en efecto, traducirse. Celina mía, comprendenos.”

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. XI, pág. 94.)

(16) “Santa Teresa del Niño Jesús, hacia el fin de su vida, me habló, sin que yo la preguntara, de los instrumentos de penitencia. Sabía que yo tenía inclinación por este género de mortificación. Me dijo que tuviera cuidado, y me aseguró que esto no había sido hecho para las almas que siguiesen su “Caminito”, y añadió: *“Tomad sobre vosotros mi yugo y recibid mis lecciones, porque yo soy dulce y humilde de corazón y encontraréis el descanso de vuestras almas, porque MI YUGO es suave y mi carga, ligera.”* (Matth. XI, 29-30.)

Por el yugo del Señor entendía no solamente las pruebas interiores y exteriores, sino la Regla, toda la Regla, a la que recomendaba ser muy fiel (comprendidas en ella —tengase bien entendido— las disciplinas prescritas por las Constituciones.

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. XI, pág. 116.)

(17) El 7 de abril de 1897, a su Madrecita que le confesaba sus miedos al temible paso de la muerte Santa Teresa del Niño Jesús había respondido: “Dios os absorberá como una gota de rocío.”